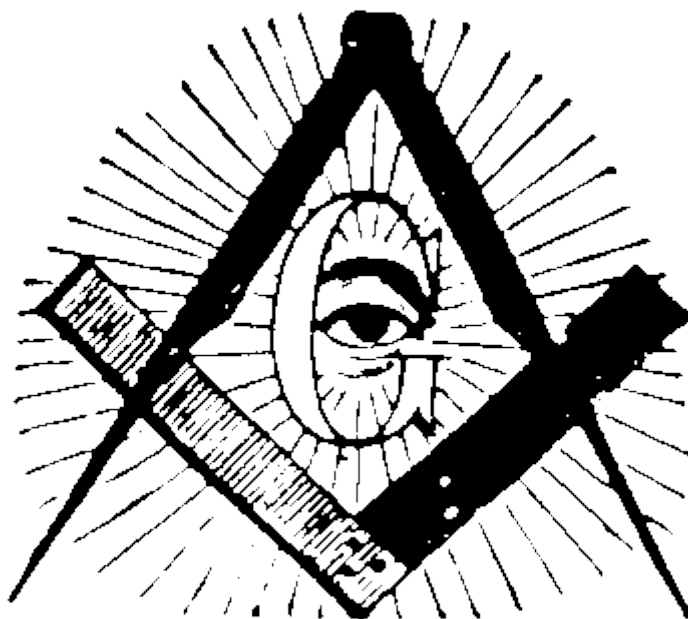
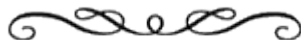


# DICCIONARIO SIMBOLICO DE LA MASONERIA



El Diccionario se irá incrementando con cada nueva actualización de EL TALLER



**AIRE.** En el rito de iniciación el candidato es sometido a cuatro pruebas, relacionadas con los cuatro elementos del mundo natural -símbolos de los cuatro mundos, cada cual más sutil, que el iniciado habrá de penetrar en el proceso iniciático-, y a tres viajes -del aire, del agua y del fuego. Una vez superada esta segunda prueba y realizado el primer viaje, el Maestro de la Logia le dice al candidato:

Esta experiencia simbólica constituye la prueba del Aire de los antiguos Misterios, que viene después de la prueba de la Tierra que ha sufrido durante su estancia en la Cámara de Reflexión.

El Aire y el Fuego son elementos masculinos, activos y sutiles, opuestos y complementarios con la Tierra y el Agua, femeninos, pasivos y más densos.

El aire, que representa al mundo intermedio entre la Tierra y el Cielo, se relaciona con el soplo que da origen a la creación, con el Verbo -la palabra que se expande por él-, con el hálito vital que permite el delicado equilibrio de la vida y con el viento que, como el espíritu, sopla donde quiere. Es un símbolo sensible de lo invisible. Gracias a él se propagan el sonido, la luz y los olores. Es un elemento purificador y revelador, en estrecha relación simbólica con los ángeles, las alas, las aves y el vuelo.

El aire se identifica también con la aspiración y la expiración cósmicas y con el alma del mundo, perfectamente análogas al alma humana y a la respiración individual, gracias a la cual se purifica la sangre y se posibilita la vida. Y su vinculación con la sangre es relacionada también con el hecho de que alimenta y aviva el fuego del espíritu.

Si el elemento Tierra incluye a todo lo sólido, el Agua es lo líquido y el Aire lo gaseoso, símbolo también del misterio y de lo oculto y secreto. **F. T.**

**ALEGRÍA.** La alegría entendida como el "gozo, satisfacción, grato y vivo movimiento del ánimo que suele manifestarse con signos exteriores" (Nueva Enciclopedia Sopena), pone de relieve un primer aspecto de orden sentimental de este término, que no es en absoluto despreciable, pero que debe quedar inscrito en el orden de manifestación al que pertenece: el de la psique inferior. La etimología de la palabra alegría deriva del latín *alicer-alecris*, que significa vivo y animado, lo cual evoca una idea más interior y profunda de la alegría, viéndosela como el estado natural, normal y permanente del alma humana y no ya como un simple sentimiento que se opone o complementa a otros y que está sometido a las leyes del devenir y el movimiento.

Esto es así por la propia naturaleza del fin al cual aspira el alma de todo ser humano que toma conciencia del recorrido que debe emprender en pos de la realización de todos los estados del ser (tanto los individuales como los universales), hasta la consecución del estado totalmente incondicionado y libre de toda contingencia. Esta labor, que es la que promueve la iniciación, demanda una actitud de total entrega y apertura realizada siempre a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo. Según A. Lavagnini (*Manual del Compañero*, pág. 169): "El trabajo hecho a la Gloria del Gran Arquitecto, es pues, Fuente inagotable de Paz, verdadero Gozo y Alegría, remedio soberano para toda forma de tristeza, melancolía y enfermedad moral."

La alegría, entendida en esta acepción más interior y universal, anida en lo más central del corazón del masón y de todo hombre que hace consciente este sendero, pues no hay nada que procure más dicha que el deseo de identificación con el Infinito mismo. Es una alegría nacida al tomar conciencia de la universalidad y liberación final que nos aguarda tras la obra, que la emparenta con la idea del Jubileo hebreo (Levítico 25 1-17) el cual es "la colocación de todas las cosas en su estado original". Está claro que se trata de la vuelta al 'estado primordial' que consideran todas las tradiciones."(René Guénon, *El Rey del Mundo*, pág. 26). Es por esto que en la clausura de los trabajos masónicos, en el momento de apagar las tres pequeñas luces, el Segundo Vigilante invoca junto al pilar de la Belleza : "¡Que la alegría reine en los corazones!", haciendo una clara alusión al corazón como la sede simbólica y real de la verdadera intuición intelectual, receptáculo de los efluvios celestes y punto de conexión del ser individual con su esencia divina, motivos todos ellos de la profunda alegría que debe guiar la vida del masón. Y mientras se va buscando y deseando ese estado de total liberación, el alma del masón debe laborar, haciendo suyas las palabras que el V.º. M.º. pronuncia al final de los trabajos: "¡Puesto que es la hora de despedirlos, deseemos que sigan trabajando así, en la libertad, el fervor y la alegría!". (Ver Jubileo, Libertad, Fervor) **M. V.**

**ACACIA.** Como el muérdago entre los druidas, la "rama de oro" en las tradiciones greco-latinas, el ramo o las palmas en el Cristianismo y el sauce en las iniciaciones taoístas, la acacia es en la Masonería una planta sagrada que simboliza la resurrección y la inmortalidad. Su verdor perenne y la dureza incorruptible de su madera expresan, en efecto, la idea de la vida inextinguible que permanentemente renace victoriosa de la muerte. Todos estos elementos simbólicos se integran perfectamente en la simbólica del grado de maestro, cuyo rito de admisión se centra principalmente en la leyenda que describe la muerte y posterior resurrección del maestro Hiram, modelo ejemplar del iniciado masón. En dicha leyenda es una rama de acacia la que permite "descubrir" la tumba donde yace enterrado el cuerpo de Hiram, expresándose así la identidad simbólica que existe entre éste y la propia planta.

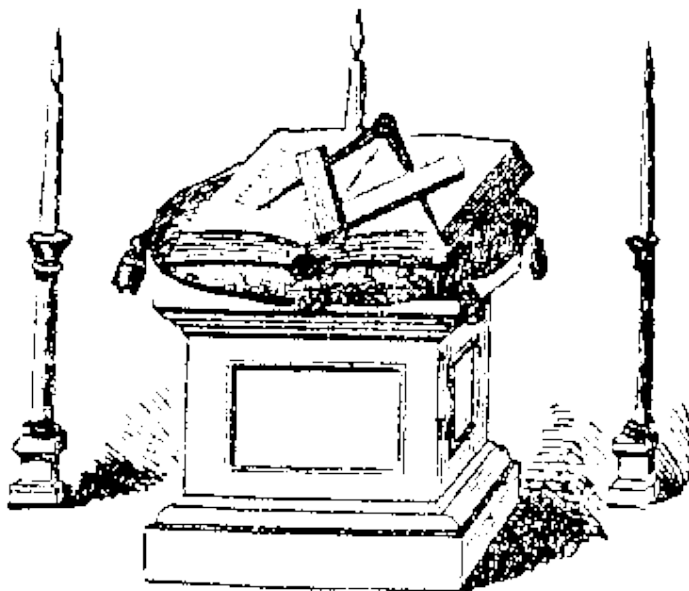
La acacia simboliza el conocimiento de los secretos de los "verdaderos maestros masones", de ahí que se la identifique con la posesión efectiva de la maestría, como bien se dice en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado : "¿Sois maestro?", a lo que se responde: "La acacia me es conocida". Como nos dice a este respecto O.Wirth: "Conocer la acacia es poseer las nociones iniciáticas conducentes al descubrimiento del secreto de la Maestría. Para asimilar este secreto el adepto debe hacer revivir en él la muerta sabiduría". Para Aldo Lavagnini (*Manual del Maestro*, p. 51): "Sólo los maestros 'conocen la acacia', reconociendo la realidad de la vida en la apariencia de la muerte, y por consiguiente sólo los maestros poseen la capacidad de vivificar otra vez el cadáver y volverlo a la plena vida".

Asimismo, para René Guénon las espinas de la acacia (de la que se dice estaba hecha la corona de espinas que portaba Cristo en su Pasión) equivalen a los "rayos luminosos", de ahí el carácter eminentemente solar que conserva esta planta, que está presente en las flores amarillas de la mimosa, considerada como una variedad de la acacia. Como el mismo Guénon dice a este respecto: "Se ve, pues, que el simbolismo tiene siempre perfecta coherencia, como debe necesariamente tenerla, por lo demás, ya que no es el resultado de una convención más o menos artificial sino, por el contrario, se funda esencialmente en la naturaleza misma de las cosas".

Según Jules Boucher, la palabra "acacia" procede el griego *akakia*, que significa "inocencia", o "ausencia de vicios", aludiéndose así a las ideas de "virtud" y de "pureza", en el sentido iniciático y no simplemente moral de ambos términos. Añadiremos que en la tumba de Hiram la acacia se dispone a veces entre la escuadra y el compás, ocupando así una posición eminentemente "central". (Ver Maestro). **F. A.**

**ALTAR (o ARA).** El altar o ara masónico (como el altar cristiano) está generalmente ubicado en el Oriente, que es el lugar hacia el que se dirigen constantemente las miradas de los masones, pues éste representa el punto de referencia espacial más importante y significativo de la Logia. Concretamente el altar está situado delante mismo del estrado del Venerable Maestro, justo donde terminan los tres peldaños o gradas que separan, y unen, el *Debir* del *Hekal*, los cuales, en la estructura del templo masónico, simbolizan respectivamente el Cielo y la Tierra, la vertical y la horizontal. Sin embargo, no en todos los Ritos masónicos el ara se sitúa en esa posición. Por ejemplo, en el Rito de York inglés, practicado también en muchas logias del Norte, Centro y Sur de América (sin olvidar tampoco las logias operativas que aún perviven en Inglaterra y Escocia), el altar se halla en medio del *Hekal*, entre los tres pilares de la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza, sin que esta circunstancia en nada altere el sentido y el significado real de su simbólica, que es el de señalar de manera invariable la presencia de un centro sagrado en la Logia. Los tres peldaños, presentes también en el templo cristiano, sugieren la idea de ascenso, que está incluido en la propia etimología de altar, del latín *altare*, cuya raíz, *altus*, significa lugar alto o elevado. En muchas culturas tradicionales los altares (como los templos) se erigían en la sumidad de las montañas, o de las pirámides escalonadas, como en el caso de las civilizaciones precolombinas, o de los zigurat babilónicos, por poner sólo dos ejemplos.

El altar constituye así el "punto geométrico" donde confluyen y concentran las energías del Cielo y de la Tierra. Es verdaderamente el corazón del templo, su espacio más sagrado e interno, a partir del cual se organiza toda su estructura, y en donde simbólicamente finaliza el recorrido horizontal (asimilado al paso por el laberinto), comenzando el ascenso vertical que conduce a los misterios más profundos de la iniciación. Todo esto está perfectamente señalado en ciertos "cuadros de Logia" donde aparece dibujada una escala cuyo extremo inferior está apoyado en el altar mientras que su extremo superior toca los cielos. Ese camino vertical es el que emprenden los "Venerables Maestros Pasados" o *Past Masters* cuando abandonan sus funciones con respecto a la Logia terrestre y comienzan su viaje axial en dirección a la Logia celeste. El altar pertenece así a la simbólica de "pasaje" o "tránsito" de una realidad a otra, en este caso de una realidad condicionada y horizontal (limitada por el tiempo y el espacio) a otra incondicionada, vertical y eterna.



Es sobre el altar que se disponen las "Tres Grandes Luces" de la Masonería: el Volumen de la Ley Sagrada, el Compás y la Escuadra, siendo estas dos últimas herramientas los símbolos respectivos del Cielo y de la Tierra. Además, es "en presencia de las Tres Grandes Luces" donde los masones prestan sus juramentos y establecen las alianzas con el Espíritu de su Orden, significando con ello que son dichas "Luces" las que dentro de la simbólica masónica mejor expresan el Verbo y la acción ordenadora del Gran Arquitecto del Universo. (Ver Tres Grandes Luces, Las). **F. A.**

**APRENDIZ.** El Aprendiz es el iniciado virtual, un estado que corresponde al primero de los tres grados simbólicos de la Francmasonería. Este número de grados "es absoluto: no podría haber sino tres, ni más ni menos" (Oswald Wirth, citado por René Guénon en *Études sur la Franc-Maçonnerie et le Compagnonnage*, tomo II, Editions Traditionnelles, pág. 258) puesto que "los grados iniciáticos corresponden al triple programa perseguido por la iniciación masónica" (*ibid.*), a saber, "el descubrimiento, la asimilación y la propagación de la Luz. Estas fases están representadas por los tres grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, que corresponden a la triple misión de los Masones, la cual consiste en buscar en primer lugar, a fin de poseer a continuación y poder finalmente difundir la Luz" (*ibid.*).

El hecho de que los reglamentos de diversas antiguas sociedades de constructores sólo mencionen dos grados iniciáticos (e.j. los de Aprendiz y Maestro en los "Estatutos de los Canteros de Bolonia de 1248") o reflejen que la condición de Aprendiz se adquiría con anterioridad a la recepción masónica en nada contradice a lo anterior. La razón de ser del ternario de grados simbólicos es la propia naturaleza de la iniciación y del despertar a niveles de conciencia superiores del ser humano, la cual es descrita a menudo como un viaje que lleva de un punto de una circunferencia a su centro. El punto de partida, iluminado por el rayo o radio emanado desde el centro, se correspondería con el estado propio del Aprendiz; el recorrido por el radio, con la condición del Compañero; y la llegada al centro del círculo, con la consumación de la iniciación que da pie a la verdadera Maestría. El estado profano sería, usando el mismo simbolismo, un voltear permanente sobre la circunferencia sin detención, sin adquirir conciencia del centro que ordena el espacio y que, en verdad, se encuentra en el centro de nuestro corazón. Para acceder a la condición de Aprendiz es preciso detenerse y sustituir el punto de vista tangencial (propio de lo que da vueltas sin cesar desplazándose de un punto de la circunferencia a otro punto igual de distante del centro), por un punto de vista centrípeto, propio de lo que es atraído hacia su centro de gravedad. Esta atracción es una gracia que se opera en los limpios de corazón, libres y de buenas costumbres, por medio de una influencia espiritual que se hace efectiva tras el detenimiento definitivo que conlleva la muerte iniciática.

El Masón es recibido Aprendiz en Oriente bajo una espada flamígera en vibración sostenida por el Venerable Maestro y que éste apoya en su cráneo. Dicha vibración es análoga a la de los indefinidos estados del ser que son pulsados simultáneamente por la influencia espiritual que se vierte simbólicamente en el Aprendiz a través de su coronilla y con los que éste sintoniza en su iniciación. Consagrado, instituido y recibido Aprendiz, éste se convierte en columna y sostén de la obra de construcción del templo interior. Ello se simboliza en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado asignando al Aprendiz recibido un sitio en el extremo NE del Templo, esquina en la que se yergue el pilar invisible que da simetría y equilibrio a los tres apoyos visibles -los pilares de las Tres Pequeñas Luces- sobre los que se asienta la bóveda celeste que cobija a la Logia.

La labor del Aprendiz es el desbastado de su piedra bruta mediante las herramientas simbólicas que se le entregan, el mazo y el cincel. Nada debe distraerlo de esta labor de descostrado y conformado sin la cual su iniciación jamás sería efectiva. Su concentración en el aprendizaje de las letras del Libro de la Vida que van aflorando con la labor de desbaste debe ser absoluta, y por ello debe callar en Logia. Su edad simbólica, de 3 años, y todos los signos ternarios que lo acompañan en el rito son un recuerdo permanente de su ubicación con respecto al Conocimiento, de su vinculación e identidad con aquello que es propuesto a su consideración bajo el ropaje de los símbolos que están grafiados en el cuadro de Logia; esto es, de la fusión esencial del yo, el tú y el él en el Uno. El Aprendiz es aprehendido por el Espíritu.

Sorprendentemente, incluso desafiando toda lógica, y tan sólo, por la gracia del Gran Arquitecto del Universo. (ver Iniciación, Piedra Bruta). **M. G.**

**ASHMOLE, Elías** (1617-1692). Nacido en Lichfield, Inglaterra, Elías Ashmole fue iniciado el 16 de Octubre de 1646 en la Logia de Warrington. Se trata de uno de los personajes más interesantes para la Masonería debido al importante papel que jugó durante la época de transición (siglo XVII), momento en que se buscó reunificar y reconstruir una tradición prácticamente desaparecida y dispersa. Como René Guénon dice, al referirse al papel de Ashmole, "en ese momento se buscó reconstruir una tradición que en gran parte ya se había perdido", a lo que Federico González, en *Hermetismo y Masonería* cap. II, añade:

“En esta extraordinaria labor brilla el nombre de E. Ashmole en dos aspectos: como uno de los reconstructores de la Masonería en cuanto a la relación de ésta con las órdenes de caballería y las corporaciones de constructores, e igualmente como punto de confluencia con la tradición Hermética. El mismo Ashmole se llamaba hijo de Mercurio (*Mercurophilus Anglicus*)”.

La verdad es que Ashmole es uno de esos personajes históricos cuya acción en el mundo ha contribuido de modo especial a rescatar el verdadero legado espiritual-intelectual de las auténticas organizaciones iniciáticas. Anticuario de profesión, fue amigo de otros ilustres masones, como Christopher Wren (famoso arquitecto), de alquimistas, astrólogos, investigadores, practicantes de las Artes Liberales y la Ciencia Sagrada, con alguno de los cuales, como es el caso también de otro masón, Robert Moray, fundó la Royal Society de Londres y la Philosophical Society de Oxford.

En 1650 publica, bajo el nombre anagramático de James Hasolle, *Fasciculus Chemicus*, aballería. Su amor por dichas Ordenes caballerescas, y su total adhesión a las ideas rosacruceanas, así como su interés en el avance de la ciencia, lo hacen aparecer como un personaje simbólico para la Masonería, pues representa una línea ininterrumpida de pensamiento y de hombres librepensadores y de espíritu constructivo que crearon la actual Masonería.

A su obra escrita hay que añadir la gran cantidad de manuscritos alquímicos que reunió, y que se conocen como “papeles de Ashmole”, piezas de arqueología y todo tipo de objetos relacionados con el arte y las ciencias naturales, como minerales, plantas, fósiles, animales, etc., de todo lo cual llegó a poseer grandes colecciones que le sirvieron para fundar en Oxford el primer museo de Ciencias Naturales del mundo. Además logró embarcar en el proyecto a otros amigos que hicieron donación también de sus colecciones, “siendo de los primeros en otorgar a la arqueología y al estudio integral del hombre y su mundo un valor real y no el de simples ‘curiosidades’”. (F. González, *Ibid.*)

Tanto material y tantas joyas llegaron a reunirse que hubieron de crearse dos secciones. A partir de su muerte la de arte lleva su nombre; se trata del famoso *Ashmolen Museum*, de Oxford, donde pueden seguir viéndose hoy en día todas estas colecciones y consultarse todos estos textos y manuscritos herméticos. *M<sup>a</sup> A. D.*

**BOAZ.** 1. Boaz es, en el R.·E.·A.·A.·., la palabra sagrada que se comunica al Aprendiz masón en la tenida de iniciación. Dicha palabra se refiere a la naturaleza interior del Aprendiz y por esta razón encierra un secreto que es irrevelable por más que se la pronuncie o escriba. Boaz, o Booz, es una transcripción latina de una palabra hebrea de tres letras, Beth, Ayin y Zayin. Sus valores numéricos respectivos son 2, 70 y 7 y su suma da 79, número que equivale a la unidad aritmética que simboliza la Unidad del Ser expresada en la Logia ( $79 = 7+9 = 16 = 1+6 = 7 = 7+6+5+4+3+2+1 = 28 = 2+8 = 10 = 1+0 = 1$ ).

El Aprendiz recibe la palabra sagrada deletreada y no puede darla de otro modo puesto que no sabe leer ni escribir en el Libro de la Vida al inicio de su carrera masónica, o viaje hacia el Conocimiento. El estudio del significado de cada una de las tres primeras letras que el masón recibe debe formar parte de su aprendizaje.

2. Boaz es el nombre de la columna levantada a la izquierda de la puerta del Templo de Salomón, con la cual se corresponde la columna B de la Logia masónica. Boaz significa "En f..." o "En la f...", y es junto a la columna B.·. donde reciben su salario los obreros que han recibido esa palabra. También el estrado del 1<sup>er</sup> Vig.·., a quien corresponde el pilar de la Fuerza, se sitúa junto a la columna B. Ello es así ya se encuentre la columna situada a la izquierda de la puerta del Templo como en el Rito Escocés o a la derecha como en el Rito Francés.

3. Boaz, o Booz, al igual que Jakin son nombres de realeza y también como tales figuran esculpidos en las columnas del Templo de Salomón y están representados en las columnas de la Logia. Ello se corresponde perfectamente con la naturaleza Real del Arte que los masones practican en su Templo a cubierto del mundo profano.

El Libro de Rut narra la historia de Boaz, labrador justo de la tribu de Judá de cuyo linaje desciende el Rey Salomón. Boaz desposa a Rut la moabita, viuda de Majlón, tras haberla favorecido permitiéndole espigar en sus campos y entregándole seis medidas de cebada. La recepción de los dones de Boaz por parte de Rut se corresponde con el aspecto pasivo o

receptivo del Tronco de la Viuda, mientras que el relato de la viuda limosnera del evangelio de San Marcos (12, 41-44) evoca su faceta activa.

Boaz toma para sí a Rut junto con el campo de su marido muerto "a fin de mantener el nombre del difunto sobre su herencia y para que el nombre del muerto no desaparezca de entre sus hermanos y de la puerta de su lugar" (Rut 3, 10). A los Hijos de la Viuda les corresponde el mantenimiento y la vivificación del nombre de Boaz a la puerta del Templo masónico. (Ver *Jakin, Columnas, Palabra Sagrada y Tronco de la Viuda*). **M. G.**

**CADENA DE UNION.** La cadena de unión es sin duda alguna uno de los símbolos más significativos de entre todos los que decoran la Logia masónica. Se trata de un cordel que rodea todo el templo por su parte superior. Esta situación en lo "alto" le da una connotación celeste, confirmada por los doce nudos que aparecen de trecho en trecho a lo largo de todo el cordel, los cuales simbolizan los doce signos del zodiaco. Esos nudos se corresponden, además, con las doce columnas que excepto por el lado de Oriente también rodean el recinto de la Logia. Cinco de esas columnas están situadas en el lado de Septentrión, otras tantas a Mediodía, y las dos restantes -las columnas J y B- a Occidente.

Para comprender esta simbólica habría que tener en cuenta que la Logia es, ante todo, una imagen del mundo, y como tal debe existir en ella una representación de lo que constituye el "marco" mismo del cosmos, que es propiamente el zodiaco. Muchos recintos o santuarios sagrados -al igual que las ciudades edificadas según las reglas de la arquitectura sagrada-, siendo la proyección en la tierra del orden celeste, están de una u otra manera "enmarcados" por las constelaciones zodiacales. Es el caso, por ejemplo, del Ming-Tang chino, del Templo de Jerusalén (y su arquetipo la Jerusalén Celeste), y en construcciones tan antiguas como puedan ser el *crómlech* megalítico de Stonehenge. Asimismo, los masones operativos, y en general los artesanos constructores de cualquier sociedad tradicional, se servían de un cordel para determinar la posición correcta de los templos o catedrales, que siempre y de forma invariable, estaban orientados según las direcciones del espacio señaladas por los cuatro puntos cardinales, exactamente igual que la Logia. Ahora bien, como menciona René Guénon, "...entre las funciones de un 'marco' quizá la principal es mantener en su sitio los diversos elementos que contiene o encierra en su interior de modo de formar con ellos un todo ordenado, lo cual, como se sabe, es la significación misma de la palabra 'cosmos'. Ese 'marco' debe, pues, en cierta manera, 'ligar' o 'unir' esos elementos entre sí, lo que está formalmente expresado por el nombre de 'cadena de unión', e inclusive de esto resulta, en lo que a ella concierne, su significación más profunda, pues como todos los símbolos que se presentan en forma de cadena, cordel o hilo (todos ellos símbolos del eje) se refieren en definitiva al *sutratma*" (cap. LXV de *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*). Por consiguiente, la cadena de unión masónica vendría a significar, considerada desde el punto de vista metafísico, exactamente lo mismo que la "cadena de los mundos": un símbolo que resume el conjunto de todos los estados, seres y mundos que conforman la manifestación universal, los cuales subsisten y están ligados entre sí por el "hilo de Atma" (*sutratma*), es decir por su hálito o espíritu vivificador.

Por otro lado, la cadena de unión es también la cuerda anudada (o *houppe dentelée* en la Masonería inglesa) que aparece figurada en los cuadros de Logia masónicos, y concretamente en los pertenecientes a los grados de aprendiz y de compañero. La significación simbólica de dicha cuerda es idéntica a la de la cadena de unión, pero, al mismo tiempo, y vinculado específicamente con el simbolismo del cuadro de Logia, habría que considerar también otro aspecto importante de ella: el que tiene como función "proteger", además de "unir" y de "ligar", los símbolos y emblemas que aparecen dibujados en el cuadro, el que es considerado como un espacio sacralizado, y por tanto inviolable. En este sentido, la idea de "protección" está incluida en el simbolismo de los nudos y las ligaduras, que por sus formas respectivas recuerdan el trazado de los dédalos y laberintos iniciáticos. Y en lo que respecta a la cadena de unión, ésta es la que en su función de "marco" celeste delimita, separa y protege el "mundo de la luz" (la Logia, considerada como "un lugar muy iluminado y muy regular") del "mundo de las tinieblas", o lo sagrado de lo profano. (Ver *Rito de la Cadena de Unión, Lazos y Nudos, y Cuadro de Logia*). **F. A.**

**CALAVERA.** Al comienzo del rito de iniciación al grado de Aprendiz el candidato es introducido en un aposento oscuro, llamado Cámara de Reflexión, en el que se encuentra por primera vez

con varios objetos simbólicos que en el transcurso del proceso de transmutación irán cobrando más y más importancia simbólica. Uno de los más significativos es la Calavera, símbolo de la Muerte Iniciática.

En todos los ritos de iniciación, tanto en las sociedades arcaicas como en las grandes civilizaciones se representa simbólicamente a la Muerte, pues la Iniciación siempre ha sido considerada como la muerte del hombre profano y el nacimiento de un hombre nuevo, totalmente regenerado por la acción del rito y la gracia del Conocimiento.



El viaje iniciático es análogo al viaje *post mortem* que emprende el alma al morir el cuerpo físico; y Hermes es el Psicopompo que conduce esa alma durante el recorrido que la habrá de llevar al mundo de los dioses.

En la Masonería la muerte es considerada como un paso, como un cambio de estado, y se la ve como simultánea al nacimiento y la resurrección. La muerte iniciática no es una muerte alegórica, es una muerte real, pues al morir el hombre viejo mueren con él los condicionamientos, las limitaciones y los prejuicios del ser ordinario, esclavo de lo sucesivo, aparente y transitorio, y nacen las posibilidades de recuperar la conciencia de eternidad y la verdadera Liberación.

Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; pero el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. (Juan 12, 24-25).

Es por esto que el iniciado, cuando sale de la Cámara de Reflexión, es llamado Neófito (palabra que significa "nueva planta"). La semilla, que representa sus potencialidades, ha muerto, dando lugar a la posibilidad de germinar a la nueva vida.

Es por eso que el alquimista dice:

***cuando me levanto de la muerte, mato a la muerte que me mata.***

**F. T.**

**CAMARA DE REFLEXION.** La Masonería, en concordancia con todas las vías iniciáticas, conserva un símbolo que alude directamente a la necesaria separación entre el mundo profano y el sagrado: la Cámara, o Gabinete, de Reflexión. Se trata de un pequeño habitáculo, totalmente pintado de negro, en el que es introducido el aspirante a la iniciación masónica. Allí, en completa soledad y abandonado a sí mismo, deberá despojarse de sus múltiples egos y máscaras (las que conforman la personalidad del hombre viejo), permitiéndole así recuperar la identidad con su auténtico ser (el hombre nuevo). Esto es lo que simboliza precisamente el "despojamiento de los metales" a que se ve sometido el candidato por el Hermano Preparador antes de entrar a la Cámara, tras lo cual podrá acceder al interior de la Logia, en donde deberá superar las "pruebas de los elementos": del aire, del agua y del fuego. De hecho, la estancia en la Cámara (que está fuera de la Logia) representa la primera de esas pruebas, la de la tierra, y más concretamente el interior de ésta, es decir el mundo subterráneo, que es donde simbólicamente se ubica el Gabinete. Estamos, por tanto, ante una prueba que se refiere directamente al "descenso a los infiernos", común a todas las cosmogonías tradicionales, y que de manera tan ejemplar describió Dante en la Divina Comedia. Mediante ese descenso el ser conoce sus estados más densos e inferiores, de los que ha de purificarse para poder ascender posteriormente hacia sus estados sutiles y superiores. A ese descenso-ascenso alude, precisamente, el acróstico alquímico V.I.T.R.I.O.L, que se encuentra inscrito en una de las

paredes del Gabinete: Visita el Interior de la Tierra y Rectificando Encontrarás (*Invenies*) la Piedra Oculta (*Ocultum Lapidem*). Como a este respecto indica R. Guénon "la 'rectificación' es aquí el 'enderezamiento' que señala, después del 'descenso', el comienzo del movimiento ascensional".

Por todo ello, el Gabinete de Reflexión está emparentado con la simbólica de la caverna o gruta, o con la choza ritual, e incluso con la espesura del bosque, lugares en donde el neófito vive la experiencia directa de su muerte iniciática. En este sentido, en el Gabinete de Reflexión se opera el "regreso al útero o matriz" de la Madre Tierra (*Mater Genitrix*), pues como dice Mircea Eliade: "el candidato a la iniciación se sitúa antes de su nacimiento biológico, en la noche cósmica, a fin de participar de un segundo nacimiento". O como también afirmaba Paracelso: "Quien quiera entrar en el Reino de los Cielos, debe primeramente entrar con su cuerpo en su Madre y, allí, morir". Se trata todo ello de un simbolismo que se refiere efectivamente a la "muerte iniciática", representada en Alquimia por la *nigredo* o "el negro más negro que el negro", es decir por un estado de completa oscuridad o concentración, necesaria para la purificación completa de la psiqué, lo que en verdad constituye una *catarsis* en el sentido propio del término, y que confluirá en el "nacimiento iniciático", o "segundo nacimiento". Ese proceso es lo que en la Masonería se denomina el pasaje de "las tinieblas a la luz", semejante al proceso cosmogónico del "caos al orden".

La luz de la vela que ilumina débilmente la estancia del Gabinete simboliza precisamente el germen de ese nuevo nacimiento, que está también representado por el gallo figurado en una de las paredes. Ave eminentemente solar, que anuncia el nacimiento del nuevo día en lo más profundo de la noche, el gallo es también un símbolo del dios Hermes, el guía que conduce al iniciado en su camino hacia el Conocimiento. La banderola que aparece encima del gallo con la inscripción "Vigilancia y Perseverancia" aluden directamente a un estado activo de la conciencia y a un estar "despierto" interiormente para recibir la influencia espiritual (intelectual) que al menos virtualmente le será conferida al candidato durante el rito de la iniciación en el interior de la Logia.

Remitimos a cada uno de los restantes elementos simbólicos que aparecen la Cámara de Reflexión, a saber: el Pan y el Agua, los tres principios herméticos: Azufre, Mercurio, y Sal, el Cráneo y el Reloj de Arena. **F. A.**

**CATEDRAL. 1.** La Catedral es la culminación de la arquitectura cristiana. Su nombre deriva del griego *Kathédra*, que significa "asiento". El asiento es un lugar o un mueble que sostiene a una figura sedente, postura que refleja una elevación o ascenso -simbolizada por la columna vertebral erguida- por encima de un plano horizontal de base. Precisamente, la Catedral es una construcción simbólica que se yergue sobre el plano terrestre, a la cual se ingresa a ras de suelo por Occidente y de la cual se sale, tras un recorrido horizontal hacia Oriente, por la vertical del Ara o Altar, atravesando la piedra cimera del edificio a fin de acceder a niveles superiores de Conocimiento. Desde este punto de vista, el nombre de Catedral convendría a los templos de todas las tradiciones por igual; por otra parte, uno advierte que la forma y la estructura de una Catedral son expresiones simbólicas perfectas de la naturaleza interior de la vía iniciática masónica. De alguna manera, en la forma geométrica de la Catedral, a la vista de todos, se halla expuesto el secreto que une a los masones y por el que trabajan en sus Logias a cubierto; pero, ¿quién puede 'descifrarlo'?

**2.** La Catedral, como cualquier templo sagrado, es sede de la Divina Inmanencia, la *Shekinah*, que penetra a través de la Puerta de los Dioses simbolizada por la piedra angular y difunde sus rayos en el plano de la Creación. Desde el punto de vista religioso o exotérico propio de una gran mayoría de mosenes parroquianos, la entrada de la Divinidad en el mundo de lo manifestado a la que se refieren los Evangelios cristianos -y todos los libros inspirados de todas las tradiciones- es contemplada como la constitución de una entidad individual distinta al ser humano con la cual éste se esfuerza en ligarse o re-ligarse (de ahí la palabra 'religión'), pero que percibe como algo tan disímil como las piedras del templo en el que lleva a cabo sus prácticas religiosas. Para la visión interior o esotérica, en cambio, el ser individual está en el seno de la Divinidad y no puede discernirse de ella más que ilusoriamente. La Divina Inmanencia se efectiviza cuando el yo individual adquiere conciencia de que no es más que un estado del Ser Universal y de que su esencia es la propia Esencia Divina, la quintaesencia de



todo lo ígneo, lo aéreo, lo acuoso y lo pétreo. Así, entre el templo y el yo no hay, no puede haber, ninguna dualidad verdadera.

3. A los ojos del iniciado masón, una Catedral deja de ser un 'local decorado al gusto de una época' para convertirse en una imagen del Paraíso terrenal en el que siempre ha habitado -acaso, sin haberlo advertido durante mucho tiempo-, poblado por altas palmeras, animales fantásticos y un monte sagrado, y también de la Jerusalén Celeste de forma cúbica que signa el fin del actual ciclo de manifestación. El Paraíso y la Jerusalén de los cielos son los modelos arquetípicos de la Catedral, es decir, sus ideas directrices, y éstas son análogas a la de cosmos u orden que rige en todo lo manifestado. Como el Paraíso terrenal, la Catedral se alza en un punto elevado significativo de la geografía sagrada, y está cubierta por una bóveda arquitectónica análoga al firmamento. Como la Jerusalén celeste, la base de la Catedral es cuadrangular y sus puertas se orientan a los cuatro puntos cardinales. La Catedral es, en definitiva, un símbolo de la manifestación, esto es, de lo manifestado, de su Principio y de la acción creadora de dicho Principio, tríada que es una Unidad en su esencia y que incorpora en su seno al constructor del templo. Esta es la verdad interior de la Catedral, la que sus piedras talladas simbolizan; esta es la realidad que ha dado fundamento y razón de ser al trabajo de los canteros de todos los tiempos, quienes han rubricado su comprensión de la obra de arte con una marca en la piedra tallada.

4. El pórtico de la Catedral constituye una síntesis del programa simbólico del templo. El pórtico plasma en alzado lo que la Catedral en su conjunto expresa en planta y en la tridimensión, y es análogo a ella. Así, las bóvedas y el suelo de las naves, que simbolizan el cielo y la tierra, se corresponden respectivamente con el arco del pórtico y el espacio de forma rectangular en el que se inscriben las puertas del templo. Si para un masón es dable una 'lectura' esotérica de las Catedrales, también lo es de sus pórticos, y acaso podría decirse que con mayor razón, puesto que nuestros antepasados constructores a menudo erigieron pilares en los pórticos de los templos cristianos a imagen de las columnas que decoran las Logias y sostienen los templos interiores. Ambas columnas comprenden el recorrido del Sol en el horizonte, las circumambulaciones en Logia y el recorrido por los Misterios Menores. **M. G.**

**COMPAÑERAZGO.** 1. René Guénon escribe en el capítulo XIV de *Aperçus sur l'Initiation* lo siguiente:

"Apenas hay en el mundo occidental otras organizaciones iniciáticas que puedan reivindicar una filiación tradicional auténtica (condición fuera de la cual, recordémoslo una vez más, no podría haber otra cosa que 'pseudoiniciación') más que el Compañerazgo y la Masonería, es decir, formas iniciáticas basadas esencialmente en el ejercicio de un oficio, en su origen por lo menos, y por consiguiente, caracterizadas por métodos particulares, simbólicos y rituales en relación directa con ese mismo oficio. Aquí solamente hay que hacer una distinción: en el Compañerazgo se ha mantenido siempre el vínculo original con el oficio, mientras que en la Masonería éste ha desaparecido de hecho".

Los orígenes históricos del Compañerazgo son inciertos, como corresponde a una orden iniciática tradicional que hunde sus raíces, en última instancia, en el no-tiempo mítico. Los textos escritos más antiguos que se conocen en los que se menciona a los Compañeros del Oficio o del Deber con tal nombre datan de los siglos XV y XVI y aparecen en un ámbito geográfico concreto: Francia. Ahora bien, el Compañerazgo francés, como la sociedad alemana de los *Steinmetzen* (talladores de piedra) del siglo XII o la Francmasonería anglosajona de los siglos XIII y XIV, son todas ellas organizaciones herederas sin solución de continuidad de las guildas y cofradías de oficios medievales, las cuales, a su vez, fueron una prolongación de los *Collegia Fabrorum* del Imperio Romano, depositarios de antiquísimos conocimientos esotéricos y transmisores de la iniciación en los Misterios. El Compañerazgo es, pues, una organización iniciática que, entroncada en la Tradición Hermética al igual que la Masonería, se formula como un símbolo de una idea arquetípica -que como tal es ajena al devenir- en un dominio histórico y geográfico al cual fecunda.

Algo que es muy característico del Compañerazgo es precisamente su sello geográfico: el Compañerazgo es una vía iniciática de gentes de país, de "paisanos", tal como los Compañeros del Tour de Francia se denominan unos a otros; esto es, se trata de una vía de Conocimiento que en sí es universal, puesto que la Verdad es una y única, pero cuyos métodos

se hallan adaptados a la naturaleza interior de los hombres concretos a los cuales está destinada.

Los orígenes míticos del Compañerazgo, es decir, sus verdaderos orígenes, se remontan, como en la Masonería, a la construcción del Templo de Salomón. Tres son los fundadores legendarios de los diferentes Deberes o ritos compañónicos: el Rey Salomón, *Maître Jacques* y *Père Soubise*. La leyenda fundacional de los *Enfants* de Salomón o Compañeros del Deber de Libertad se entronca con la narración bíblica de la construcción del Templo salomónico. Según dicha leyenda, la presencia en Jerusalén de una gran multitud de obreros causaba a Salomón e Hiram grandes dificultades para distribuir los salarios: mezclados con los obreros del Templo, intrusos e impostores se presentaban a reclamar una paga al igual que aquéllos, y la obtenían en medio de la confusión. Para remediarlo, Salomón dio a cada obrero un deber y una palabra de paso para hacerse reconocer, y cada cual recibía una paga acorde con su trabajo. Además, cuando un obrero llegaba a ser un buen artesano, Hiram lo interrogaba, y si le reconocía la capacidad requerida, le decía que perseverara y que sería recompensado. Días después, uno de los contra maestros de la obra conducía al beneficiario a un subterráneo del Templo donde, en medio de los compañeros de obra, era iniciado y recibía nuevas palabras de paso y de reconocimiento. Así es como se dice que fue fundado el Compañerazgo de la Libertad (ver E. Martin Saint-Léon, *Le Compagnonnage. Son histoire, ses coutumes, ses règlements et ses rites*. París, 1901).

La leyenda de *Maître Jacques*, fundador mítico de los Compañeros del Deber o Deberantes, también se relaciona estrechamente con la construcción del Templo de Salomón. *Maître Jacques* era uno de los primeros maestros artesanos de Salomón y colega de Hiram, y había aprendido a tallar la piedra en su infancia. Viajó por Grecia, Egipto y Palestina por espacio de 21 años, y llegó a Jerusalén a la edad de 36. Allí construyó dos columnas dodecagonales para el Templo, la columna Vedrera y la columna Macaloe, sobre las que fueron esculpidas escenas del Antiguo Testamento. *Maître Jacques* fue nombrado maestro de los talladores de piedra, de los masones y de los carpinteros, y acabada la construcción del Templo, partió de Judea en compañía de *Soubise*, de quien luego se separó. La nave de *Soubise* llegó a Burdeos, mientras que *Jacques* desembarcó en Marsella junto con 13 compañeros y 40 discípulos. Viajó por tierra durante tres años y se retiró a la ermita de la Sainte-Baume en la Provenza, donde murió a manos de cinco asesinos instigados por el traidor Jéron, uno de sus discípulos. Antes de expirar encomendó a sus discípulos que fuesen fieles a su Deber y que transmitiesen su beso a los compañeros que ellos recibiesen en lo sucesivo. Muerto *Maître Jacques*, sus discípulos lo desnudaron y encontraron un junco bajo su ropa. A continuación, repartieron sus vestiduras entregando el sombrero, a los sombrereros; la túnica, a los talladores de piedra; las sandalias, a los cerrajeros; el manto, a los carpinteros; el cinturón, a los carpinteros de obra; y el bordón, a los carreteros (E. Martin Saint-Léon, *op. cit.*).

De *Père Soubise* cuenta la leyenda conservada por sus *Enfants* que fue también, como *Jacques* e Hiram, uno de los arquitectos del Templo de Salomón. Las rivalidades de tipo profano surgidas entre los Compañeros de distintos Deberes han introducido importantes distorsiones en el relato mítico de *Soubise*, quien aparece en algunas versiones como un feroz opositor a *Maître Jacques*, a quien acosa hasta su muerte, la cual habría sido inducida por el mismo *Soubise*.

2. La conservación del vínculo original con el oficio en el Compañerazgo supone, para los adeptos de esta vía iniciática, un apoyo simbólico precioso en el camino de su realización espiritual.

Si el oficio es algo del propio hombre y como una manifestación o una expansión de su propia naturaleza, es fácil de entender que pueda servir de base a una iniciación, e incluso que sea, en la generalidad de los casos, lo que está mejor adaptado a tal fin" (René Guénon, *El Reino de la Cantidad y los Signos de los Tiempos*, cap. VIII).

Por otra parte, los secretos del oficio son soportes de la realización interior, pues es a ésta, en definitiva, a la que estos secretos se refieren, ya que son los propios de la cosmogonía en su permanente recreación en el alma humana. Este es el sentido profundo de los símbolos y ritos propios de cada oficio, y que hacen de ellos una actividad sagrada. (Federico González *et al.*, *Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha*, Módulo A, acápite "Arte y Artesanías").

Del Compañerazgo como organización iniciática de oficio también hay que destacar su gran versatilidad. Si bien los Compañeros del Deber sólo acogían en su seno a cuatro sociedades madre al principio -las de los talladores de piedra, los carpinteros, los cerrajeros y los carpinteros de obra-, en el siglo XIX ya agrupaban a más de 20 oficios: además de los ya citados, a los curtidores, los tintoreros, los cordeleros, los cesteros, los sombrereros, los blanqueros gamuceros, los fundidores, los alfileteros, los herreros, los tundidores de paño, los torneros, los vidrieros, los silladores, los sarteneros, los doladores, los cuchilleros, los hojalateros, los guarnicioneros, los carreteros, los claveros, los techadores y los yeseros (E. Marin Saint-Léon, *op. cit.*). Hay constancia de que la agregación de una nueva sociedad artesanal al Compañerazgo estaba precedida de su presentación por parte del gremio 'padrino' ya adherido en cuyo seno había surgido la corporación, y de que la recepción de dicha sociedad se efectuaba de modo ritual (tal fue el caso, por ejemplo, de los doladores, quienes fueron presentados por los carpinteros, o de los hojalateros, quienes lo fueron por los fundidores). De este modo, el Compañerazgo ha transmitido durante siglos la iniciación y la capacidad de otorgarla a muchos gremios de artesanos, realizando adaptaciones tradicionales de los ritos a las características de los distintos oficios y actualizando permanentemente de este modo la memoria de que las artesanías son, por encima de todo, vías simbólicas de conocimiento. *Ars sine scientia nihil* (El arte sin la ciencia no es nada).

3. La verdadera razón de ser del Compañerazgo es la iniciación, por más que hoy en día puedan desconocerlo muchos de sus miembros. La imagen que se proyecta del Compañerazgo actualmente en la plaza pública es la de una élite obrera que ha alcanzado el pleno dominio de su especialidad y un elevado nivel cultural y moral cursando una especie de ciclo intensivo de formación profesional de gran exigencia. Esto es la visión absolutamente profana que impera de lo que es, antes que nada, una organización iniciática.

En general, las sociedades compañónicas reconocen tres grados correspondientes a otros tantos niveles de efectivización de la iniciación: el de novicio o aspirante, el de Compañero recibido y el de Compañero acabado. Existen distintos ritos de recepción en el Compañerazgo, que difieren de una sociedad a otra y que han sido muy poco difundidos. El ritual de recepción de los curtidores y los zapateros del Deber descrito por Martin Saint-Léon (*op. cit.*) consta de dos tenidas. En la primera, los aspirantes que desean ser recibidos presentan su obra de arte (*chef d'oeuvre*), la cual es examinada detalladamente por los Compañeros en su cámara. Si el aspirante no es rechazado -bastaría para ello que lo fuera por tres Compañeros-, se le introduce en la cámara, donde un Compañero designado le indica los defectos de su obra y le informa de que su solicitud de recepción será respondida próximamente. En la segunda tenida, el aspirante es sometido a un interrogatorio para verificar su recta intención y es introducido con los ojos vendados en el templo, donde tras un nuevo interrogatorio y serle retirada la venda, prestará su juramento y recibirá un nombre simbólico. Dicho nombre es compuesto, y está formado por el gentilicio correspondiente a la ciudad o pueblo de origen del neófito y de una cualidad concreta de su carácter.

El Compañero recibido debe realizar el Tour de Francia para efectuar su perfeccionamiento y alcanzar la plenitud de su condición. Se trata de un viaje de varios años por la geografía francesa durante el cual el Compañero realiza estadías en distintas ciudades donde recibe la enseñanza y los secretos del oficio de un modo gradual. En cada ciudad del Tour de Francia, las diferentes sociedades compañónicas tenían representantes cualificados que estaban a cargo del cuidado y la formación de los Compañeros. El *Premier-en-ville* y el *Second-en-ville* eran los oficiales de mayor rango. Un cargo especialmente importante era el del *Rouleur*, llamado así por ser el encargado del registro (*rouleau*) de los Compañeros en tránsito. El *Rouleur* acogía a los llegados y acompañaba a los que partían hasta el punto de separación; también se ocupaba de convocar las asambleas y proporcionar trabajo a los Compañeros llegados.

Un Compañero recién llegado a una ciudad al cabo de una etapa del Tour debía presentarse en primer lugar a la *Mère*, oficial femenino responsable junto a su esposo -el *Père*- de lo que era a la vez albergue de los Compañeros y sede de la Orden en la que se celebraban las asambleas. El llegado se hacía reconocer por la *Mère* y por un Compañero mediante su pasaporte compañónico, diversos signos gestuales y sus respuestas a un interrogatorio ritual. A continuación, el Compañero llegado entraba ritualmente en la casa de la Orden (*Entrée de*

*Chambre*) donde, una vez acogido, podía alimentarse y descansar. El mismo día de su llegada o a la mañana siguiente, el *Rouleur* iba a buscarle trabajo; mientras no lo encontrase, el Compañero llegado tenía derecho a alojamiento y manutención gratuitos.

El término de la estancia de un Compañero recibido en una ciudad del Tour se señalaba con un rito específico (*Levage d'Acquit*). Su partida era objeto de una procesión ceremonial (*Conduite*) a cuya cabeza iban el Compañero y el *Rouleur*. El *Rouleur* llevaba la caña y el fardo del Compañero sobre su espalda hasta el punto convenido, donde la comitiva se detenía y procedía a una despedida ritual.

Cuando dos Compañeros del Tour se encontraban por el camino, se reconocían mutuamente mediante el *topage*: se detenían uno frente a otro, adoptaban una posición convenida y, a la voz de " *Tope!* ", se interrogaban recíprocamente sobre su oficio y sobre el Deber al que pertenecían. Si se trataba de sociedades hermanadas, se estrechaban la mano y bebían juntos, pero si los Deberes eran distintos, el *topage* acababa a menudo a bastonazos (Hervé Masson, *Dictionnaire Initiatique*, entrada "Compagnonnage").

Los Compañeros de cada Deber portaban insignias y objetos propios de su sociedad. La caña es el más característico de todos, y se dice que las distintas maneras de portarla tenían distintos significados. Por otra parte, las cintas de colores son marcas distintivas de la sociedad a la que un Compañero pertenecía; pero, por encima de las aplicaciones puramente utilitarias y contingentes de estos objetos simbólicos, debe atenderse a su significado superior, que es de tipo simbólico y común a todos las vías iniciáticas de la Tradición Hermética. Así, la caña del Compañero está relacionada con el báculo del Maestro de Ceremonias masónico, con la varita del Mago del primer arcano mayor del Tarot, y en general, con todos los símbolos axiales (ver **Eje**). Por otro lado, los colores son, como los del arco iris, un símbolo de las indefinidas posibilidades de manifestación en que se polariza y concreta la Luz emanada del Principio (ver **Colores**). Con respecto al carácter hermético del simbolismo compañónico, Masson (*op. cit.*) escribe lo siguiente:

En Compostela existe una estatua de Santiago el Mayor (*Jacques le Majeur*) sosteniendo un bastón de peregrino alrededor del cual se enrollan y entrecruzan en forma de caduceo dos cintas compañónicas. Ahora bien, Santiago era el patrón de los alquimistas y el caduceo una figuración de la doble polarización del mercurio de los filósofos. Pero en este caso preciso, las serpientes del caduceo son reemplazadas por las cintas del Compañerazgo. ¿Qué vínculo secreto ha podido existir entre el antiguo hermetismo y las cofradías de oficio de antaño?

4. El Compañerazgo y la Masonería son las organizaciones herméticas depositarias de la iniciación que han subsistido en Occidente hasta nuestros días. Ambas han actuado -y siguen haciéndolo- como arcas que atesoran cuanto debe ser preservado de un mundo que naufraga a un ritmo cada vez más trepidante. La Masonería ha conservado, incorporándola a sus ritos, la herencia simbólica de los *Collegia Fabrorum*, los Constructores medievales de catedrales, los Alquimistas, los Templarios, los Cabalistas y los Rosacruces. El Compañerazgo, por su parte, ha vivificado la memoria del origen sagrado y la razón de ser profunda de todas las artesanías por medio de adaptaciones tradicionales que han permitido el mantenimiento de la iniciación en los 'oficios especializados' surgidos con posterioridad a la Edad Media. Por otra parte, el Compañerazgo y la Masonería se han fecundado mutuamente a lo largo de su historia, tal como testimonian, por ejemplo, las grandes concordancias existentes entre los Catecismos masónicos y compañónicos de los siglos XVIII y XIX. Y es que difícilmente podría haber sido de otro modo entre organizaciones pertenecientes a una misma Tradición viva -la Tradición Hermética- que reconocen unos mismos orígenes míticos. Mucho se ha escrito acerca de las disensiones y rivalidades profanas entre la Masonería y el Compañerazgo y entre los Deberes compañónicos, pero muy poco se ha dicho acerca de la unidad fundamental de todas las iniciaciones que toman a la construcción del Templo de Salomón como su modelo arquetípico. Un Compañero masón y un Compañero recibido, a poco despiertos que estén, sabrán comprender que los cinco viajes en Logia y el Tour de Francia son símbolos análogos de un mismo y único viaje interior, y que el conocimiento esotérico que se propone adquirir al Compañero masón por medio de las Artes Liberales es la misma enseñanza interior vehiculada por los secretos de oficio que se le van a ir revelando al Compañero recibido durante su circumambulación ritual por la geografía francesa.

Se dice que el Compañerazgo está experimentando un auge en la actualidad, y ello se argumenta sobre la base del crecimiento del número de miembros de la Orden -unos 20.000 hoy en día, mientras que en la posguerra habían llegado a ser sólo 5.000-. Pero, a decir verdad, el Compañerazgo, al igual que la Orden Masónica, está afectado por la degradación generalizada que imprime el devenir cíclico sobre la historia del mundo. Cuando leemos noticias que ensalzan que hoy haya compañeros caldereros dedicados a la reparación de plataformas petrolíferas o compañeros mecánicos que trabajan en proyectos de cohetes espaciales, tememos que una gran parte del aparente éxito del Compañerazgo se esté operando al coste de una mutación antitradicional de sus usos y costumbres. En el fin de ciclo oscuro que afrontamos, quizás sólo podremos encontrar encarnado el verdadero espíritu del Compañerazgo y la Masonería en pequeños grupos o logias anclados en el recuerdo permanente del Principio y la Cosmogonía, la cual es actualizada mediante el rito. **M.G.**

**CORAZON.** El símbolo del corazón es análogo al del centro. Así como el centro se expande manifestándose, conformando un espacio, y se contrae hasta la inmanifestación, este mismo movimiento que a un nivel aparece como sucesivo siendo en realidad simultáneo, es el que ejemplifica el corazón con su sístole y diástole. En la primera fase el corazón es receptáculo, copa, en la segunda es proyección, los efluvios que recibe en la oscuridad de su caverna, se reparten en generosidad vivificante.

Aunque el punto de vista moderno se limite a considerar el corazón como sede de los sentimientos, en contraposición y por debajo del cerebro, sede de una inteligencia racional, todas las tradiciones unánimemente localizan en él una inteligencia intuitiva y sintética en contraposición y por encima de una razón analítica y discursiva que se localiza en el cerebro.

Para el Hinduismo el corazón es la morada de *Brahma*, para el Islam contiene el Reino de Dios y el Cristianismo nos brinda el simbolismo del Sagrado Corazón. En la Masonería el corazón de la Logia es el altar. Situado en el mismo centro y bajo la cúpula celeste, en un aspir absorbe la energía supracósmica que expande en las seis direcciones, hasta los límites del Templo.

En el Ritual de recepción a segundo grado, el Primer Vigilante comunica al Recipiendario los secretos del grado de Compañero, y al confiarle el "Signo Penal" que se hace retirando la mano derecha del corazón horizontalmente y dejándola caer lateralmente trazando una escuadra, le comunica su significado: "Preferiría arrancarme el corazón antes que revelar indebidamente los secretos que me han sido confiados".

Si la finalidad última del iniciado es acceder al Conocimiento, "arrancarse el corazón" simboliza renunciar a este objetivo, cortar el vínculo que le da acceso a esta Posibilidad, prescindir de la más alta facultad del hombre: su Inteligencia. El verdadero masón no "revelará indebidamente" ningún secreto pues sabe que por naturaleza es incomunicable; pero sí sabrá seguir el camino del corazón, la vía de acceso a lo suprahumano, que cada hombre alberga dentro de sí, y sabrá indicarlo y compartirlo con quien rectamente lo solicite. **A. G.**

**CORTINA.** En el rito de exaltación a la maestría del R.·E.·A.·A.·., a modo de vestigio de las tiendas rituales hebreas, se coloca una cortina negra separando el Hekal (espacio que va desde las columnas occidentales del templo hasta los peldaños de ascenso a oriente y que simboliza en una de sus acepciones al alma) del Debir (el oriente, el lugar más secreto y misterioso de la logia, residencia del *Sancta Sanctorum* y símbolo del Espíritu) -dejando el templo a oscuras- hasta que, una vez que el recipiendario renace a la vida nueva por "los cinco puntos perfectos de la maestría", esa cortina se descorre y la plenitud de la luz vuelve a inundar toda la logia.

Sobre el sentido de la misma, en la instrucción al grado de maestro se pregunta: "¿Qué representa esa cortina?" y la respuesta que se da es: "Figura el velo cósmico que disimula el trono (*Merkaba*) y el Delta Luminoso, el cual simboliza al Gran Arquitecto. Representa también lo que nos separa de los Maestros Desconocidos que han pasado al Oriente Eterno y que continúan dirigiendo nuestros trabajos gracias a la Tradición fielmente seguida." En relación con lo dicho anteriormente, observamos que el simbolismo de la cortina sería análogo a lo que en la Cábala se denomina el Abismo (*Tehom*), el foso inmenso que separa *Arik anpin* de *Zeir anpin*, o lo que es lo mismo, el "Rostro Mayor" (la Suprema Tri-Unidad total constituida por *Kether*, *Hokhmah* y *Binah*) del "Rostro Menor" (el cual designa "los seis sefiroth activos de

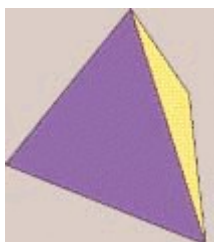
construcción, que se manifiestan a través del sefirah receptivo, *Malkhuth*, inmanencia divina." (Leo Schaya. *El Significado Universal de la Cábala*). (Ver Velo). **M. V.**

**COSMOGONIA.-** Del griego *Kósmos*, orden y belleza, y *gígnomai*, "yo llego a ser". La Cosmogonía es un relato *-mithos-* que narra en términos paradigmáticos el acto divino y primordial de ordenación cósmico; esto es, la producción o formación del Universo creado, entendiendo por tal todo lo que de alguna manera es susceptible de decirse de ello que es algo. La Cosmogonía se expresa por grados o niveles (hipóstasis) de realidad, de tal manera que se refiere tanto a las cosas que son realmente como a las que son sólo en tanto que posibilidad de ser y, más allá incluso de éstas, las "cosas" que no son ni serán nunca, lo que expresa la idea del Cero metafísico, que es anterior a toda manifestación, incluida la del Ser o Unidad primordial. Entonces, este acontecer (la manifestación universal) tiene su "origen" en la Suprema realidad de un "ámbito" ininteligible (cuya inteligibilidad será posible precisamente en virtud de este mismo acontecimiento) y su "fin" en la creación del mundo, que incluye como última realización al hombre mismo.

Hay que destacar que la Cosmogonía no es sólo un acontecer cronológico sino ante todo Lógico (Logos), que se refiere al paso "de las tinieblas a la luz" o, en otras palabras, del Caos primordial al Orden manifestado. En términos simbólicos la Cosmogonía se refiere al paso de la Unidad a la multiplicidad, mientras que el proceso iniciático, representado en la Masonería por los grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, es un proceso inverso, de la multiplicidad a la Unidad. Asimismo, hay que destacar la estrecha relación entre el *mithos* cosmogónico y el Ritual de Apertura de la Logia que lo representa plenamente. En efecto el Ritual de Apertura ejemplifica este paso "de las tinieblas a la luz", tanto en su forma como en su contenido pasando de un espacio profano a otro sacralizado en virtud del Rito mismo. (Ver Metafísica, Logia). **J. M. G.**

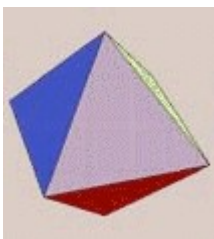
**CUERPOS PLATONICOS. 1.** Reciben el nombre de cuerpos platónicos las figuras de tres dimensiones cuyas caras son polígonos regulares convexos idénticos que convergen en vértices idénticos y cuyas aristas son de igual longitud. Los cuerpos platónicos, o poliedros regulares, se corresponden con los polígonos regulares bidimensionales: así como éstos pueden ser inscritos en una circunferencia, los cuerpos platónicos pueden serlo en una esfera. Ahora bien, a diferencia de los polígonos regulares, cuyo número es indefinido –es posible concebir y construir un polígono regular de un número de lados tan grande como se quiera–, sólo existen cinco poliedros regulares en la naturaleza: el tetraedro, el octaedro, el icosaedro, el cubo y el dodecaedro.

La superficie del tetraedro está formada por cuatro caras triangulares equiláteras y consta de seis aristas y cuatro vértices; en cada uno de ellos convergen tres caras y tres aristas.



Tetraedro

El octaedro tiene ocho caras que también son triángulos equiláteros, y posee doce aristas y seis vértices; cada vértice del octaedro es compartido por cuatro caras y cuatro aristas.



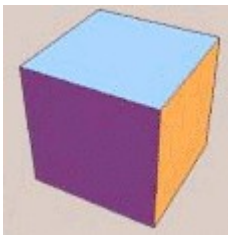
Octaedro

En cuanto al icosaedro, sus caras son veinte triángulos equiláteros, sus aristas son treinta, y sus vértices, doce; en cada uno de dichos vértices convergen cinco caras y cinco aristas



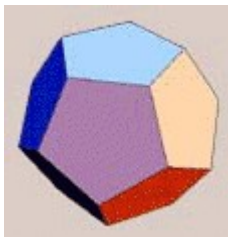
Icosaedro

El cubo tiene seis caras cuadradas, doce aristas y ocho vértices, y cada uno de los vértices es compartido por tres caras y tres aristas.



Cubo

Por último, el dodecaedro consta de doce caras pentagonales, treinta aristas y veinte vértices, cada uno de los cuales es común a tres caras y tres aristas.



Dodecaedro

2. Platón, de quien toman nombre estos cuerpos, describe la creación arquetípica de los poliedros regulares en el *Timeo* (31b), y les atribuye una correspondencia simbólica con los elementos –fuego, aire, agua, tierra– a partir de los cuales el demiurgo construye "el cuerpo de este mundo". Unos y otros, elementos y figuras geométricas, son ideas cuyo entrelazamiento, expresado de maneras distintas pero unánimes en su significación por los diversos relatos cosmogónicos de la Tradición Hermética, produce el orden universal, acto simbolizado por la iluminación de la Logia masónica en la apertura de sus trabajos rituales.

La génesis de los elementos y de los poliedros regulares que son su forma se produce a partir del triángulo, la figura bidimensional primera y más simple mediante la cual es posible dividir reticularmente una superficie plana cualquiera:

En primer lugar, creo que para cualquiera está más allá de toda duda que fuego, tierra, agua y aire son cuerpos. Ahora bien, toda forma corporal tiene también profundidad. Y además, es de toda necesidad que la superficie rodee la profundidad. La superficie de una cara plana está compuesta de triángulos. Todos los triángulos se desarrollan a partir de dos, cada uno con un ángulo recto y los otros agudos. Uno tiene a ambos lados una fracción de ángulo recto dividido por lados iguales, el otro partes desiguales de un ángulo recto atribuidas a lados desiguales. En nuestra marcha según el discurso probable acompañado de necesidad, suponemos que éste es el principio del fuego y de los otros cuerpos. Pero los principios anteriores, a éstos los conoce dios y aquél de entre los hombres que es amado por él (*ibid.*, 53c-d).

Los "principios anteriores" a los que se refiere Platón en su exposición son los principios ontológicos, la tríada principal cuya refracción en el plano cosmológico produce la idea del triángulo, que a su vez modela la estructura de la Logia y establece la pauta de sus ritmos.

La narración del *Timeo* prosigue explicando la formación de cada poliedro regular. De los distintos triángulos rectángulos escalenos posibles (los que poseen "partes desiguales de

un ángulo recto atribuidas a lados desiguales"), Platón, por boca de *Timeo*, evoca aquél que tiene una hipotenusa de una extensión del doble del lado menor" (*ibid.*, 53d), es decir, aquéllos cuyos tres ángulos valen respectivamente 30°, 60° y 90°. La reunión y disposición conveniente de seis triángulos iguales de este tipo genera un triángulo equilátero. Seguidamente, la unión de cuatro triángulos equiláteros según tres ángulos planos genera un ángulo sólido, el siguiente del más obtuso de los ángulos llanos. Cuatro ángulos de éstos generan la primera figura sólida, que divide toda la superficie de la esfera en partes iguales y semejantes (*ibid.*, 55a), o sea, el tetraedro. El octaedro aparece cuando se unen ocho triángulos equiláteros y se construye un ángulo sólido a partir de cuatro ángulos planos. Cuando se han generado seis de tales ángulos, se completa así el segundo cuerpo (*ibid.*, 55a).

Por su parte, el tercer cuerpo (icosaedro) nace de ciento veinte elementos ensamblados (triángulos escalenos) y doce ángulos sólidos, cada uno rodeado de cinco triángulos equiláteros planos y con veinte triángulos equiláteros por base (*ibid.*, 55a).

La función del triángulo escaleno acaba con la generación del tercer poliedro regular. Corresponde al triángulo rectángulo isósceles (el que "tiene a ambos lados una fracción de ángulo recto dividido por lados iguales") intervenir en la producción del cubo por composición de cuatro triángulos y reunión de sus ángulos rectos en el centro para formar un cuadrilátero equilátero (cuadrado). La reunión de seis figuras semejantes produjo ocho ángulos sólidos, cada uno de ellos compuestos según tres ángulos planos rectos. La figura del cuerpo creado fue cúbica con seis caras de cuadriláteros equiláteros (*ibid.*, 55b-c).

Platón atribuye cada uno de los cuatro cuerpos anteriores a un elemento: el tetraedro, al fuego, por ser la figura más móvil, la más cortante y aguda de todas en todo sentido, y además, la más liviana, pues está compuesta del mínimo de partes semejantes (*ibid.*, 56a-b); el octaedro, la segunda (figura) más aguda, al aire, y la tercera (el icosaedro), al agua (*ibid.*, 56a); y en lo que respecta al cubo, la superficie cuadrada formada por dos equiláteros está sobre su base necesariamente de forma más estable que un triángulo, tanto en sus partes como en el conjunto. Por tanto, si atribuimos esta figura a la tierra salvamos el discurso probable (*ibid.*, 55e-56a).

Al quinto y último poliedro regular, el dodecaedro, Platón le asigna la síntesis de los cuatro elementos –esto es, la quintaesencia– refiriéndose a él de este modo:

Puesto que todavía había una quinta composición, el dios la utilizó para el universo cuando lo pintó (*ibid.*, 55c).

Así, el dodecaedro, cuya forma y relaciones intrínsecas están signadas por el quinario y la proporción áurea como el hombre, por la docena como el zodíaco y por la veintena y la treintena como los ciclos calendáricos, es un símbolo por excelencia del orden cósmico.

**3.** La doctrina de los cuerpos platónicos establece puentes entre la Geometría y el simbolismo alquímico en que se halla codificada la ciencia hermética de las transmutaciones del alma. Una vez sentadas las correspondencias entre los poliedros regulares y los elementos, el *Timeo* expone las mutaciones de que éstos son susceptibles habida cuenta de su estructura:

A partir de todo aquello cuyos géneros hemos descrito antes, muy probablemente se daría lo siguiente. Cuando el fuego choca con la tierra y con su agudeza la disuelve, ésta se trasladaría, ya sea que se hubiera diluido en el mismo fuego o en una masa de aire o de agua, hasta que sus partes se reencontraran en algún lugar, se volvieran a unir unas con otras y se convirtieran en tierra –pues nunca pasarían a otra especie–, pero si el agua es partida por el fuego, o también por el aire, es posible que surjan un cuerpo de fuego y dos de aire. Cuando se disuelve una porción de aire, sus fragmentos darían lugar a dos cuerpos de fuego. A la inversa, cuando el fuego, rodeado por el aire o el agua o alguna tierra, poco entre muchos, se mueve entre sus portadores, lucha y, vencido, se quiebra, dos cuerpos de fuego se combinan en una figura de aire; mas cuando el aire es vencido y fragmentado, de dos partes y media se forjará una figura entera de agua. Reflexionemos esto nuevamente así: cuando el fuego encierra alguno de los otros elementos y lo corta con el filo de sus ángulos y sus lados, dicho elemento deja de fragmentarse cuando adquiere la naturaleza de aquél –pues nada es capaz de cambiar a un género semejante e igual a él ni de sufrir nada a causa de lo que le es semejante e idéntico–, pero mientras el que se convierte en otro elemento, aunque inferior, luce contra uno más fuerte, no cesa de disolverse. Y, a su vez, cuando unos pocos corpúsculos más pequeños,



rodeados por muchos mayores, son destrozados y se apagan, si mutan en la figura del que domina, cesan de extinguirse y nace del fuego el aire, y del aire, el agua (*ibid.*, 56d-57b).

Esta mutabilidad de unos elementos en otros está implícita en la estructura de cada cuerpo platónico. El tetraedro (fuego), el octaedro (aire) y el icosaedro (agua) están formados respectivamente por 4, 8 y 20 caras triangulares equiláteras, o por 24, 48 y 120 triángulos escalenos idénticos, y su recombinación permite el tránsito de una a otra figura sólida:

Partiendo de los elementos constituyentes, la división, por ejemplo, del icosaedro dará nacimiento a 2 octaedros más 1 tetraedro, es decir, que la división de una parte de agua deja en libertad 2 partes de aire y 1 de fuego:  $20 = 8+8+4$  ó  $120 = 48+48+24$ . Y así ocurre con los otros sólidos—elementos, a excepción del cubo—tierra. De este modo, la obra del demiurgo por la acción de la inteligencia introduce en la materia las determinaciones numéricas y geométricas (C. Bonell, *La divina proporción. Las formas geométricas*, p. 104).

Asimismo, las relaciones geométricas que existen entre los cinco poliedros regulares determinan otras leyes de transformabilidad de unos cuerpos en otros:

Observemos primero que del octaedro se puede deducir el cubo y de éste el octaedro por medio de una transformación recíproca, tomando los centros de figura de todas las caras o haciendo pasar por los vértices planos tangentes a la esfera circunscrita. La misma relación de reciprocidad existe entre el icosaedro y el dodecaedro. El tetraedro, en particular, es autopolar, lo que quiere decir que se convierte en sí mismo por transformación recíproca (M. Ghyka, *Estética de las proporciones en la naturaleza y en las artes*).

Por otra parte, los vértices de un cubo son vértices de un tetraedro cuyos lados son diagonales de las caras de dicho cubo, y los puntos medios de los seis lados de un tetraedro son los vértices de un octaedro.

4. Si los cuerpos platónicos se corresponden con los elementos de la naturaleza, siendo "lo de abajo como lo de arriba" tal como atestigua la Tabla de Esmeralda, cabe considerar relaciones de analogía entre las figuras del *Timeo* y los cuerpos celestes, tal como hiciera Johannes Kepler en su *Mysterium Cosmographicum* (1596). El frontispicio de esta obra hermética, que sintetiza su tema principal, es Pródromo (precursor) de disertaciones cosmográficas que contienen el secreto del universo, sobre la admirable proporción de los orbes celestes, y sobre las causas auténticas y verdaderas del número de los cielos, de su magnitud y de sus movimientos periódicos, demostrado por medio de los cinco cuerpos geométricos regulares. (ver A. Rioja y J. Ordóñez, *Teorías del Universo*, vol. I).

Kepler concebía, al igual que la Francmasonería, un universo ordenado por el Gran Geómetra en el que hay una razón para cada hecho y esa razón debe buscarse en la geometría (*ibid.*).

Investigando, pues, en las formas de los cuerpos platónicos y sus proporciones, postuló que el número de planetas que orbitan en torno al Sol eran seis por haber sido establecidos tantos espacios interplanetarios como cuerpos platónicos existen, y que las distancias relativas entre los planetas así como el tamaño de sus órbitas eran proporcionales a las dimensiones de los poliedros regulares interpuestos. De este modo, y con arreglo a los datos astronómicos de que disponía, Kepler formuló el siguiente modelo cosmográfico:

A partir de un Sol inmóvil en el centro, a continuación se sitúa la órbita de Mercurio inscrita en un octaedro; la esfera de Venus circunscribe al octaedro y se halla inscrita en un icosaedro; la esfera de la Tierra circunscribe al icosaedro y se inscribe en un dodecaedro; la esfera de Marte circunscribe al dodecaedro y se inscribe en un tetraedro; la esfera de Júpiter circunscribe al tetraedro y se inscribe en un cubo; finalmente la esfera de Saturno circunscribe al cubo (*ibid.*).

5. La doctrina de los cuerpos platónicos es una alta enseñanza simbólica que se sitúa en el corazón de la Geometría y que, como tal, debe ser objeto de estudio por la Cámara de Compañero. Este es el espacio ritual en que se propone al Masón investigar la simbólica de las Artes Liberales a fin de avanzar en el conocimiento de sí mismo y del cosmos, de lo que las cosas son en verdad, a fin de efectivizar la conciencia permanente de la unidad del Ser que la iniciación promueve. Si algo es evidente en la narración platónica de la creación arquetípica de los poliedros regulares, formas simbólicas de los elementos de la naturaleza, es su signatura ternaria. El denominado átomo triangular del *Timeo*, impreso en todas las cosas que acceden al existir, es el símbolo de los principios del Ser y expresa la naturaleza interior del Conocimiento, la tríada indisociable compuesta por la Unidad reflejándose en un Binario para

conocerse y, en ese gesto gratuito y misterioso, producir todas las Emanaciones. Lo mismo expresan, en la Logia masónica, la forma triangular del Delta luminoso, la tríada Delta-Sol-Luna, los tres estrados de Oriente y sus tres gradas, las tres Grandes Luces, los tres pilares del Templo, las tres Luces del Taller y los ritmos ternarios del batido de malletes y la aclamación escocesa, entre muchos otros símbolos. **M. G.**

**EJE.** El símbolo del eje nos remite a una recta imaginaria alrededor de la cual se produce un movimiento rotatorio. Aunque esta recta bien puede ser horizontal, como ocurre con la barra que une las ruedas del carro, la idea de eje está esencialmente ligada a la de verticalidad, con la que manifiesta su plenitud simbólica y su carácter axial. El vocablo "eje" deriva etimológicamente del latín "axis".

Dentro del Templo varios son los símbolos que lo manifiestan: las Columnas J y B, los tres Pilares, las Espadas, la Plomada del Hermano Segundo Vigilante; cada uno de ellos nos ofrece distintos aspectos de una misma imagen, la vertical. Pero si nos atenemos a su carácter fundamental, es decir a su inmovilidad generadora de rotación, nos tenemos que referir a la recta imaginaria que centra el mismo Templo, la cual representa la idea arquetípica de eje, puesto que liga mutuamente por su centro los distintos planos o estados jerarquizados.

El eje está a veces representado en su parte alta con una plomada que pende del punto medio del techo del Templo. Su proyección atraviesa el Altar para hundirse finalmente en el punto medio del suelo de la Logia. Este eje primordial une por su centro los tres planos o niveles arquetípicos. En lo alto la salida del cosmos, la estrella polar, punto vacío alrededor del cual pivota la bóveda celeste. Seguidamente el corazón de la Logia, centro de la cruz vertical, el Altar y las Tres Grandes Luces, a las que el eje atraviesa entre la Escuadra y el Compás. Y finalmente el centro de la Tierra, cruz horizontal donde convergen los vértices de los cuatro cuadrados, dos blancos y dos negros que a su vez se multiplican conformando el Pavimento Mosaico.

Así como el centro en el plano, desde su inmutabilidad genera el círculo, el eje desde su inmovilidad en lo tridimensional, genera un mundo, el espacio de la Logia. En torno a este eje se producen las circumambulaciones de los Hermanos, al igual que las dos serpientes se enroscan y desenroscan en torno al caduceo, el equilibrio de las fuerzas cósmicas, sentidos ascendente y descendente.

Cada Hermano desde cualquier punto del Templo puede contemplar dicho eje y reconocerse a él mismo como tal. Con sus pies en la tierra conjuga el blanco con el negro, con su cabeza (el cielo) está en contacto con lo suprahumano, y con su corazón hace de intermediario entre ambas polaridades, contribuyendo con su trabajo y su recta intención a que las energías fluyan de arriba a abajo y de abajo a arriba. Y a su alrededor el mundo gira. (Ver Plomada, Columna). **A. G.**

**ESPEJO.** En el rito de iniciación del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, después de que el neófito haya verificado si alguno de los hermanos que forman la cadena de unión en la que es recibido pudiera haber sido anteriormente su enemigo para tenderle ahora la mano y olvidar el pasado, el V.:.M.:. le dice: "No es siempre delante de uno que se encuentran los enemigos. Los más temibles muchas veces están detrás. ¡Volveos!". Entonces, se le presenta un espejo que lo pone cara a cara consigo mismo; seguidamente, se da la vuelta al espejo para que pueda leer la inscripción que figura en su reverso: "Conócete a ti mismo".

El espejo, siendo una superficie o lámina de cristal azogada, casi siempre de mercurio, aunque también pueda ser de otro metal bruñido, refleja o representa lo que se pone ante él. A lo largo del camino iniciático, el adepto debe aprender que aquello que retrata el espejo es solamente su apariencia, una imagen transitoria del ser individual sometida a las leyes del devenir, una ilusión cambiante y contingente, y por tanto, todo aquello con lo cual no debe identificarse, ni reconocer como el fin del proceso, pues de ser así quedaría atrapado en la rueda de la vida y perdería la posibilidad de la verdadera realización metafísica, la cual está más allá de la naturaleza y cuya aprehensión excede las facultades humanas. El mayor error y más grande enemigo del iniciado es identificarse con los aspectos puramente formales, caducos, egóticos y cambiantes del ser individual, en lugar de verlos como simples destellos o reflejos transitorios del Ser Universal, los cuales deben ser traspasados para fusionarse finalmente con la esencia supraformal, suprahumana, es decir, con lo inmutable, indimensionado, con el Sí mismo,

análogo al Atma hindú o al principio masónico denominado Gran Arquitecto del Universo. Es también en este sentido que debe entenderse a la Masonería Especulativa (ver entrada con este título), ya que el término del cual procede, *speculum*, etimológicamente significa mirar, y ello alude precisamente a una mirada que penetra inteligentemente la interioridad o el sentido profundo de todos los símbolos que la masonería conserva, afín de trascender la forma y ser uno con su esencia. Esto, por supuesto, no tiene nada que ver con las elucubraciones mentales y parciales a las que se ha visto abocada la Orden en nuestros días, sino más bien con reconocer el verdadero y único Espíritu del que ésta emana. **M.V.**

**ETER.** La tradición alquímica, que ha sido recogida por la Masonería, agrega a los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego), un quinto, llamado quintaesencia o éter, símbolo del vacío y de los espacios celestes, al que se figura como un fluido sutil e invisible que llena, penetra y comunica a todos los seres. El éter es el más alto de los elementos, pues los contiene y sintetiza a todos. Se dice que en el hombre el éter se aloja en la caverna del corazón, morada de la deidad, y es allí donde se realiza simbólicamente la unión del alma individual con el ser universal, y de lo humano con lo divino.

Al Eter se lo figura como el punto central de la cruz, y en el templo se le ubica en el centro, en medio de los cuatro puntos cardinales, allí donde se encuentran las dos diagonales que se trazan desde los cuatro ángulos del edificio, lugar donde se coloca el ara y que se proyecta verticalmente hacia el centro de la cúpula o vértice de la pirámide, identificándose con la piedra angular, o piedra de toque, que da sentido a toda la construcción.

En la cábala al éter se le llama *avir*, y se le considera como la manifestación de *Binah*, la Inteligencia, y como el aspecto pasivo de la *Shekhinah*, o sea como el espacio vacío que hace posible la recepción de la presencia de la deidad o divina inmanencia. (Ver *Elementos*) **F. T.**

**FLORES.** Las flores aparecen como elementos ornamentales y de ofrenda en numerosos ritos masónicos. Así, en el momento de la consagración de un templo, el Serenísimo Gran Maestro lanza flores hacia la bóveda celeste seguido por todos los Hermanos. En el rito de encendido de luces, ramos y guirnalda de flores decoran todo el templo. En el rito de reconocimiento conyugal se hace entrega de una cesta de flores a la esposa y de ramilletes para todas las damas que han asistido al acto. En el rito de iniciación, después de la entrega de los guantes al nuevo Hermano, se le regala una rosa (flor simbólica por excelencia en Occidente) destinada a la mujer que tiene más derecho a su respeto y amor. Flores multicolores decoran los ágapes y las fiestas solsticiales. Las flores se relacionan con los festejos, con la alegría y el júbilo, y también con la idea de lo efímero y perecedero, contribuyendo con sus formas, colores y aromas al embellecimiento del templo masónico.

Dos símbolos se relacionan e identifican especialmente con la flor: el de la copa o cáliz y el de la rueda. Como el primero, la flor representa la receptividad de los efluvios celestes, el principio femenino o pasivo de la manifestación -Prakriti en el hinduismo- y la substancia universal, y por ello la flor guarda también una estrecha vinculación con el Santo Grial de la tradición occidental, el cual, en tanto que vasija, se corresponde con la receptividad, y por la sangre que contiene es símbolo del centro de la vida y también del centro del ser completo. Por otra parte, la flor, como la rueda, simboliza la manifestación cósmica.

En efecto, siendo el símbolo de la rueda la expresión del movimiento y la multiplicidad, también lo es de la inmovilidad original y de la síntesis. Es, asimismo, la expresión simbólica de la expansión y la concentración. (F. González, *La Rueda. Una imagen simbólica del cosmos*).

En ambos símbolos, y obedeciendo a unas leyes universales y a una misma idea geométrica, se produce el desarrollo de las indefinidas posibilidades de manifestación a partir de un centro oculto e invisible. Los radios de la rueda y los pétalos de la flor -en su abrirse y desprenderse- representan el paso del origen indeterminado y misterioso al riquísimo, vasto y novedoso despliegue de todo lo creado, que llegando al límite de su expresión, debe ser finalmente reabsorbido por el principio del cual procede. De esta manera, la presencia de las flores en los templos masónicos recuerda que éstos son arca de símbolos universales presentes en todas las tradiciones. **M.V.**

**GRANADAS.** Fruto granado de cáliz coronado por Naturaleza, las granadas son para los masones el símbolo de la Unidad que subyace en lo múltiple.

Se hallan presentes en la Logia sobre los capiteles de las dos columnas J y B, situadas a la entrada del Templo. En cada capitel suelen ponerse tres en forma triangular. En la Biblia aparecen decorando las columnas del Templo, formando guirnaldas junto a las azucenas (lirios blancos).

En el Libro Primero de Reyes 7, 15-20 se dice: "Hizo dos encajes y dos trenzados a modo de cadenas para los capiteles de la cima de las columnas, un trenzado para un capitel y otro trenzado para el capitel segundo. Hizo granadas: dos filas alrededor de cada trenzado cuatrocientas en total, colocadas sobre la prominencia que estaba detrás del trenzado; doscientas granadas alrededor de un capitel y doscientas granadas alrededor del segundo capitel".

En el Libro Segundo de Crónicas 3, 15 -16 existe la siguiente mención: "Delante de la sala hizo dos columnas de treinta y cinco codos de alto. El capitel que las coronaba tenía cinco codos. En el Debir hizo cadenillas y las colocó sobre los remates de las columnas; hizo también cien granadas, que puso en las cadenillas".

Compuestas por numerosas semillas, las granadas son una expresión simbólica o sintética de la idea de la Unidad que existe en todo lo que se expresa, por ello, representan también a la propia Masonería como cadena iniciática y la fraternidad de todos los masones del mundo, hombres libres y dispersos por la tierra pero unidos por idénticos símbolos y ritos. Como dice O. Wirth las granadas representan a la familia masónica "en donde todos los miembros están armoniosamente religados por el espíritu de orden y de fraternidad". Orden o armonía que se interpreta como expresión o emanación de un Principio Creador que para la Masonería es conocido como Gran Arquitecto del Universo.

Aunque en algunos talleres o logias las granadas se sustituyan por dos esferas, la una aludiendo al cielo y la otra la tierra, es frecuente, sin embargo, verlas representadas en antiguos cuadros de Logia sobre los capiteles de las dos columnas, o mencionadas en algunos rituales y mementos de la Orden.

La granadas son, asimismo, símbolo de abundancia y de generosidad. Representan los frutos de la tierra, donados por sus diosas fecundadoras, como Demeter para los griegos o Ceres entre los romanos. Su situación sobre las columnas, donde los masones reciben su salario, alude a la generosa gratificación destinada a recompensar el esfuerzo de los obreros que construyen en armonía el edificio de la Masonería. Vemos la misma enseñanza simbólica en la leyenda de Hércules, quien tras haber cumplido 11 de sus 12 trabajos logra llegar al jardín de las Hespérides dónde obtiene el fruto áureo de sus esfuerzos, y con él consigue superar la última prueba en el camino de reintegración al Sí Mismo. *M<sup>a</sup>. A. D.*

**GUANTES.** Los guantes, junto con el mandil, constituyen el "traje de faena" del obrero masón; con ellos se reviste mostrando su disposición y firme determinación para cumplir, de acuerdo a su grado, con su trabajo dentro de la Logia, seguro de que ese trabajo habrá de reportarle un justo salario. Significa que es del esfuerzo personal que uno pone por comprender y amar el simbolismo masónico de donde se obtienen las recompensas, que en Masonería son siempre de carácter espiritual. Los guantes son un símbolo de protección y constituyen un recuerdo de aquellos que portaban los antiguos canteros medievales para protegerse de las esquirlas de las piedras que pulían y del roce con las herramientas que manejaban. Tal y como se ven en ciertos grabados de la época, estos eran gruesos, de cuero. También se observa que los maestros los llevaban más finos y blancos, iguales a los que se emplean actualmente en todas las logias, pues se entiende que el trabajo de éstos, como corresponde a su grado, consistía en dirigir los tareas y transmitir los conocimientos que poseían del oficio a los compañeros y aprendices, en ese sentido los guantes blancos y delicados constituyen un símbolo de mayor dignidad.

Así pues, los guantes son un símbolo de trabajo para los masones listos para ponerse "manos a la obra" de forma responsable, esto es, no descuidando tener presente lo fundamental que para la Masonería es la Glorificación al Trabajo. El hecho de haberse conservado este símbolo hasta el punto de que ningún masón entra en la Logia sin llevar los guantes puestos, da cuenta de la importancia que para la Orden tiene mantener vivo su significado y su relación con la idea del trabajo operativo, que en definitiva es aquel que

verdaderamente opera una transformación o una alquimia en el individuo que con voluntad se entrega al trabajo iniciático cuya finalidad es el conocimiento del Gran Arquitecto del Universo.

Por otro lado su color blanco nos indica que se trata también de un símbolo ligado a la idea de pureza e inocencia, idea claramente señalada en el ritual de exaltación al 3º grado durante el cual se examinan las manos y guantes del compañero recipiendario para probar que está libre de toda culpa con relación a la muerte del maestro Hiram. Ello nos estaría indicando que todos los actos del masón deben estar guiados por esas dos virtudes durante el desarrollo de los trabajos dentro de la Logia, esto es, revestidos de pureza y recta intención.

Hay dos momentos solemnes dentro del ritual en los que se detienen los trabajos y se quitan los guantes, es durante la cadena de unión y en el momento de los juramentos sobre las Tres Grandes Luces; en ambos casos se trata de un símbolo de alianza con el Principio. En el juramento se produce la unión con el Principio Supremo, Gran Arquitecto Universal, y en la cadena la unión es con la cadena iniciática que liga a los masones de todos los tiempos y lugares con quien se establece la unión. (Ver *Mandil y Decoraciones*). **Mª A. D.**

**LAZOS y NUDOS.** En la Masonería, como en todas las tradiciones, los lazos o los nudos simbolizan esencialmente la vinculación que el individuo mantiene con la propia organización iniciática (de ahí la expresión "lazos de amor" empleada en la Masonería para designar la unión que entre sí mantienen los diferentes integrantes de una Logia), y a través de ésta, considerada como soporte, con el Principio que esa misma organización vehicula, y que en la Masonería no es otro que el Gran Arquitecto del Universo. Sin embargo, ese anudamiento con lo que constituye la naturaleza profunda y más interna del ser, incluye previamente un "des-anudamiento" o un "des-enlace" con lo que en ese ser hay de más externo y periférico. Esta doble operación de "des-anudar" y "anudar" es idéntica al *solve et coagula* de la Alquimia, consistente en separar, o "des-ligar", lo "espeso de lo sutil", lo profano de lo sagrado. Con la disolución o muerte a un plano inferior, se produce simultáneamente la coagulación o nacimiento a un plano superior, lo cual constituye un proceso arquetípico que va señalando las diferentes etapas por las que transcurre la iniciación en los misterios del cosmos y de la vida. Esta es la razón por la que el significado de los lazos se presta a una ambivalencia que, por otro lado, es consubstancial a numerosos símbolos. En efecto, existe un cierto aspecto "negativo" de los lazos y los nudos, pues en ocasiones éstos, en lugar de simbolizar la unión permanente y armónica entre todos los estados del ser, traducen, por el contrario, determinadas trabas o ataduras psicológicas que suponen un serio obstáculo en la realización interior. Recordemos, en este sentido, el "nudo gordiano" de la leyenda de Alejandro Magno.

En la Masonería, este aspecto ambivalente de los nudos aparece claramente definido cuando en un momento de la iniciación al grado de aprendiz se le pone al postulante una cuerda anudada alrededor del cuello. Por un lado, esa cuerda le advierte del estado de dependencia que aún mantiene con el mundo profano, del que procede y del que deberá desvincularse. Pero, al mismo tiempo, la cuerda que le anuda representa un símbolo del "lazo iniciático", o del "cordón umbilical" sutil que liga al masón con su Principio, unión que sólo se hace efectiva una vez se ha asumido íntegramente la realidad sagrada y metafísica contenida en la enseñanza iniciática. Además, en llegar a comprender y encarnar esa realidad, en vivenciarla en uno mismo, consiste el verdadero "secreto masónico". De ahí que en algunos antiguos manuales se diga expresamente: "¿Qué lazo nos une?.- Un secreto. ¿Cuál es este secreto?.- La Masonería". (Ver *Cadena de Unión, Cuadro de Logia y Cable tow*). **F. A.**

**MANDIL.** El mandil es, junto con los guantes, el vestido esencial del masón, herencia directa de los canteros operativos, y un atributo propio de la labor a la que se consagra. Es un símbolo que sugiere la idea de un ser totalmente entregado al trabajo, es decir, de cooperador consciente con el plan del Gran Arquitecto del Universo, de guerrero que lucha por la conquista de la Inmortalidad, de héroe que afronta todas las pruebas y peligros que lo han de conducir a la unión indisoluble con el Principio, hechos estos que se plasman en el oficio de desbastado de la piedra bruta y su conversión en una piedra pulida, escuadrada y sin asperezas.

El mandil no debe confundirse con un uniforme cuya intención es dar una única expresión exterior a todos los que lo portan. El uniformismo mata toda la riqueza expresiva del Ser que al manifestarse lo hace adoptando un número indefinido de formas, colores, olores, etc., y pretende una igualdad por lo bajo, cuando en realidad la igualdad sólo lo es por la participación y unión de todas las cosas y seres con el Principio que los origina y les da su

razón de ser. El mandil es más bien uno de los signos de pertenencia a un medio de trabajo, el de la construcción, que en nada persigue el uniformismo sino la consecución de la universalidad.

El mandil sirve para tapar la parte delantera del cuerpo, la activa, masculina y luminosa (de ahí el nombre de delantal que también recibe en castellano), que es la que participa activamente en la labor, mientras que se anuda en la parte trasera o posterior, pasiva, receptiva y oscura. Dos complementarios que siempre deben equilibrarse en el justo centro, que es el propio masón. Este aspecto se remarca en el mandil del maestro, que por la parte delantera o exterior es blanco y ribeteado en azul o rojo, según el Rito en el que se trabaje, y por la trasera o interna es negra.

En cuanto a su composición diremos que se confecciona con piel de animal, constituyendo una segunda piel para el que lo porta, a quien remonta al origen, pues, "Yahveh Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió". Génesis III, 21. "La piel es, en hebreo, lo 'aún sin luz'; constituye la experiencia de las tinieblas que prepara y precede a la luz." (A. de Souzaelle, *El simbolismo del cuerpo humano*, pág. 44). Para reencontrarse con la No-Dualidad, el ser humano caído debe emprender un camino de retorno, desde las tinieblas por alumbrar, simbolizadas en este caso por el mandil, hacia la luz o Conocimiento pleno e identificación con lo metafísico.

Respecto a la forma, en todos los mementos de los distintos Ritos, el mandil del aprendiz es un cuadrado con una baveta triangular levantada en la parte superior. En sus orígenes el cuadrado tapaba parte de las piernas y la zona abdominal del cuerpo (sede simbólica del mundo instintivo) y la baveta triangular la zona torácica (residencia de las pasiones y emociones). El aprendiz debe proteger estas zonas mientras va conociendo y purificando todos los aspectos del alma que ellas simbolizan; además esta forma recuerda la de la piedra cúbica en punta, que es la meta que persigue. En el grado de compañero, el mandil es el mismo, pero con la baveta triangular doblada hacia abajo, sobre el cuadrado, en señal de su mayor habilidad y dominio del mundo anímico. Para el maestro, el delantal varía según los ritos, tal como se ha explicado precedentemente, destacando que de los tres grados iniciáticos es el único en que está decorado con símbolos y emblemas relativos al tercer grado, en el que el masón recibe la "plenitud de todos sus derechos". (Ver *Trabajo y Piedra Bruta*). **M. V.**

**MAZO y CINCEL.** El mazo y el cincel son las herramientas más características del aprendiz masón. De ellas se sirve éste para desbastar y pulir la piedra bruta, que simboliza a su propia conciencia sometida aún a las influencias negativas del mundo profano, del que el aprendiz procede y al que tiene que abandonar y superar en su intento de ir de las "tinieblas a la luz", del caos al orden. Fundamentalmente, el mazo y el cincel simbolizan la energía activa de la voluntad y la justa o recta intención, respectivamente, dos cualidades esenciales del alma humana que deben ser despertadas y desarrolladas por el nuevo iniciado a fin de realizar sus primeras purificaciones. En efecto, la obra de regeneración no puede llevarse a cabo sin una voluntad firme y perseverante que la desee, es decir sin una fuerza interior que influya y transmita su poder creativo a la "materia informe" de la psique desordenada y caótica, simbolizada por la piedra bruta. A este respecto, recordaremos que en la mitología nórdica y celta el mazo (o su equivalente el martillo) aparece como el atributo principal de ciertas divinidades celestes, como el dios escandinavo Thor y el dios galo Sucellos, que armados con dicha arma abaten a los titanes o "potencias de las tinieblas", restableciendo así el equilibrio del orden cósmico. Pero en lo que se refiere al trabajo sobre la piedra bruta, la fuerza activa de la voluntad no "golpea" directamente sobre ella, sino por intermedio del cincel, que la canaliza y dirige "orientándola" en la dirección apropiada. Se trata entonces de la acción de un gesto de la inteligencia, o mejor del "rigor intelectual", que "distingue" aquello que en el ser es conforme a la realidad esencial de su naturaleza (lo que ese ser es en sí mismo), de lo que no son sino sus añadidos superfluos e ilusorios. Así pues, con el cincel de la ligencia, impulsado por el mazo de la voluntad, el aprendiz va limando y corrigiendo las aristas y asperezas de su piedra bruta, separando lo "espeso de lo sutil", operación alquímica que ha de convertirse en un rito cotidiano, en un ejercicio de cada momento, pues dicha separación constituye la premisa fundamental a cumplir en las primeras etapas del proceso iniciático. (Ver *Herramientas y Piedra Bruta*). **F. A.**

**MORAY, Robert** (1607/8-1673). Fue el primer masón registrado en una logia escocesa (Edimburgo, 20 de Mayo de 1641) con intereses herméticos y científicos. Excelente matemático, general militar, ingeniero técnico arquitecto, experto en edificaciones militares, jugó un importante papel en la Masonería de transición, el periodo en que se estaba produciendo el paso de la Masonería operativa a la especulativa, y en el que se estaba dando la coexistencia de ambos tipos de logias.

Amigo y maestro de Thomas Vaughan, quien fuera primer traductor al inglés de los Manifiestos Rosacruz, editados en 1652 a partir de un manuscrito perteneciente a la familia de Moray. Documentos Rosacruz también copiados a mano por otro amigo de Moray, el importante hermetista y masón Elías Ashmole, compañero fundador de la Royal Society de Londres, institución de la cual Moray fue su primer presidente. Estas relaciones humanas y los hechos y realizaciones a que dieron lugar, adquieren gran relevancia dado que se refieren a ciertas corrientes de pensamiento que confluyendo en la síntesis de la idea, dieron nacimiento a la actual Masonería.

Todas estas coincidencias y otras- dice Federico González al referirse a este periodo- nos hacen pensar en las sociedades secretas propias de ese tiempo en toda Europa y que también se dieron en las Islas Británicas, y es frecuente en varios autores destacar al Rosacruz como uno de los orígenes de la Masonería, así como otros reclaman la filiación templaria. De hecho estas dos corrientes no tienen por qué contraponerse (*Ibid.*) y René Guénon apunta: se dice que los templarios que escaparon a la destrucción de su orden se disimularon entre los obreros constructores; si algunos no quieren ver ahí más que una 'leyenda' la cosa no es menos significativa por su simbolismo; y por lo demás, de hecho, es indiscutible que por lo menos algunos hermetistas actuaron así, concretamente entre aquellos que se vinculaban a la corriente rosacruciana. (*Iniciación y Realización Espiritual*, cap. XXVIII ).

En 1647, seis años después de su iniciación masónica, se casa con Sofía, hija de David Lindsay, Lord Balcarres, quien a su vez estaba casado con una hija de Alexander Seton, entrando a formar parte de las familias Lindsay y Seton-Montgomery, nobles familias escocesas de tradición esotérica, conocidas también como familias de los *Old Charges* ("Antiguos Deberes"). A este respecto Michael Baigent y Richard Leigh en su libro *Des Templiers aux Franc-Maçons* dicen lo siguiente:

Moray ofrece justamente ese género de referencias. Parece típicamente representativo de la masonería del siglo XVII. Dado el caso podría ser definido como la fusión de las tradiciones transmitidas por la Guardia escocesa y las familias de la nobleza escocesa -tales como los Lindsay y los Seton-, de la química o alquimia y del rosacrucianismo venidos del continente, y de diversos intereses científicos y filosóficos que prevalecían en el 'Colegio invisible' y, más tarde, en la Royal Society. *Mª A. D.*

**NOMBRE SIMBOLICO.** Cuando el postulante a la iniciación masónica es conducido ante la puerta del templo tiene un nombre profano que es la expresión exterior de una serie de características de su individualidad física y psíquica y con el cual se lo ha designado hasta ese momento. Después del rito de iniciación, donde se produce una muerte real al mundo ilusorio y aparente y un renacimiento simultáneo a la verdadera sacralidad de la existencia, el neófito debe reconocer por sí mismo un nuevo nombre con el que se lo identificará y reconocerá dentro de la Logia. Con respecto a esto nos dice René Guénon (*Aperçus sur l'Initiation*, pág.183):

Ya hemos insistido sobre la concepción de la iniciación como un "segundo nacimiento"; y es precisamente por una consecuencia lógica inmediata de esta concepción que, en el interior de numerosas organizaciones, el iniciado recibe un nuevo nombre, diferente del profano; y esto no es una simple formalidad, dado que este nombre debe corresponder a una modalidad igualmente diferente de su ser, aquella cuya realización se hace posible por la acción de la influencia espiritual transmitida por la iniciación.

Además, no es de extrañar que en este recorrido iniciático el individuo vaya cambiando de nombre, pues:

Podemos ir aún más lejos: a cada grado de iniciación efectiva corresponde todavía otra modalidad del ser; aquél [refiriéndose al iniciado] deberá, pues, recibir un nuevo nombre por cada uno de estos grados. (*ibid.*).

Así, estos nombres simbólicos representan las envolturas que velan y al mismo tiempo revelan la esencia de un ser individual. Pero cuando esa individualidad, plenamente realizada, alcanza el estado del Hombre Verdadero y empieza el recorrido por los Grandes Misterios, es decir por los estados incondicionados, un ser tal, en verdad, ya no tiene nombre, ya que éste es una limitación de la cual está liberado en lo sucesivo; podrá, si ha lugar, adoptar cualquier nombre para manifestarse en el dominio individual, pero ese nombre no le afectará de ninguna manera y le será tan "accidental" como una simple vestidura que se puede quitar o cambiar a voluntad. (*ibid.*, pág. 185). **M.V.**

**PALANCA.** La palanca es una herramienta que, juntamente con la regla, se entrega al Aprendiz postulante a Compañero para realizar el segundo viaje simbólico en el rito de Aumento de Salario, además de constituir uno de los útiles propios que se ponen a su consideración y estudio durante este nuevo periodo de aprendizaje. Tanto su diseño como su funcionamiento es muy simple: consiste en una barra de hierro de longitud variable y doblada por sus dos extremos en sentidos opuestos, la cual, por un lado, evoca el simbolismo axial del Eje del Mundo, al tiempo que permite al obrero levantar grandes cuerpos pesados cuya elevación le sería difícil o imposible si contara únicamente con sus limitadas fuerzas humanas. Para ello, se debe colocar uno de sus extremos bajo el material a elevar -lo que simultáneamente fija un punto de pivote y de apoyo inmóvil-, y aplicar con las manos sobre el otro extremo una fuerza descendente, en el mismo sentido en que el objeto es atraído hacia la tierra. Si la longitud del brazo de la palanca desde el punto donde se ejerce la presión hasta el punto de apoyo es mayor que la que dista entre dicho punto y el otro extremo de la barra, se multiplica la fuerza aplicada y se opera la elevación. El secreto de la multiplicación de la fuerza emana de la presencia del punto inmóvil, y su efectividad, de la justa proporción de las distancias explicadas anteriormente. Como resultado de las dos fuerzas descendentes (la que ejerce el hombre y el peso del objeto) se opera un impulso en sentido inverso, es decir vertical-ascendente, que remonta el cuerpo sobre el que trabaja la palanca.

En el deambular del segundo viaje simbólico que el postulante efectúa con la regla en la mano izquierda y la palanca en la derecha (ubicación que se corresponde respectivamente con el aspecto pasivo y activo de cada útil), aquel se detiene frente al sitial del Hermano Tesorero – el guardián del Tesoro de la Logia- y lee un epígrafe en el que figura el nombre de los cinco estilos arquitectónicos. Acto seguido se le insta a convertirse en una columna viva y a ser 'uno de los pilares inquebrantables del templo'.

La palanca es una herramienta que cumple una importante función simbólica en esta magna obra de edificación, tanto exterior como interior, y por su diseño y función contribuye a la elevación de las piedras que podrán entonces ser ubicadas en el lugar justo que les corresponde dentro del templo. Si por las leyes de la analogía transponemos esta labor constructora que se ayuda de la palanca al proceso de realización espiritual, descubrimos que aplicando la voluntad y el discernimiento con estrategia y proporción, y ubicándonos en la inmutabilidad de un punto, es posible vencer todas las dificultades y resistencias y conocer el lugar que cada cual ocupa en la armonía del Todo. Además, la palanca, al elevar, provoca una ruptura de nivel, lo cual es análogo a la apertura de estados de conciencia del Ser cada vez más sutiles y universales, promovidos por el recorrido siempre ascendente del proceso iniciático.

Arquímedes de Sicilia pedía un punto fuera de la tierra para contrabalancear él mismo la tierra entera, pues afirmaba que, mientras estuviera en ella, no tendría fuerza suficiente" (Sinesio de Cirene, *Sobre los sueños. En Himnos y Tratados*. Ed Gredos, Madrid, 1993, pág. 257).

La palanca cósmica apuntada por este autor señala 'un punto fuera de la tierra', análogo al punto geométrico donde se reúnen los masones -que no está en ninguna parte por corresponder al estado de conciencia de Unidad libre de todo condicionamiento-, capaz desde su inmutabilidad de imprimir el impulso y movimiento a todo el orbe. Esta imagen relaciona a la palanca con la virtud de la Fe, entendida como la experiencia certera que todo el poder, la fuerza y el establecimiento del orden universal son de naturaleza divina y surgen de un punto prístino capaz de 'mover montañas'. En este sentido, vemos también la relación entre dicho establecimiento y el significado de la palabra sagrada del segundo grado simbólico. **M. V.**

**PAVIMENTO MOSAICO.** En el centro de la Logia se extiende el Pavimento Mosaico, tapiz de cuadros blancos y negros exactamente iguales que los del tablero de ajedrez, cuyos



orígenes son también simbólicos y sagrados como el de la mayoría de juegos. El pavimento mosaico es sin duda un símbolo de la manifestación que, efectivamente, está determinada por la lucha y delicado equilibrio que entre sí sostienen las energías positivas, masculinas y centrífugas (yang, luminosas) y las energías negativas, femeninas y centrípetas (yin, oscuras), expresadas también en la alternancia de los ritmos y ciclos de la naturaleza y el Cosmos. Esas mismas energías están representadas por el Sol y la Luna, que en la Logia se encuentran presidiendo el Oriente, a uno y otro lado del Delta luminoso.

Extendido como decimos en el centro del templo, el pavimento mosaico es un tapiz cuadrangular que evoca la forma de cuadrado largo de la Logia y del cuadro de Logia. De hecho reproduce a su escala las dimensiones horizontales de la Logia, y el encuadre que genera determina un espacio sagrado y significativo, una "Tierra Sagrada" como se dice expresamente en las lecturas del Rito Emulación inglés. En ese tapiz están representados una serie de cuadrados alternativamente blancos y negros, exactamente igual que las casillas de ajedrez. Tanto en el pavimento de mosaico como en el tablero de ajedrez, los cuadros blancos y negros simbolizan respectivamente la luz y las tinieblas, el día y la noche, y en general todas las dualidades cósmicas surgidas de la "reflexión" bipolar de la Unidad o Ser universal. Dicha dualidad se encuentra representada también en el conocido símbolo extremo-oriental del *yin-yang*, cuyas dos mitades inseparables, una clara y otra oscura, se corresponden con la disposición de los cuadrados del pavimento. En este sentido, el color blanco simboliza las energías celestes, activas, masculinas y centrífugas, y el color negro las energías terrestres, pasivas, femeninas y centrípetas. Las primeras se oponen a las segundas, y viceversa, al mismo tiempo que se complementan y conjugan (atraídas como los polos positivo y negativo de un imán), determinando en su perpetua interacción el desarrollo y la propia estructura de la vida cósmica y humana. Esa estructura se genera igualmente por la confluencia de un eje vertical -celeste- y otro horizontal -terrestre- (ejemplificados en el pavimento por las líneas transversales y longitudinales), conformando un tejido o trama cruciforme, un cuadrículado, en fin, que refleja las tensiones y equilibrios a que está sometido el orden de la creación. Asimismo, también puede equipararse la vertical al tiempo y la horizontal al espacio (el primero activo con respecto al segundo, al que moldea permanentemente), es decir, a las dos coordenadas que establecen el "encuadre" que permite la existencia de nuestro mundo y de todas las cosas en él incluidas.

La idea de ese orden está ya implícito en el significado de la palabra 'mosaico', que deriva del griego *musèion*, literalmente "templo de las musas (de donde procede también 'museo')", expresión ésta que conviene perfectamente a la Logia masónica, recinto sagrado en donde cada una de sus partes y la totalidad de su conjunto constituyen una síntesis simbólica de la armonía universal. Al igual que el mandala el pavimento de mosaico es, pues, una imagen simbólica representativa de ese orden, en el que el iniciado ha de integrarse plenamente conciliando en su naturaleza las influencias procedentes del Cielo y de la Tierra, lo que le permitirá recuperar finalmente la unidad de su ser.

Mas tratándose de un símbolo iniciático el pavimento mosaico también se presta a una interpretación metafísica, aparte de la propiamente cosmológica. Desde ese punto de vista más elevado el color negro simboliza las "tinieblas superiores", es decir lo no-manifestado, y el color blanco lo manifestado, en tanto que símbolo de la "luz" creadora. A este respecto, R. Guénon señala que el color negro del pavimento mosaico simbolizaría el "Sí Mismo" (lo supra-individual), y el blanco el "yo" (lo individual), que al igual que los dos pájaros de que se habla en las *Upánishads* de la tradición hindú, representan lo que en el ser constituye su parte inmortal y su parte mortal, respectivamente.

Ello evoca, nos dice Guénon, además, otro símbolo, el del águila bicéfala negra y blanca que figura en ciertos altos grados masónicos, nuevo ejemplo que, con tantos otros, muestra una vez más que el lenguaje simbólico tiene carácter verdaderamente universal". (*Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, cap. XLVII).

**F. A.**

**PIEDRA.** El simbolismo de las piedras -y los metales, el reino mineral- es riquísimo en significados, ya que ellas son consideradas por todas las tradiciones como la expresión terrestre de las energías celestes. Su antigüedad evoca lo remoto, lo más cercano al principio; son significativas sus variadísimas formas, colores, tamaños y atributos; y los diversos grados

de pureza que adquieren (que van desde la piedra común hasta las piedras preciosas y el diamante) sirven de símbolo de las jerarquías que se expresan en toda la cosmogonía y que se hacen patentes en los grados de la iniciación. Ya en las tradiciones más arcaicas las piedras sirven de altar, y son múltiples los ejemplos que podemos hallar, en muy distintas culturas, de ciertas piedras que simbolizan el lugar de residencia de los dioses. Se las ha utilizado como símbolo del Centro del mundo; también como talismanes, como amuletos, como oráculos (tal el *omphalos* griego), y es común que a determinadas piedras se les atribuyan propiedades sobrenaturales y curativas.

En la leyenda del grial es una piedra esmeralda, tallada como una copa, la que contiene y transmite la tradición primordial, y como en muchas otras tradiciones, han sido piedras "caídas del cielo" (como aquella en la que Jacob recostó su cabeza, o la *Ka'ba* islámica), muy a menudo "piedras negras", las que han servido de soporte simbólico y de vehículo de las influencias espirituales. La piedra es también vista como una miniatura de la montaña, con la que comparte muchos de sus significados.

En la Masonería cobra especial significación la "piedra del rayo" o "piedra del trueno", como el hacha de piedra de *Paraçu Râma* y el martillo de Thor, armas simbólicas a las que se considera origen del malleto masónico.

En el simbolismo constructivo la piedra juega un papel muy importante, ya que los masones operativos eran trabajadores de las canteras, talladores y forjadores de templos que eran construidos en piedra. Si bien es cierto que la construcción en piedra es símbolo de la solidificación y sedentarización de un pueblo que ha sido previamente nómada, y por lo tanto representa un grado de alejamiento del Centro primordial, también lo es que los templos que ha construido la Masonería Operativa han servido para representar ese mismo Centro, que de ese modo ha permanecido accesible a los que realmente han podido ingresar en él y comprender su significado.

Cada masón es considerado como una de las piedras que componen el templo, y cada una de esas piedras representa al templo todo. El obrero ha de pulir su piedra hasta que logre hallar su perfección, construyendo su templo interior y encontrando su propia esencia.

Es interesante mencionar que cada uno de los Signos del Zodíaco que decoran el Templo masónico y muchas catedrales es relacionado con una piedra preciosa en particular. Pero sobre todo hay ciertas piedras que destacan de modo muy especial en el simbolismo masónico, a las que trataremos por separado. **F. T.**

### **PILARES, Los Tres.**

*Yo la amé [a la Sabiduría] desde mi juventud;  
me esforcé por hacerla esposa mía  
y llegué a ser un apasionado de su belleza.*

(Sabiduría, VIII, 2)

Según los rituales hay tres pilares que sostienen simbólicamente la logia masónica, y sus nombres son Sabiduría, Fuerza y Belleza. El lugar que estos pilares ocupan en el templo les confieren una posición "central" en el mismo, al estar ubicados en tres de las cuatro esquinas del tapiz cuadrangular del pavimento mosaico. El pilar de la Sabiduría se dispone en el ángulo sud-este del tapiz, el de la Fuerza en el nord-oeste, y el de la Belleza en el sud-oeste. Los capiteles de los pilares se corresponden igualmente con tres de los cinco órdenes de arquitectura, con el jónico, dórico y corintio, respectivamente.

Los pilares son también las "Tres Pequeñas Luces" de la Masonería, y a los que no habría que confundir con la "Tres Grandes Luces": el Volumen de la Ley Sagrada, el Compás y la Escuadra. En efecto, en la sumidad de cada uno de ellos, sobre la base de sus respectivos capiteles, se encuentra una vela que es encendida durante la apertura de los trabajos y apagada instantes antes de su clausura. Esto lleva a pensar que, y al igual que ocurre con el cuadro de logia, estos pilares desempeñan un papel de suma importancia en lo que se refiere al desarrollo del ritual masónico, en cualquiera de sus grados. En este sentido recordaremos que el significativo nombre de "estrellas" con el que también se conocen a los tres pilares alude sin duda al carácter supra-terrestre que se desprende de su simbólica, pues es claro que se tratan de las "ideas" rectoras que han de presidir los trabajos masónicos. Atendiendo a lo que

se menciona a este respecto durante el ritual de apertura esas estrellas deben "hacerse visibles" a fin de que esos trabajos sean "iluminados" y se desarrollen en armonía con los arquetipos celestes. La penumbra en que está sumida la logia antes del alumbrado de los pilares ejemplifican las "tinieblas" primigenias que precedieron la formación del orden cósmico, de lo que se deduce que la iluminación de la logia vendría a representar un símbolo más de la acción del *Fiat Lux* cosmogónico emanado de la Palabra o Verbo creador. La Sabiduría, la Fuerza y la Belleza son, pues, tres nombres o atributos con los que el Gran Arquitecto determina el orden de la manifestación universal. Precisamente a estos atributos se refiere el versículo bíblico (*Sabiduría*, XI, 20) cuando dice que "Dios ha dispuesto de todas las cosas en número, peso y medida", correspondiendo el número a la Sabiduría, el peso a su Fuerza y la medida a su Belleza.

Considerados desde el punto de vista microcósmico, estos tres principios también representan tres cualidades o estados del alma humana, los que vividos en el interior de la conciencia hacen posible su transmutación y contribuyen, por tanto, a la edificación del templo espiritual, aquel que "no es hecho por manos de hombre", según se lee en el Volumen de la Ley Sagrada, y del cual el templo material es la figuración simbólica. Precisamente los tres pilares se vinculan respectivamente con el Venerable Maestro, el Primer Vigilante y el Segundo Vigilante, es decir con los tres principales oficiales de la logia (llamados las "tres luces"), aquellos que se encargan de dirigir y "ordenar" los trabajos que en ella se realizan. Son estos tres oficiales los que encienden o iluminan los pilares (y también los que los apagan durante la clausura), pronunciando al mismo tiempo que esto se cumple, las invocaciones claramente alusivas a la construcción del templo interior y del templo exterior. En el Rito Escoces Antiguo y Aceptado esas invocaciones son las siguientes:

¡Que la Sabiduría del Gran Arquitecto presida la construcción de nuestro edificio!

¡Que la Fuerza lo sostenga!

¡Que la Belleza lo adorne!

Así, estos tres oficiales asumen en sus respectivas funciones las ideas o principios representados por los nombres de los tres pilares, lo que por otro lado permite que los trabajos de logia estén en concordancia con los planes del Gran Arquitecto. (Ver *Sabiduría; Fuerza; Belleza*. También *Pavimento Mosaico*). **F. A.**

**PITAGORAS Y PITAGORISMO. 1.** Pitágoras nació en la isla griega de Samos alrededor del año 580 a.C. Es, junto con Platón, el personaje más importante de la Antigüedad Clásica, pues de ellos derivan las ideas-fuerza que llenarán de contenido la cultura occidental dándole una unidad de pensamiento que ha perdurado hasta la actualidad. A Pitágoras se debe el origen de la palabra Filosofía, al considerarse él mismo un amigo (filo) de la Sabiduría (Sofía), referido a aquella que verdaderamente rescata al ser humano de la ignorancia procurándole la *Gnosis*, el Conocimiento de sí mismo, y cuyas claves simbólicas transmitió a todos aquellos, hombres y mujeres, que se reunieron en torno a su palabra, inspirada directamente por Apolo, el dios del sol hiperbóreo y Arquitecto de los Mundos, de quien Pitágoras recibió la revelación del Número y la Geometría como paradigmas de la Creación y fundamento de la Ciencia y el Arte sagrados. Un neopitagórico alejandrino del siglo I d.C., Nicómaco de Gerasa, escribió en su obra *Introducción a la Aritmética* que:

Todo lo que la naturaleza ha dispuesto sistemáticamente en el Universo parece haber sido, tanto en sus partes como en el conjunto, determinado y puesto en orden de acuerdo con el Número, por la previsión y el pensamiento de Aquel que creó todas las cosas; pues el modelo estaba fijado, como un bosquejo preliminar, por la dominación del Número preexistente en el espíritu del Dios creador del mundo, número-idea, puramente inmaterial en todos sus aspectos y, al mismo tiempo, la verdadera y eterna esencia, de manera que de acuerdo con el Número, como de conformidad con un plano artístico, fueron creadas todas las cosas, y el Tiempo, el movimiento, los cielos, los astros y todos los ciclos de todas las cosas.

O como dice Federico González:

Para la doctrina pitagórica el 'Número' es la 'medida' de todas las cosas y la raíz de las proporciones de la Armonía Universal, manifestada por la música, las matemáticas y la gramática, como lo atestiguan sus famosos versos de oro, donde estas ciencias están allí reunidas, conformando una Cábala de la que tampoco están excluidas las estrellas y los

planetas y que tienden a la transmutación del ser humano mediante la Inteligencia, la Sabiduría, el Amor y la Belleza. (*El Tarot de los Cabalistas. Vehículo Mágico*).

Pitágoras encontró en la *Tetraktys* (sobre la que prestaban su juramento los pitagóricos) el modelo numérico y geométrico que mejor expresaba esa Armonía, pues, como dice de nuevo Nicómaco de Gerasa, ella sirve de medida para el todo como una escuadra y una cuerda en manos del Ordenador.

Platón hereda la esencia de la doctrina pitagórica y la vierte sobre todo en el *Timeo*, su libro cosmogónico por excelencia,



### *Pitágoras*

Pitágoras es el continuador de la tradición órfica y sus misterios iniciáticos, que adapta a su tiempo, recibiendo también las enseñanzas cosmogónicas y metafísicas de los sacerdotes egipcios (es decir de Thot-Hermes) y de los astrónomos-astrólogos caldeos durante el transcurso de los viajes que realizó por Egipto, Siria y Babilonia. Como nos dice Diógenes Laercio, uno de los más antiguos biógrafos de Pitágoras:

Jóven y ávido en ciencia, abandonó su patria y fue iniciado en todos los ritos místéricos, tanto en los griegos como en los bárbaros. Luego fue a Egipto...; de allí pasó a conocer a los caldeos y a los magos. A continuación en Creta con Epiménides entró en la caverna de Ida, pero también en Egipto había entrado en los santuarios y había aprendido los arcanos de la teología egipcia. Desde allí regresó a Samos y, al hallar a su patria bajo la tiranía de Polícrates, se embarcó hacia Crotona de Italia. Allí otorgó leyes a los italiotas y logró una gran fama junto con sus seguidores, que en número de unostrescientos administraban de manera óptima la cosa pública, de modo que su gobierno fue casi una aristocracia.

El pensamiento de Pitágoras fue recogido por sus discípulos y difundido por toda la cuenca mediterránea y el Cercano Oriente, alumbrando especialmente en la Alejandría hermética y gnóstica de los primeros siglos de nuestra era, influenciando a los primeros Padres de la Iglesia (como los neoplatónicos Clemente de Alejandría, Dionisio Areopagita, Orígenes, Máximo el Confesor y San Agustín), por cuyo conducto pasa a la Edad Media, resurgiendo con fuerza durante el Renacimiento. De hecho, la concepción pitagórica del Número-Idea y la estructura geométrica y filosófica que le acompaña y que lo traduce al lenguaje humano también influye en el esoterismo judío (la Cábala) e islámico (el Sufismo), y desde luego no ha dejado de estar presente en el pensamiento científico y matemático de los últimos siglos.

2. El resurgimiento de la doctrina pitagórica se dio también entre los arquitectos y constructores medievales y renacentistas (herederos de los *Collegia Fabrorum* romanos impregnados también de pitagorismo), en cuyas leyendas y mitos fundacionales contenidas en los *Old Charges* (p. ej. en el manuscrito Cooke y el Watson, entre otros) aparece la figura de Pitágoras asociada casi siempre al dios Hermes, conformando ambos las dos corrientes sapienciales que nutrirán la Orden: el hermetismo que asegurará la protección del dios a través de la Filosofía, es decir del Conocimiento, y el pitagorismo, que dará los elementos aritméticos y geométricos

necesarios que reclama el simbolismo constructivo." (Federico González: *Hermetismo y Masonería*, cap. II)

Precisamente entre los antiguos masones de habla inglesa, existió también una leyenda según la cual un tal Peter Gower, originario de Grecia, trajo a los países anglosajones determinados conocimientos relativos al arte de la construcción. Algunos autores, entre ellos René Guénon, afirman que este personaje, Peter Gower, no era sino el mismo Pitágoras, o mejor dicho, la ciencia de los números y la geometría que a través de las cofradías de constructores se introdujeron en las islas británicas, al mismo tiempo que en todo el continente.

Ciertamente el Pitagorismo ha dado numerosos símbolos a la Masonería, o en cualquier caso muestran una identidad palpable con algunos de los símbolos más importantes de la cofradía fundada por el maestro de Samos.

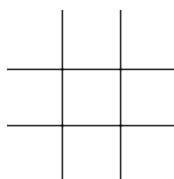
Tal es el caso del Delta Luminoso, símbolo en la Masonería del Gran Arquitecto del Universo, y que se corresponde perfectamente con la *Tetraktys* anteriormente nombrada. Tenemos asimismo la conocida "estrella pentagramática" o pentalfa, de suma importancia en la simbólica del grado de compañero (donde recibe el nombre de "estrella flamígera"), y que los pitagóricos consideraban como su signo de reconocimiento y un emblema del hombre plenamente regenerado. Entre los arquitectos medievales el pentagrama fue uno de los módulos principales en el diseño de los planos de las catedrales y otros edificios de carácter civil, pues según ellos en esa figura geométrica, presente en la estructura de muchos seres vivos, se revela la Inteligencia constructora del Gran Arquitecto. Asimismo, triángulo rectángulo de lados 3-4-5 (el famoso "Teorema de Pitágoras", el cual, como tantas otras cosas, el maestro griego recogió de los egipcios, aunque era conocido también por caldeos, chinos e hindúes), es otro de los símbolos que confirman la vinculación entre el Pitagorismo y la Masonería; por no hablar de la Plancha de Trazar, o Plancha Tripartita (basada en la "tabla de Pitágoras"), y estrechamente ligada al simbolismo de los nueve primeros números y al grado de Maestro, y que está también en el origen del alfabeto masónico. Acerca de la Plancha de Trazar he aquí lo que nos dice Arturo Reghini:

Ella indica a los franc-masones que sus construcciones deben basarse sobre las propiedades de los números o de la geometría, y, simbólicamente, que los trabajos masónicos deben estar ejecutados teniendo en cuenta las propiedades de los números sagrados.

Asimismo tampoco debemos olvidarnos que "la ley del silencio" practicada por los masones también tiene su origen en la cofradía pitagórica, en donde los neófitos guardaban silencio durante cinco años, técnica ésta que tiene un valor iniciático incontestable, por cuanto que ello facilita la concentración y la asimilación de las elevadas enseñanzas recibidas.

Por tanto, la herencia que la Masonería recibe del Pitagorismo es sobre todo la de la Aritmética y la Geometría, y recordaremos, a este respecto, que en el frontispicio de la Academia de Atenas, Platón (que según algunos recibió la iniciación pitagórica a través de Arquitas de Tarento, uno de los más importantes matemáticos de la Antigüedad) hizo grabar una inscripción que rezaba: "Que nadie entre aquí si no es geómetra", sentencia que podría estar grabada perfectamente en el pórtico de entrada a la Logia masónica, pues efectivamente dentro de ella los masones no hacen sino imitar la propia actividad creadora del Gran Arquitecto mediante la utilización del Compás, la Escuadra, la Regla, el Nivel y la Perpendicular. **F. A.**

**PLANCHA DE TRAZAR.** Es uno de los símbolos pertenecientes al tercer grado, aunque también es motivo de estudio en el primero y el segundo, en donde aparece dibujada en sus respectivos cuadros de logia. Se trata de una de la tres "joyas inmóviles" de la Logia, junto a la piedra bruta y la piedra cúbica, símbolos respectivos del aprendiz y del compañero. Su forma está constituida por dos rectas horizontales recortadas en ángulo recto por otras tantas rectas verticales:



Aparecen así nueve partes dispuestas en tres líneas y tres columnas, sobre las cuales se distribuyen los nueve primeros números naturales, o enéada. Se trata, por tanto del triple ternario, de ahí que también reciba el nombre de "plancha tripartita", en inglés *tiercel board*, de donde proceden *trestle board* y *tracing board*, referidos al cuadro de la logia, en el que también aparecen trazados signos y símbolos. Algunos autores, como Arturo Reghini, han señalado que el origen de la plancha de trazar remonta al pitagorismo, y más concretamente a la tabla de Theón de Esmirna,

1	4	7
2	5	8
3	6	9

en la que la división ternaria tenía una importancia especial, de tal manera que "los números de la segunda línea [4-5-6] son los medios aritméticos de los números de las otras dos líneas pertenecientes a la misma columna; así  $4=(1+7):2$ ,  $5=(2+8):2$ ,  $6=(3+9):2$ . Y paralelamente los números de las otras dos columnas pertenecientes a la misma línea; así  $2=(1+3):2$ ,  $5=(4+6):2$ ,  $8=(7+9):2$ . El número cinco, que ocupa la casa central, tiene, además, la propiedad de ser la media aritmética de los números extremos de cada línea, columna o diagonal que pase por su casa [...] La plancha tripartita, como el Delta, o *tetraktys*, se refieren a los números de la década. La plancha tripartita contiene los nueve primeros números distribuidos en tríadas y dispuestos con el fin de que el número cinco sea el único central. La suma global de los números de la plancha tripartita es  $45=5 \cdot 9$ ; la de los números de la *tetraktys* es  $55=5 \cdot 11$ ; y el global de  $100=10^2$ . La *tetraktys* se relaciona con la numeración decimal y se basa sobre la derivación de los números por desarrollo lineal, plano y espacial. La plancha tripartita se basa sobre la numeración ternaria, y sobre la función e importancia que el número tres tiene en la filosofía pitagórica". El mismo autor señala que la plancha de trazar puede asociarse con "el antiguo ábaco pitagórico, el *deltos* o *mensa* pitagórica, confundida más tarde con la antigua tabla de Pitágoras, que hasta no hace mucho se enseñaba todavía en nuestras escuelas" (A. Reghini: *Les Nombres Sacrés dans la Tradition Pythagoricienne Maçonique*, cap. VI). La tabla de Theón también se disponía así:

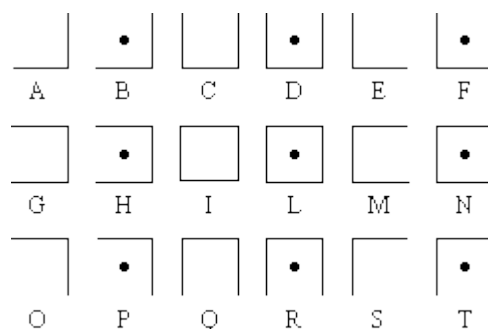
1	2	3
4	5	6
7	8	9

Se trata, por tanto, del estudio de los nueve primeros números (que encierran las posibilidades indefinidas de lo numerable), de conocer sus propiedades y las relaciones simbólicas que existen entre todos ellos. Esos números son sobre todo proporciones y medidas que revelan la estructura armónica del mundo, expresada asimismo en las formas geométricas (que son el cuerpo del número), y plasmándose a través de éstas en la construcción, concebida a imitación del orden cósmico. De ahí que en algunos rituales se diga que la plancha de trazar "sirve al Maestro para trazar los planos y diseñar los proyectos afin de permitir a los Hermanos construir el futuro edificio con regularidad y exactitud". Esta es precisamente una de las razones de por qué la plancha de trazar está vinculada con la piedra bruta y la piedra cúbica, los dos elementos fundamentales de la construcción, y sobre los cuales se aplican con "paciencia y perseverancia" las herramientas del trabajo masónico.

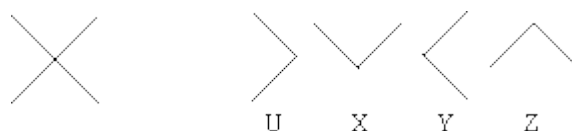
Añadiremos que en la plancha de trazar la única casilla que aparece completamente cerrada es precisamente la que corresponde al número cinco, el cual ocupa una posición verdaderamente "central" en la Masonería, como lo demuestra la importancia otorgada a la Estrella Flamígera, que era antiguamente uno de los símbolos de la maestría antes de que pasara a formar parte del grado de compañero. Esa posición central del cinco la encontramos también en el "cuadrado mágico" de Saturno, así como en el esquema del *Ming-Tang* chino, con los cuales la plancha de trazar tiene claras analogías.

4	9	2
3	5	7
8	1	6

La utilización de la plancha de trazar como "clave" del alfabeto masónico aparece con el advenimiento de la Masonería especulativa en el siglo XVIII. Seguramente ese alfabeto deriva de la escritura cifrada utilizada por algunos cabalistas cristianos y herméticos del Renacimiento, como Cornelio Agrippa, que substitúan la letra hebrea por su casilla correspondiente. En la Masonería, que utiliza en este caso el alfabeto latino pero cuyo número de letras son 22 como el hebreo, se hace exactamente de la misma manera:



Cada letra de ese alfabeto es una de las nueve casillas de la plancha de trazar, a las que se le añaden un punto hasta completar 18 letras. Las cuatro letras restantes hasta las 22 surgen de las cuatro escuadras que forman una X o cruz de San Andrés. Llama particularmente la atención la forma que adquiere la letra L, inicial de Logia, que corresponde al cuadrado central con un punto en medio. Esta figura es verdaderamente una imagen del centro del mundo, que es lo que la Logia masónica simboliza, y más especialmente cuando ésta trabaja en la "Cámara del Medio".



La plancha de trazar, como se dice en algunos rituales del grado de aprendiz, también simboliza la memoria, que es una de las facultades del alma humana, y gracias a la cual está en permanente "recuerdo" de su origen divino, según el sentido de la *anamnesis* platónica. A ello, sin duda, contribuye el estudio de la plancha tripartita, dividida en nueve partes, como nueve son también las musas, nacidas de *Mnémosyne* (la diosa Memoria) al ser fecundada por Apolo, el dios geómetra que la Masonería identifica con el Gran Arquitecto del Universo. En la vía iniciática conocer es recordar. (Ver Alfabeto Masónico, Cuadrados, Números y Joyas). **F. A.**

**PROFANO.**- Profano es, etimológicamente, aquello que está "fuera de" un lugar sagrado; aquello que no ha sido, en virtud del rito, sacralizado. En términos masónicos, lo profano es lo que esta fuera de la Logia o Templo. El no iniciado es un profano que mundeja entre las tinieblas exteriores y sólo mediante el ritual de la iniciación "verá la luz" y se convertirá en la "materia de obra" susceptible de recibir la semilla del Conocimiento, es decir "los misterios y privilegios de la Masonería", como se dice en algunos rituales. Pero la Masonería no tiene de lo profano una visión excéntrica; por el contrario, en sus rituales se repite la idea de que debe continuarse el trabajo (realizado en el interior de la Logia) fuera, en el mundo profano, por lo que cabe señalar la visión unitaria que la Masonería tiene del mundo no polarizándolo sino integrándolo armoniosamente en una realidad única. Estrictamente, para un masón, no hay nada profano ya que todo está acorde con la Armonía Universal. Pero es también una idea recurrente la de "profanar el templo", esto es, la de dejar que ideas o actitudes ajenas por completo al espíritu masónico se adueñen del normal ejercicio ritual. Lo profano tiene que ver con "dejar los metales en la entrada del templo". (Ver *Metales y Piedra Bruta*). **J. M. G.**

**PUERTA.** Entre los símbolos de pasaje destaca el de la Puerta y particularmente, en el simbolismo masónico, el de la Puerta del Templo que representa el umbral que separa lo

profano de lo sagrado. Si el Templo simboliza al Cosmos, el mundo verdadero, el espacio sagrado y significativo análogo a la Ciudad Celeste, todo lo que está fuera de él significa el mundo profano, la realidad material, ilusoria y transitoria que el iniciado ha de trascender; la Puerta del Templo separa a la vez que une estas dos realidades sirviendo de paso entre un estado y otro.

En el Templo masónico la puerta de entrada al mismo se coloca al Occidente. Es esta la primera puerta que se debe franquear, la que conecta al iniciado con la cosmogonía. Esa puerta está custodiada por el Hermano Guarda Templo que impide el paso a las fuerzas profanas y al mismo tiempo protege y permite el acceso de los iniciados y de los aspirantes que son dignos de la iniciación.

Pedir la entrada en la Orden Masónica es "llamar a la Puerta del templo", pero no será posible atravesar ese umbral si no se sabe llamar correctamente. Al neófito se le muestra cómo llamar a la puerta durante el ritual de iniciación, y en el Instructivo del Primer Grado se le enseña que fue introducido en Logia por tres grandes golpes que significan: pedid y se os dará (la Luz); buscad y encontraréis (la Verdad); llamad y se os abrirá (la Puerta del Templo). La puerta que atraviesa el postulante es baja, de difícil entrada y cada acceso a uno de los distintos grados de la iniciación supone simbólicamente el atravesar una puerta. En cada grado se ha de llamar de modo diferente y esas puertas sucesivas, cada vez más estrechas, van dando paso a estados del ser más y más sutiles.

La Puerta del Templo es análoga a la Puerta de los Cielos; estas puertas no pueden abrirse si no se cuenta con las llaves adecuadas, y son justamente los símbolos y los ritos los que constituyen las claves necesarias para que ese acceso sea posible. Pero si por la primera el paso se realiza en la vía horizontal, el acceso por la segunda es más bien axial, en dirección vertical, realizándose así el paso de lo cósmico a lo supracósmico que se produce por la Puerta del Sol, representada por el centro de la cúpula o vértice de la pirámide, del que pende la plomada del Gran Arquitecto.

Es importante, en relación con este símbolo, mencionar lo relativo al profundo significado de las puertas solsticiales. (Ver *Solsticio*). **F. T.**

**RAMSAY, Andrew Michael** (1686-1743/48). Conocido como el Caballero Ramsay, de origen escocés, murió en Saint-Germain-en-Laye, Francia. Fue preceptor de grandes familias: Wemyss, Sassenage, Estuardo, Château-Thierry, Boillon. Hecho caballero de San Lázaro por el Duque de Orleans, regente de Francia y Gran Maestre de esa Orden. Escritor, es autor, entre otras obras de: *The Philosophical principles of natural and revealed religion unfolded in geometrical order* ("Los Principios Filosóficos de la religión natural revelados y expresados en el orden geométrico") o *Travels of Cyrus* (Los Viajes de Ciro) novela de 1727, cuyo protagonista, Ciro, es un viajero en busca de los discípulos de Zoroastro en Persia y de Hermes Trismegisto en Egipto, con algunos de los cuales entra en contacto y dialoga.

Gran Orador de la Orden francesa, Ramsay fue uno de los personajes que más ayudó a la difusión de la Masonería en Francia durante el siglo XVIII, logrando una gran fama por su *Discurso*, pronunciado en 1736 en la Logia de Saint Thomas N° 1 de París, primera Logia fundada en Francia en 1725 por nobles ingleses, siendo el mismo que pronunció, con leves cambios, en 1737 ante la asamblea de la Orden francesa, todo lo cual ha llevado a Daniel Ligou a decir, en su *Diccionario de la Masonería*, que "es sobre todo el *Discurso* de Ramsay el que hace de él una de las columnas de la Masonería francesa".

El *Discurso* de Ramsay ponen de manifiesto el espíritu que alimentaba el pensamiento de aquellos hombres arraigados todavía en la cultura del Renacimiento, y que gestaron la Masonería actual, con su escala de grados. Ramsay, su figura y su trabajo masónico, evidencian el nexo visible que existe entre la Masonería escocesa y la francesa, siendo precisamente en Francia donde apareció el denominado Rito de Perfección de 25 grados, que pasaría en 1801 en Filadelfia, USA, a convertirse en el actual y más practicado de todos los Ritos, el Escocés Antiguo y Aceptado de 33 grados. No es casual, pues, que algunos hayan creído ver justamente en este *Discurso* el origen mismo de los altos grados, aunque lo más importante es ver en esta arenga del Caballero Ramsay el vínculo con una cadena de pensamiento esotérico ininterrumpido convergiendo en la simbólica de la Masonería.



Se trata de un discurso donde se relata tanto el origen mítico y legendario de la Tradición Hermética y la Ciencia Sagrada como su expresión en el tiempo y las vicisitudes históricas por las que ésta ha tenido que pasar hasta resurgir con el nombre de Franc-Masonería en Gran Bretaña, que se convirtió en un momento dado en sede de la Ciencia arcana, desde donde se expandió a Francia y al resto de Europa y América. Estos son algunos fragmentos de tan sugerente discurso:

Horacio antiguamente fue un orador de una gran logia establecida en Roma por Augusto, mientras Mecenas y Agripa eran sus vigilantes. Las mejores odas de este poeta son himnos que se cantaban en las famosas fiestas de Ceres en Eleusis, las de Minerva en Atenas y las de Isis en Egipto. (...) Nuestra ciencia es tan antigua como el género humano, pero no se puede confundir la historia general del arte con la historia particular de nuestra sociedad. En todos los países y en todos los siglos, han existido arquitectos, pero todos estos arquitectos no eran francmasones iniciados en nuestros misterios. (...) El nombre de franc-masones no debe por lo tanto ser tomado en sentido literal, vulgar y material, como si nuestros instructores hubieran sido simples trabajadores de la piedra o del mármol, o simplemente genios curiosos que querían perfeccionar las artes y especialmente la arquitectura, sino que estaba compuesta también de otra clase de hombres que quieren edificar y proteger los templos vivos del Altísimo.

Perteneció al círculo de Newton y, como él, también fue miembro de la Royal Society, lo cual muestra que la tal Sociedad fue creada por un espíritu hermético-científico, aunque con el tiempo esta institución se vio influenciada por la tendencia mecanicista y literalista (profana) que le haría perder la conexión intelectual con sus creadores, lo que equivale a decir que perdió el vínculo con la cosmovisión de ese hermetismo científico, lo cual sucede cuando se dejan de considerar los hechos experimentales como manifestaciones o reacciones de las fuerzas sutiles y espirituales.

Este histórico *Discurso* fue publicado en 1995 en París por Patrick Négrier dentro de una antología titulada: *Textes Fondateurs de la Tradition Maçonnique 1390-1760* y en 1997, igualmente en sus dos versiones, por la revista *Symbols* que lo incluyó también como parte de una antología masónica. *M<sup>a</sup> A. D.*

**RITO. 1.** La palabra rito (*ritus* en latín) procede de la raíz sánscrita *rt*, la misma que encontramos en *ritli*: marchar, ir, encaminarse. También la hallamos en *rita* (orden), y asimismo en "arte" y en "ritmo". El rito es por definición cualquier acción hecha "conforme al orden", considerando ese orden en su sentido más amplio, es decir como expresión de la Norma universal, lo que las tradiciones hindú y budista llaman el *Dharma*, la Ley, o Armonía cósmica. El orden cósmico es el rito por excelencia; y ese orden, de origen supra-humano, es el modelo o paradigma de cualquier rito o gesto ritual, al que reproduce en sus indefinidas formas. En las antiguas sociedades tradicionales, para quienes la existencia estaba impregnada de sacralidad, todo tenía un carácter ritual. Esto está claro en la práctica de los oficios, artes y artesanías, en los ritos sacerdotales y en los ritos guerreros, pero hasta los actos más cotidianos revestían ese mismo carácter. Para esas sociedades la vida misma era un rito permanente, y el hombre participaba enteramente de él. Esto era lo "normal" (la norma), sin que esos actos tuvieran nada de artificioso, como por ejemplo ocurre con lo "ceremonial", que siempre conduce a actitudes pomposas y engoladas, cuando no a un estrecho y petrificante "ritualismo". Por eso mismo habría que distinguir netamente entre el rito y la ceremonia, que hoy en día se confunden fácilmente, como se confunden también lo metafísico y lo religioso cuando cada uno se refiere a dos dominios completamente distintos. A la sumo la ceremonia vendría a ser el ropaje del rito, su aspecto más exterior y superficial, pero no el rito en sí, que ante todo es una disposición interior que al expresarse se integra de forma natural en el fluir armonioso del ritmo universal, en el que todo rito sagrado encuentra su fuente perpetua.

**2.** Para comprender la naturaleza del rito hay que tener en cuenta la estrecha relación que tiene con el símbolo, pudiéndose considerar al rito como "un símbolo en acción", y al símbolo como "la fijación de un gesto ritual", sobre todo (aunque no exclusivamente), cuando se trata de símbolos geométricos y visuales, cuyo trazado o ejecución manual tiene todas las características de un rito. En verdad el rito y el símbolo son dos aspectos de una misma realidad, aunque el rito, como cualquier acción, "se cumple forzosamente en el tiempo, mientras que el símbolo como tal puede ser considerado desde un punto de vista 'intemporal' "

(René Guénon: ["El rito y el símbolo"](#) en *Aperçus sur l'Initiation*). Según este autor habría aquí una cierta preeminencia del símbolo con respecto al rito, pero ambos, en efecto, se refieren a la misma realidad, expresada en su carácter atemporal (eterno), y en tanto que esa misma realidad se revela en el tiempo. Podría decirse que el rito desarrolla toda la "energía-fuerza" contenida en el símbolo, y la hace pasar de la potencia al acto, o en otros términos de lo "especulativo" a lo "operativo", esto es, de efectivizarla en uno mismo, viviendo ese proceso como un paso de las "tinieblas (del caos) a la luz (al orden, a lo inteligible). En efecto, cualquier símbolo no es sino la representación de una idea, o de un conjunto de ideas y principios de orden universal, que prorrumpen en el tiempo, y por ende en la existencia humana, gracias al rito, a todo acto o acción hecha de acuerdo a la realidad revelada por esas ideas y principios, es decir respecto al propio Orden, Norma o Ley universal, lo que en lenguaje masónico se denomina el "Plan del Gran Arquitecto del Universo". Cuando eso es así la existencia humana se asume como una "aventura" hacia el Conocimiento, como una "gesta", palabra que indudablemente procede de "gesto", en el sentido de "acto ritual". Verdaderamente no hay mayor rito que la búsqueda del Conocimiento, pues en ella el hombre encuentra el fundamento mismo de su existencia. Esa búsqueda es un "acto consciente", y todo lo que a partir de entonces es realizado, experimentado y vivido durante su desarrollo pasa a ser significativo, a tener un sentido que nos "orienta" en el laberinto de este mundo perecedero, y nos impulsa hacia el encuentro de nuestro verdadero ser y origen. Esa gesta es también una "gestación" (procedente igualmente de gesto), es decir un "alumbramiento" o "nuevo nacimiento". Conocer es co-nacer, nacer de nuevo. Esta idea es la que está presente en todos los ritos iniciáticos, o de pasaje, los cuales preparan al candidato para la recepción de la influencia espiritual (o intelectual), que es la que en realidad propicia el "nuevo nacimiento".

3. En la Masonería la palabra rito tiene dos aspectos. Por un lado designa un determinado sistema o estructura masónica, léase Rito Escocés Antiguo y Aceptado, Rito de York, Rito Emulación, Rito Escocés Rectificado, Rito Francés, etc. Por otro, el rito es propiamente el gesto ritual, que en la Masonería recibe el nombre de "signo", como por ejemplo pueden ser los llamados "signos de reconocimiento". Podríamos entonces decir que la Masonería es ella misma un rito, de ahí que también se denomine "la Orden", palabra que como hemos visto anteriormente es la traducción del sánscrito *rita*. Por esto mismo, en la Logia masónica (imagen simbólica del orden cósmico) todo se cumple según el rito, y todos los gestos y signos rituales realizados en el interior de la misma han de ser considerados como lo que son: vehículos transmisores de la enseñanza simbólica y de su influencia espiritual. Esta es la razón principal de por qué se dice que el verdadero trabajo masónico consiste en la "ejecución del ritual", el cual ha de ser practicado lo más perfectamente posible, pues no se trata en absoluto de una convención más o menos arbitraria, o de un vano simulacro, sino de algo que reposa en reglas precisas y rigurosas, o como dice también R. Guénon, en "leyes netamente definidas según las cuales actúan las influencias espirituales, leyes, cuya 'técnica' ritual no es en definitiva sino su aplicación y su puesta en práctica" ("De los ritos iniciáticos", en *ibid.*). Esas leyes no son otras que las que se desprenden de las analogías y las correspondencias que ponen en comunicación los diferentes órdenes o planos de la realidad, desde el corporal al espiritual (intelectual), pasando por el psicológico o anímico. Si como venimos diciendo el gesto ritual es un símbolo en movimiento, una "idea-fuerza" en acción, éste necesariamente ha de repercutir en las modalidades sutiles del que lo realiza, armonizándolas y propiciando la "concentración" necesaria que posibilite "comprender", en toda la extensión de esta palabra, la Idea que el símbolo está representando. En este sentido la meditación, la concentración y el trabajo sobre los símbolos constituyen también una forma del rito, pues el fin último de éste es generar un estado apto para la comprensión de las realidades superiores. Se diría, pues, que el rito, realizado en estas condiciones, es una "meditación en acción", y esto puede hacerse tanto en el interior de la Logia, como en el mundo, considerado como el Templo universal, la Obra del "gesto" creador del Gran Arquitecto. (Ver *Signos; Palabras; Toques*). **F. A.**

**SALARIO.** Esta palabra deriva de sal -el principio neutro de la Alquimia- en clara alusión a la época en que los masones eran pagados en especie (y la sal era una de éstas, usada como conservante de los alimentos) o bien en moneda, como recompensa al trabajo realizado. Cada cual recibía un sueldo que se correspondía con el grado, cargo y función que desempeñaba en la Organización, hecho que queda reflejado en los diversos documentos antiguos, como por ejemplo el de los Canteros de Bolonia de 1248. Complementando esta función de subsistencia

material y siendo jerárquicamente superior a ella, el salario también simboliza una recepción espiritual. Al final de las tenidas rituales, el masón recibe su salario en el lugar justo; cuando se trabaja en primer grado, en la columna B.; cuando se hace en segundo grado, en la columna J.; y en la Cámara del Medio cuando se cierran los trabajos del tercer grado.

En la instrucción al grado de aprendiz se pregunta: "¿En qué se traduce el salario del Masón?" Y la respuesta que se da es: "En el perfeccionamiento gradual de sí mismo". Es en sintonía con esta idea que el paso de aprendiz a compañero se denomina aumento de salario. Así pues, la mayor recompensa por el trabajo producido por el obrero es el progresivo desprendimiento de toda contingencia, la superación de cualquier individualismo en pos de la universalización y la plena identificación con el Principio que la Masonería llama G.·A.·D.·U.·. Tal como se relata en el mito bíblico de Noemí y Ruth "En la obra está la paga, así como la recompensa de Ruth, la moabita que trabaja y se cobija junto a Booz, es lo que ella espiga". (Ver *Sal, Boaz y Jakin*). **M. G.**

**SECRETARIO.** El Secretario ocupa el quinto lugar dentro de la estructura jerárquica de la Logia y junto con el Orador y las Tres Luces forma el Consejo de Familia de la misma.

Como representante de la Memoria de la Logia simboliza también la Memoria de la Tradición Masónica y de las Artes y Ciencias que la Orden ha heredado de muy diversas culturas y pueblos.

Su joya o símbolo distintivo está formado por dos plumas entrecruzadas en X que representan la escritura y por ende la ciencia de las letras y las palabras. Se le relaciona también simbólicamente con el dios Hermes que entre otros atributos tiene el de ser Escriba de los Dioses.

Su función principal en los trabajos del Taller es la de preparar, leer y hacer aprobar la Plancha de Arquitectura (el acta) de los trabajos de cada tenida, que procura plasmar de modo sintético lo más significativo acontecido durante la tenida, así como las planchas presentadas y las manifestaciones de los hermanos, haciendo énfasis sobre todo en el mensaje iniciático que se vierte en cada tenida y su traducción simbólica. El conjunto de esas Planchas, denominado Libro de Arquitectura, es el recuerdo de la vida del Taller.

El Secretario es el encargado de llevar la correspondencia de la Logia y normalmente se le asignan también funciones de Archivero o custodio de los archivos y Guarda Sellos. El Gran Secretario cumple las mismas funciones con relación a la Obediencia.

**SIGNOS.** El rito masónico se desarrolla a través de determinados signos, palabras y toques. Gracias a ellos el masón es reconocido como tal: "¿Cómo reconoceré que sois masón? - Por mis signos, palabras y toques". En ellos también se guardan los "secretos del grado". Refiriéndonos concretamente a los signos, recordaremos que en la entrada Rito mencionamos que en la Masonería los gestos rituales llevan el nombre de "signos". De nuevo encontramos aquí la estrecha relación que existe entre el rito y el símbolo, que en su aspecto de símbolo gráfico y geométrico, podría ser considerado como un signo, es decir como algo que tiene un significado, que traduce una idea en definitiva. De hecho los toques también son signos manuales, y las palabras sagradas y de paso (pertenecientes a los símbolos sonoros) no dejan de ser en el fondo signos vocales.

Pero específicamente considerados como escenificación ritual de los símbolos visuales y geométricos, los signos, en los tres primeros grados, se realizan en "escuadra, nivel y perpendicular", y por tanto han de estar necesariamente vinculados al simbolismo de esas tres herramientas, a lo que ellas significan en tanto que representación de ideas fundamentales relacionadas con la construcción de la mansión interna. Apuntaremos que la escuadra, el nivel y la perpendicular son también las "tres joyas móviles" de la Logia, y esa movilidad está sin duda relacionada con la idea del rito como "símbolo en acción".

Cada grado tiene sus signos correspondientes, entre los que podemos distinguir los "signos de al orden" y los "signos de reconocimiento".

**Signo de al orden.** En el grado de aprendiz este signo se realiza teniendo el brazo derecho horizontal (es decir a nivel) a la altura de la garganta, mientras que el brazo izquierdo cae en perpendicular a lo largo del cuerpo. Con los pies se forma una escuadra.

En el grado de compañero el brazo derecho horizontal se sitúa a la altura del corazón, en tanto que el izquierdo realiza la forma de la escuadra. Los pies también en escuadra.

En el grado de maestro el brazo derecho, horizontal, está a la altura de las dos caderas, y el izquierdo cae en perpendicular. Los pies en escuadra al igual que en los grados anteriores.

Señalaremos que en algunos rituales se dice que es estando en posesión del signo de al orden como los "secretos masónicos son comunicados". Sin duda esto encierra una profunda enseñanza, pues está claro que ese "estar al orden" no se refiere tan sólo a un orden externo, sino sobre todo a un estar al orden "interiormente", para que sea posible la "recepción" de la luz masónica.

**Signo de reconocimiento.** En cada uno de los tres grados, estando "al orden", con el brazo derecho se traza el nivel y la perpendicular, describiéndose la escuadra. Este gesto ritual vendría a decir que el masón se reconoce como tal gracias a la perpendicular, al nivel y a la escuadra. En el primer grado ese gesto comienza a la altura de la garganta (signo gutural), en el segundo a la altura del corazón (signo cordial), y en el tercero a la altura de las dos caderas (signo umbilical). Pueden verse aquí tres etapas o niveles en el proceso de realización masónica, que va del más exterior al más interior, pues la región umbilical, donde traza su signo el maestro, está simbolizando aquí la idea de centro, sin duda alguna ligada al significado de la "Cámara del Medio".

Resulta también esclarecedor la misma palabra "reconocimiento", pues no se trata tan sólo de que mediante ese signo un masón sea reconocido por otro en su condición de tal. Desde luego que esto es así, pero ha de existir una lectura más profunda. Aquí, reconocimiento quiere decir "conocerse a sí mismo", o "re-conocer" lo que se es. A ello contribuye sin duda la enseñanza simbólica transmitida mientras el masón está "al orden", la cual, más allá de un momento determinado del ritual, ha de ser una actitud permanente durante el desarrollo de los trabajos en Logia.

Por otro lado, el "signo de reconocimiento" también es llamado "signo penal", aquel que corresponde a la "pena" que es sobrevenida al masón si incumple el juramento solemne prestado ante las Tres Grandes Luces de la Masonería en el momento de su recepción en cualquiera de los grados. Esa punición forma parte desde luego del proceso iniciático, si no no estaría contemplada en la Masonería, y se refiere al estado de "errancia" o de "pérdida" que en ocasiones puede darse durante ese mismo proceso, debido fundamentalmente a la identificación con los "metales" del hombre viejo, del profano que se resiste a la transmutación. (Ver Rito, Palabras, Toques). **F. A.**

**TRONCO DE LA VIUDA.** Los Masones acostumbran, al final de todas sus reuniones o tenidas, circular ritualmente, junto con el llamado Saco de Proposiciones, otro saco que lleva el Hermano Hospitalario en el que depositan óbolos, de acuerdo a sus posibilidades materiales. Este saco es llamado Tronco de la Viuda, de beneficencia, o de solidaridad. El dinero recogido de esta manera, al que se llama "unidades de medallas profanas" ha de ser utilizado para socorrer a un hermano que se encuentre en necesidad, o a su viuda y familia en caso de que éste haya pasado al Oriente Eterno, o, en general, para otras obras de beneficencia que el Taller considere conveniente realizar. Esta es una antigua costumbre masónica.

Sin embargo, es importante recordar que la Masonería no es una institución de beneficencia. Que es una Orden que busca la Verdad, una Escuela de Iniciación en los Misterios. Si hace además en determinados casos obras de caridad, esto es por añadidura; y si se circula este saco o tronco es porque -al igual que todos y cada uno de los objetos que se utilizan y que decoran la Logia- tiene un triple significado: uno práctico, uno psicológico y otro interno o espiritual.

El sentido práctico del Tronco es que con su auxilio material se solventa una necesidad: que cuando un Masón está en dificultades, puede contar con los hermanos que le tienden la mano.

Su efecto psicológico, que inculca la caridad, la solidaridad y la fraternidad entre los miembros del taller que conscientemente realizan estos ritos; y que enseña a no ostentar, pues el óbolo se da de manera espontánea y secretamente, de modo "que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha".

Y su significado espiritual consiste en enseñar el desapego de los bienes materiales; que muestra cómo compartir, no sólo las monedas, sino, sobre todo, las experiencias espirituales y los conocimientos que con ausencia de egoísmo se transmiten los Masones los unos a los otros, procurando, en la medida de lo posible irradiarlos hacia la humanidad. Y a compartir un elevado Ideal, que es el que mueve a construir el templo de la armonía universal, con el Amor que nace entre aquéllos que saben que todos, en esencia, son uno. (Ver Saco de Propositiones, Hospitalario, Viuda, OrienteEterno) **F. T.**

**VAUGHAN, Thomas** (1612-1666). Conocido también como Eugenio Filaleteo, fue el primer traductor al inglés de los manifiestos rosacruces la *Fama* y la *Confessio*, pues aunque circulaban ya en manuscritos, esta versión de 1652, según ha podido constatar en su libro *El Iluminismo Rosacruz* la historiadora Frances A. Yates, “fue un acontecimiento verdaderamente memorable”, pues evidentemente esta versión en letra de imprenta impulsó notablemente su difusión.

Fue discípulo y amigo del masón Sir Robert Moray, quien le entregó el manuscrito del fondo de las colecciones de “papeles” que tenía su suegro, Lord Balcarres. Vaughan dice haber basado su traducción de los manifiestos de otra escrita “por mano desconocida”. Se llamó a sí mismo “filósofo de la Naturaleza” declarando ser seguidor de Enrique Cornelio Agrippa y de su obra *La Filosofía Oculta*, así como de Platón, y se jactaba de tener cierta hostilidad hacia Aristóteles y Descartes. Aunque no hay señales de su filiación masónica a una logia específica, cosa bastante corriente en esa época de atmósfera secretista, su relación con masones y su influencia sobre la Orden fue muy directa. Vaughan estaba totalmente impregnado del pensamiento hermético y atento a la orientación que estaba tomando el Conocimiento Tradicional, reconociendo estar ligado intelectualmente al “Colegio Invisible” de la Rosa Cruz. Esto es lo que escribió en la introducción que hizo a la traducción de los dos manifiestos rosacruces:

La atención que yo les presté primero fue despertada por sus libros, pues los he reconocido como verdaderos filósofos... Sus principios están enteramente de acuerdo con la antigua y primitiva sabiduría. (Sedir, *Historia y doctrina de la Rosa Cruz*).

Fue un personaje principal que da testimonio de una época en la cual los conocimientos humanos, la ciencia, la filosofía, así como las órdenes de caballería, los colegios artesanales y en definitiva el pensamiento hermético se replegaba y condensaba en la Francmasonería. La misma F. A. Yates nos informa del reconocimiento público obtenido por los manifiestos la *Fama* y la *Confessio*, síntesis de ese pensamiento, y anota una frase muy ilustrativa tomada de una obra del teólogo John Webster en la que éste aconseja que:

la filosofía de Hermes resucitada por la escuela de Paracelso sea enseñada en las universidades.

Se conserva un ejemplar de esta edición de los Manifiestos llevada a cabo por Vaughan, que está depositado en la Biblioteca de la Universidad de Yale; se trata del ejemplar que perteneció a Isaac Newton y que conserva anotaciones y la firma del científico, ya que esta obra y otras de sabios hermetistas, como Michel Maier o John Dee, constituían los principales libros de estudio de Newton, lo cual nos permite observar las rutas de comunicación creadas por una misma corriente de pensamiento, en este caso la tradición de Hermes.

A Vaughan (Eugenio Filaleteo) se le confunde a veces con Ireneo Filaleteo, seudónimo que empleó otro adepto de la Tradición Hermética cuyo nombre parece que fue George Starkey. **M<sup>a</sup> A. D.**

**WREN, Christopher** (1632-1723). Arquitecto, inventor de máquinas de matemáticas y astronomía, gran estudioso de la Ciencia y el Arte y alto dignatario de la Orden Masónica, justamente el último Gran Maestro de la Masonería antigua. Fue amigo de otros ilustres masones, como Elías Ashmole o Robert Moray, y cofundador con ellos de la Royal Society de Londres, además de uno de sus presidentes. Wren es figura relevante en la historia de su país y en la historia de la propia Masonería, ya que tras el famoso incendio de Londres, en 1666, en el que ardió el ochenta por ciento de la ciudad, con edificios tales como la catedral de San Pablo, fue necesario recurrir a una mano de obra especializada, capaz de llevar a cabo aquella monumental reconstrucción. El encargo recayó en este hombre, quien supervisó la obra dirigiendo a todo tipo de artesanos, constructores, carpinteros, vidrieros, forjadores, etc.

Michael Baiget y Richard Leigh, en su obra *Des Templiers aux Franc-Maçons* recogen el acontecimiento y comentan que a medida que la nueva ciudad tomaba forma, crecía el prestigio y el respeto de las gentes por sus arquitectos y constructores, y señalan el clima de auténtica hermandad que se dio entre los artesanos operativos y los masones especulativos. Llegan a la conclusión de que el personaje más importante en este contexto es Sir Christopher Wren, miembro del “Colegio Invisible”.

Tal y como observa Federico González, el incendio de Londres es un tema fundamental en la historia de Inglaterra y en la Masonería en general. Su reconstrucción, efectuada por masones, es un símbolo cíclico relacionado con la perennidad de la Ciencia Sagrada, que se ha expresado en una ciudad tan mágica como es el caso de la capital inglesa. (*Hermetismo y Masonería*, cap. II).

*M<sup>a</sup> A. D.*

SHMOLE, Elías (1617-1692). Nacido en Lichfield, Inglaterra, Elías Ashmole fue iniciado el 16 de Octubre de 1646 en la Logia de Warrington. Se trata de uno de los personajes más interesantes para la Masonería debido al importante papel que jugó durante la época de transición (siglo XVII), momento en que se buscó reunificar y reconstruir una tradición prácticamente desaparecida y dispersa. Como René Guénon dice, al referirse al papel de Ashmole, en ese momento se buscó reconstruir una tradición que en gran parte ya se había perdido, a lo cual Federico González, en *Hermetismo y Masonería* cap. II, añade:

En esta extraordinaria labor brilla el nombre de Elías Ashmole en dos aspectos: como uno de los reconstructores de la Masonería en cuanto a la relación de ésta con las órdenes de caballería y las corporaciones de constructores, e igualmente como punto de confluencia con la tradición Hermética. El mismo Ashmole se llamaba hijo de Mercurio (*Mercurophilus Anglicus*).

La verdad es que Ashmole es uno de esos personajes históricos cuya acción en el mundo ha contribuido de modo especial a rescatar el verdadero legado espiritual-intelectual de las auténticas organizaciones iniciáticas. Anticuario de profesión, fue amigo de otros ilustres masones, como Christopher Wren (famoso arquitecto), de alquimistas, astrólogos, investigadores, practicantes de las Artes Liberales y la Ciencia Sagrada, con alguno de los cuales, como es el caso también de otro masón, Robert Moray, fundó la Royal Society de Londres y la Philosophical Society de Oxford.

En 1650 publica, bajo el nombre anagramático de James Hasolle, *Fasciculus Chemicus*, una traducción de textos latinos de Alquimia que había recopilado, entre ellos de Jean d'Espagnet. En 1652 edita el *Theatrum Chemicum Britannicum* que contiene las obras en verso de los alquimistas ingleses más importantes, como el poema alquímico de Thomas Norton, escritos de George Ripley, una breve descripción en verso de *La Mónada Jeroglífica* de John Dee, así como una extensa descripción de la obra matemática del mismo; también hace alusiones y alabanzas hacia Michel Maier.

Según recoge la historiadora Frances A. Yates, este *Theatrum Chemicum Britannicum* de Ashmole era un libro que Isaac Newton copió a mano y "leía una y otra vez". En 1658 escribe *The Way to Bliss*, y en 1672 *The Institution y Laws and Ceremonias of the Order of the Garter*. Con esta última obra Ashmole contribuyó a restablecer en su tiempo las Ordenes de Caballería. Su amor por dichas Ordenes caballerescas y su total adhesión a las ideas rosacruceanas, así como su interés en el avance de la ciencia, lo hacen aparecer como un personaje simbólico para la Masonería, pues representa una línea ininterrumpida de pensamiento y de hombres librepensadores y de espíritu constructivo que crearon la actual Masonería.

A su obra escrita hay que añadir la gran cantidad de manuscritos alquímicos que reunió (y que se conocen como "papeles de Ashmole"), piezas de arqueología y todo tipo de objetos relacionados con el arte y las ciencias naturales, como minerales, plantas, fósiles, animales, etc., de todo lo cual llegó a poseer grandes colecciones que le sirvieron para fundar en Oxford el primer museo de Ciencias Naturales del mundo. Además logró embarcar en el proyecto a otros amigos que hicieron donación también de sus colecciones, siendo de los primeros en otorgar a la arqueología y al estudio integral del hombre y su mundo un valor real y no el de simples 'curiosidades'. (F. González, *Ibid.*)

Tanto material y tantas joyas llegaron a reunirse que hubieron de crearse dos secciones. A partir de su muerte la de arte lleva su nombre; se trata del famoso Ashmolen Museum, de Oxford, donde pueden seguir viéndose hoy en día todas estas colecciones y consultarse todos estos textos y manuscritos herméticos. *Mª A. D.*

CALAVERA. Al comienzo del rito de iniciación al grado de Aprendiz el candidato es introducido en un aposento oscuro, llamado Cámara de Reflexión, en el que se encuentra por primera vez con varios objetos simbólicos que en el transcurso del proceso de transmutación irán cobrando más y más importancia simbólica. Uno de los más significativos es la Calavera, símbolo de la Muerte Iniciática.

En todos los ritos de iniciación, tanto en las sociedades arcaicas como en las grandes civilizaciones se representa simbólicamente a la Muerte, pues la Iniciación siempre ha sido considerada como la muerte del hombre profano y el nacimiento de un hombre nuevo, totalmente regenerado por la acción del rito y la gracia del Conocimiento.



El viaje iniciático es análogo al viaje *post mortem* que emprende el alma al morir el cuerpo físico; y Hermes es el Psicopompo que conduce esa alma durante el recorrido que la habrá de llevar al mundo de los dioses.

En la Masonería la muerte es considerada como un paso, como un cambio de estado, y se la ve como simultánea al nacimiento y la resurrección. La muerte iniciática no es una muerte alegórica, es una muerte real, pues al morir el hombre viejo mueren con él los condicionamientos, las limitaciones y los prejuicios del ser ordinario, esclavo de lo sucesivo, aparente y transitorio, y nacen las posibilidades de recuperar la conciencia de eternidad y la verdadera Liberación.

Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; pero el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. (Juan 12, 24-25).

Es por esto que el iniciado, cuando sale de la Cámara de Reflexión, es llamado Neófito (palabra que significa "nueva planta"). La semilla, que representa sus potencialidades, ha muerto, dando lugar a la posibilidad de germinar a la nueva vida.

Es por eso que el alquimista dice:

cuando me levanto de la muerte, mato a la muerte que me mata.

*F. T.*

CATEDRAL. 1. La Catedral es la culminación de la arquitectura cristiana. Su nombre deriva del griego *Kathédra*, que significa "asiento". El asiento es un lugar o un mueble que sostiene a una figura sedente, postura que refleja una elevación o ascenso -simbolizada por la columna vertebral erguida- por encima de un plano horizontal de base. Precisamente, la Catedral es una construcción simbólica que se yergue sobre el plano terrestre, a la cual se ingresa a ras de suelo por Occidente y de la cual se sale, tras un recorrido horizontal hacia Oriente, por la vertical del Ara o Altar, atravesando la piedra cimera del edificio a fin de acceder a niveles superiores de Conocimiento. Desde este punto de vista, el nombre de Catedral convendría a los templos de todas las tradiciones por igual; por otra parte, uno advierte que la forma y la estructura de una Catedral son expresiones simbólicas perfectas de la naturaleza interior de la vía iniciática masónica. De alguna manera, en la forma geométrica de la Catedral, a la vista de todos, se halla expuesto el secreto que une a los masones y por el que trabajan en sus Logias a cubierto; pero, ¿quién puede 'descifrarlo'?

2. La Catedral, como cualquier templo sagrado, es sede de la Divina Inmanencia, la *Shekinah*, que penetra a través de la Puerta de los Dioses simbolizada por la piedra angular y difunde sus rayos en el plano de la Creación. Desde el punto de vista religioso o exotérico propio de una gran mayoría de masones parroquianos, la entrada de la Divinidad en el mundo de lo manifestado a la que se refieren los Evangelios cristianos -y todos los libros inspirados de todas las tradiciones- es contemplada como la constitución de una entidad individual distinta al ser humano con la cual éste se esfuerza en ligarse o re-ligarse (de ahí la palabra 'religión'), pero que percibe como algo tan disímil como las piedras del templo en el que lleva a cabo sus prácticas religiosas. Para la visión interior o esotérica, en cambio, el ser individual está en el seno de la Divinidad y no puede discernirse de ella más que ilusoriamente. La Divina Inmanencia se efectiviza cuando el yo individual adquiere conciencia de que no es más que un estado del Ser Universal y de que su esencia es la propia Esencia Divina, la quintaesencia de



todo lo ígneo, lo aéreo, lo acuoso y lo pétreo. Así, entre el templo y el yo no hay, no puede haber, ninguna dualidad verdadera.

3. A los ojos del iniciado masón, una Catedral deja de ser un 'local decorado al gusto de una época' para convertirse en una imagen del Paraíso terrenal en el que siempre ha habitado -acaso, sin haberlo advertido durante mucho tiempo-, poblado por altas palmeras, animales fantásticos y un monte sagrado, y también de la Jerusalén Celeste de forma cúbica que signa el fin del actual ciclo de manifestación. El Paraíso y la Jerusalén de los cielos son los modelos arquetípicos de la Catedral, es decir, sus ideas directrices, y éstas son análogas a la de cosmos u orden que rige en todo lo manifestado. Como el Paraíso terrenal, la Catedral se alza en un punto elevado significativo de la geografía sagrada, y está cubierta por una bóveda arquitectónica análoga al firmamento. Como la Jerusalén celeste, la base de la Catedral es cuadrangular y sus puertas se orientan a los cuatro puntos cardinales. La Catedral es, en definitiva, un símbolo de la manifestación, esto es, de lo manifestado, de su Principio y de la acción creadora de dicho Principio, tríada que es una Unidad en su esencia y que incorpora en su seno al constructor del templo. Esta es la verdad interior de la Catedral, la que sus piedras talladas simbolizan; esta es la realidad que ha dado fundamento y razón de ser al trabajo de los canteros de todos los tiempos, quienes han rubricado su comprensión de la obra de arte con una marca en la piedra tallada.

4. El pórtico de la Catedral constituye una síntesis del programa simbólico del templo. El pórtico plasma en alzado lo que la Catedral en su conjunto expresa en planta y en la tridimensión, y es análogo a ella. Así, las bóvedas y el suelo de las naves, que simbolizan el cielo y la tierra, se corresponden respectivamente con el arco del pórtico y el espacio de forma rectangular en el que se inscriben las puertas del templo. Si para un masón es dable una 'lectura' esotérica de las Catedrales, también lo es de sus pórticos, y acaso podría decirse que con mayor razón, puesto que nuestros antepasados constructores a menudo erigieron pilares en los pórticos de los templos cristianos a imagen de las columnas que decoran las Logias y sostienen los templos interiores. Ambas columnas comprenden el recorrido del Sol en el horizonte, las circumambulaciones en Logia y el recorrido por los Misterios Menores. M. G.

COMPAÑERAZGO. 1. René Guénon escribe en el capítulo XIV de *Aperçus sur l'Initiation* lo siguiente:

"Apenas hay en el mundo occidental otras organizaciones iniciáticas que puedan reivindicar una filiación tradicional auténtica (condición fuera de la cual, recordémoslo una vez más, no podría haber otra cosa que 'pseudoiniciación') más que el Compañerazgo y la Masonería, es decir, formas iniciáticas basadas esencialmente en el ejercicio de un oficio, en su origen por lo menos, y por consiguiente, caracterizadas por métodos particulares, simbólicos y rituales en relación directa con ese mismo oficio. Aquí solamente hay que hacer una distinción: en el Compañerazgo se ha mantenido siempre el vínculo original con el oficio, mientras que en la Masonería éste ha desaparecido de hecho".

Los orígenes históricos del Compañerazgo son inciertos, como corresponde a una orden iniciática tradicional que hunde sus raíces, en última instancia, en el no-tiempo mítico. Los textos escritos más antiguos que se conocen en los que se menciona a los Compañeros del Oficio o del Deber con tal nombre datan de los siglos XV y XVI y aparecen en un ámbito geográfico concreto: Francia. Ahora bien, el Compañerazgo francés, como la sociedad alemana de los *Steinmetzen* (talladores de piedra) del siglo XII o la Francmasonería anglosajona de los siglos XIII y XIV, son todas ellas organizaciones herederas sin solución de continuidad de las gildas y cofradías de oficios medievales, las cuales, a su vez, fueron una prolongación de los *Collegia Fabrorum* del Imperio Romano, depositarios de antiquísimos conocimientos esotéricos y transmisores de la iniciación en los Misterios. El Compañerazgo es, pues, una organización iniciática que, entroncada en la Tradición Hermética al igual que la Masonería, se formula como un símbolo de una idea arquetípica -que como tal es ajena al devenir- en un dominio histórico y geográfico al cual fecunda.

Algo que es muy característico del Compañerazgo es precisamente su sello geográfico: el Compañerazgo es una vía iniciática de gentes de país, de "paisanos", tal como los Compañeros del Tour de Francia se denominan unos a otros; esto es, se trata de una vía de Conocimiento que en sí es universal, puesto que la Verdad es una y única, pero cuyos métodos

se hallan adaptados a la naturaleza interior de los hombres concretos a los cuales está destinada.

Los orígenes míticos del Compañerazgo, es decir, sus verdaderos orígenes, se remontan, como en la Masonería, a la construcción del Templo de Salomón. Tres son los fundadores legendarios de los diferentes Deberes o ritos compañónicos: el Rey Salomón, *Maître Jacques* y *Père Soubise*. La leyenda fundacional de los *Enfants* de Salomón o Compañeros del Deber de Libertad se entronca con la narración bíblica de la construcción del Templo salomónico. Según dicha leyenda, la presencia en Jerusalén de una gran multitud de obreros causaba a Salomón e Hiram grandes dificultades para distribuir los salarios: mezclados con los obreros del Templo, intrusos e impostores se presentaban a reclamar una paga al igual que aquéllos, y la obtenían en medio de la confusión. Para remediarlo, Salomón dio a cada obrero un deber y una palabra de paso para hacerse reconocer, y cada cual recibía una paga acorde con su trabajo. Además, cuando un obrero llegaba a ser un buen artesano, Hiram lo interrogaba, y si le reconocía la capacidad requerida, le decía que perseverara y que sería recompensado. Días después, uno de los contra maestros de la obra conducía al beneficiario a un subterráneo del Templo donde, en medio de los compañeros de obra, era iniciado y recibía nuevas palabras de paso y de reconocimiento. Así es como se dice que fue fundado el Compañerazgo de la Libertad (ver E. Martin Saint-Léon, *Le Compagnonnage. Son histoire, ses coutumes, ses règlements et ses rites*. París, 1901).

La leyenda de *Maître Jacques*, fundador mítico de los Compañeros del Deber o Deberantes, también se relaciona estrechamente con la construcción del Templo de Salomón. *Maître Jacques* era uno de los primeros maestros artesanos de Salomón y colega de Hiram, y había aprendido a tallar la piedra en su infancia. Viajó por Grecia, Egipto y Palestina por espacio de 21 años, y llegó a Jerusalén a la edad de 36. Allí construyó dos columnas dodecagonales para el Templo, la columna Vedrera y la columna Macaloe, sobre las que fueron esculpidas escenas del Antiguo Testamento. *Maître Jacques* fue nombrado maestro de los talladores de piedra, de los masones y de los carpinteros, y acabada la construcción del Templo, partió de Judea en compañía de *Soubise*, de quien luego se separó. La nave de *Soubise* llegó a Burdeos, mientras que *Jacques* desembarcó en Marsella junto con 13 compañeros y 40 discípulos. Viajó por tierra durante tres años y se retiró a la ermita de la Sainte-Baume en la Provenza, donde murió a manos de cinco asesinos instigados por el traidor Jéron, uno de sus discípulos. Antes de expirar encomendó a sus discípulos que fuesen fieles a su Deber y que transmitiesen su beso a los compañeros que ellos recibiesen en lo sucesivo. Muerto *Maître Jacques*, sus discípulos lo desnudaron y encontraron un junco bajo su ropa. A continuación, repartieron sus vestiduras entregando el sombrero, a los sombrereros; la túnica, a los talladores de piedra; las sandalias, a los cerrajeros; el manto, a los carpinteros; el cinturón, a los carpinteros de obra; y el bordón, a los carreteros (E. Martin Saint-Léon, *op. cit.*).

De *Père Soubise* cuenta la leyenda conservada por sus *Enfants* que fue también, como *Jacques* e Hiram, uno de los arquitectos del Templo de Salomón. Las rivalidades de tipo profano surgidas entre los Compañeros de distintos Deberes han introducido importantes distorsiones en el relato mítico de *Soubise*, quien aparece en algunas versiones como un feroz opositor a *Maître Jacques*, a quien acosa hasta su muerte, la cual habría sido inducida por el mismo *Soubise*.

2. La conservación del vínculo original con el oficio en el Compañerazgo supone, para los adeptos de esta vía iniciática, un apoyo simbólico precioso en el camino de su realización espiritual.

Si el oficio es algo del propio hombre y como una manifestación o una expansión de su propia naturaleza, es fácil de entender que pueda servir de base a una iniciación, e incluso que sea, en la generalidad de los casos, lo que está mejor adaptado a tal fin" (René Guénon, *El Reino de la Cantidad y los Signos de los Tiempos*, cap. VIII).

Por otra parte, los secretos del oficio son soportes de la realización interior, pues es a ésta, en definitiva, a la que estos secretos se refieren, ya que son los propios de la cosmogonía en su permanente recreación en el alma humana. Este es el sentido profundo de los símbolos y ritos propios de cada oficio, y que hacen de ellos una actividad sagrada. (Federico González *et al.*, *Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha*, Módulo A, acápite "Arte y Artesanías").

Del Compañerazgo como organización iniciática de oficio también hay que destacar su gran versatilidad. Si bien los Compañeros del Deber sólo acogían en su seno a cuatro sociedades madre al principio -las de los talladores de piedra, los carpinteros, los cerrajeros y los carpinteros de obra-, en el siglo XIX ya agrupaban a más de 20 oficios: además de los ya citados, a los curtidores, los tintoreros, los cordeleros, los cesteros, los sombrereros, los blanqueros gamuceros, los fundidores, los alfileteros, los herreros, los tundidores de paño, los torneros, los vidrieros, los silladores, los sarteneros, los doladores, los cuchilleros, los hojalateros, los guarnicioneros, los carreteros, los claveros, los techadores y los yeseros (E. Marin Saint-Léon, *op. cit.*). Hay constancia de que la agregación de una nueva sociedad artesanal al Compañerazgo estaba precedida de su presentación por parte del gremio 'padrino' ya adherido en cuyo seno había surgido la corporación, y de que la recepción de dicha sociedad se efectuaba de modo ritual (tal fue el caso, por ejemplo, de los doladores, quienes fueron presentados por los carpinteros, o de los hojalateros, quienes lo fueron por los fundidores). De este modo, el Compañerazgo ha transmitido durante siglos la iniciación y la capacidad de otorgarla a muchos gremios de artesanos, realizando adaptaciones tradicionales de los ritos a las características de los distintos oficios y actualizando permanentemente de este modo la memoria de que las artesanías son, por encima de todo, vías simbólicas de conocimiento. *Ars sine scientia nihil* (El arte sin la ciencia no es nada).

3. La verdadera razón de ser del Compañerazgo es la iniciación, por más que hoy en día puedan desconocerlo muchos de sus miembros. La imagen que se proyecta del Compañerazgo actualmente en la plaza pública es la de una élite obrera que ha alcanzado el pleno dominio de su especialidad y un elevado nivel cultural y moral cursando una especie de ciclo intensivo de formación profesional de gran exigencia. Esto es la visión absolutamente profana que impera de lo que es, antes que nada, una organización iniciática.

En general, las sociedades compañónicas reconocen tres grados correspondientes a otros tantos niveles de efectivización de la iniciación: el de novicio o aspirante, el de Compañero recibido y el de Compañero acabado. Existen distintos ritos de recepción en el Compañerazgo, que difieren de una sociedad a otra y que han sido muy poco difundidos. El ritual de recepción de los curtidores y los zapateros del Deber descrito por Martin Saint-Léon (*op. cit.*) consta de dos tenidas. En la primera, los aspirantes que desean ser recibidos presentan su obra de arte (*chef d'oeuvre*), la cual es examinada detalladamente por los Compañeros en su cámara. Si el aspirante no es rechazado -bastaría para ello que lo fuera por tres Compañeros-, se le introduce en la cámara, donde un Compañero designado le indica los defectos de su obra y le informa de que su solicitud de recepción será respondida próximamente. En la segunda tenida, el aspirante es sometido a un interrogatorio para verificar su recta intención y es introducido con los ojos vendados en el templo, donde tras un nuevo interrogatorio y serle retirada la venda, prestará su juramento y recibirá un nombre simbólico. Dicho nombre es compuesto, y está formado por el gentilicio correspondiente a la ciudad o pueblo de origen del neófito y de una cualidad concreta de su carácter.

El Compañero recibido debe realizar el Tour de Francia para efectuar su perfeccionamiento y alcanzar la plenitud de su condición. Se trata de un viaje de varios años por la geografía francesa durante el cual el Compañero realiza estadías en distintas ciudades donde recibe la enseñanza y los secretos del oficio de un modo gradual. En cada ciudad del Tour de Francia, las diferentes sociedades compañónicas tenían representantes cualificados que estaban a cargo del cuidado y la formación de los Compañeros. El *Premier-en-ville* y el *Second-en-ville* eran los oficiales de mayor rango. Un cargo especialmente importante era el del *Rouleur*, llamado así por ser el encargado del registro (*rouleau*) de los Compañeros en tránsito. El *Rouleur* acogía a los llegados y acompañaba a los que partían hasta el punto de separación; también se ocupaba de convocar las asambleas y proporcionar trabajo a los Compañeros llegados.

Un Compañero recién llegado a una ciudad al cabo de una etapa del Tour debía presentarse en primer lugar a la *Mère*, oficial femenino responsable junto a su esposo -el *Père*- de lo que era a la vez albergue de los Compañeros y sede de la Orden en la que se celebraban las asambleas. El llegado se hacía reconocer por la *Mère* y por un Compañero mediante su pasaporte compañónico, diversos signos gestuales y sus respuestas a un interrogatorio ritual. A continuación, el Compañero llegado entraba ritualmente en la casa de la Orden (*Entrée de*

*Chambre*) donde, una vez acogido, podía alimentarse y descansar. El mismo día de su llegada o a la mañana siguiente, el *Rouleur* iba a buscarle trabajo; mientras no lo encontrase, el Compañero llegado tenía derecho a alojamiento y manutención gratuitos.

El término de la estancia de un Compañero recibido en una ciudad del Tour se señalaba con un rito específico (*Levage d'Acquit*). Su partida era objeto de una procesión ceremonial (*Conduite*) a cuya cabeza iban el Compañero y el *Rouleur*. El *Rouleur* llevaba la caña y el fardo del Compañero sobre su espalda hasta el punto convenido, donde la comitiva se detenía y procedía a una despedida ritual.

Cuando dos Compañeros del Tour se encontraban por el camino, se reconocían mutuamente mediante el *topage*: se detenían uno frente a otro, adoptaban una posición convenida y, a la voz de " *Tope!* ", se interrogaban recíprocamente sobre su oficio y sobre el Deber al que pertenecían. Si se trataba de sociedades hermanadas, se estrechaban la mano y bebían juntos, pero si los Deberes eran distintos, el *topage* acababa a menudo a bastonazos (Hervé Masson, *Dictionnaire Initiatique*, entrada "Compagnonnage").

Los Compañeros de cada Deber portaban insignias y objetos propios de su sociedad. La caña es el más característico de todos, y se dice que las distintas maneras de portarla tenían distintos significados. Por otra parte, las cintas de colores son marcas distintivas de la sociedad a la que un Compañero pertenecía; pero, por encima de las aplicaciones puramente utilitarias y contingentes de estos objetos simbólicos, debe atenderse a su significado superior, que es de tipo simbólico y común a todas las vías iniciáticas de la Tradición Hermética. Así, la caña del Compañero está relacionada con el báculo del Maestro de Ceremonias masónico, con la varita del Mago del primer arcano mayor del Tarot, y en general, con todos los símbolos axiales (ver **Eje**). Por otro lado, los colores son, como los del arco iris, un símbolo de las indefinidas posibilidades de manifestación en que se polariza y concreta la Luz emanada del Principio (ver **Colores**). Con respecto al carácter hermético del simbolismo compañónico, Masson (*op. cit.*) escribe lo siguiente:

En Compostela existe una estatua de Santiago el Mayor (*Jacques le Majeur*) sosteniendo un bastón de peregrino alrededor del cual se enrollan y entrecruzan en forma de caduceo dos cintas compañónicas. Ahora bien, Santiago era el patrón de los alquimistas y el caduceo una figuración de la doble polarización del mercurio de los filósofos. Pero en este caso preciso, las serpientes del caduceo son reemplazadas por las cintas del Compañerazgo. ¿Qué vínculo secreto ha podido existir entre el antiguo hermetismo y las cofradías de oficio de antaño?

4. El Compañerazgo y la Masonería son las organizaciones herméticas depositarias de la iniciación que han subsistido en Occidente hasta nuestros días. Ambas han actuado -y siguen haciéndolo- como arcas que atesoran cuanto debe ser preservado de un mundo que naufraga a un ritmo cada vez más trepidante. La Masonería ha conservado, incorporándola a sus ritos, la herencia simbólica de los *Collegia Fabrorum*, los Constructores medievales de catedrales, los Alquimistas, los Templarios, los Cabalistas y los Rosacruces. El Compañerazgo, por su parte, ha vivificado la memoria del origen sagrado y la razón de ser profunda de todas las artesanías por medio de adaptaciones tradicionales que han permitido el mantenimiento de la iniciación en los 'oficios especializados' surgidos con posterioridad a la Edad Media. Por otra parte, el Compañerazgo y la Masonería se han fecundado mutuamente a lo largo de su historia, tal como testimonian, por ejemplo, las grandes concordancias existentes entre los Catecismos masónicos y compañónicos de los siglos XVIII y XIX. Y es que difícilmente podría haber sido de otro modo entre organizaciones pertenecientes a una misma Tradición viva -la Tradición Hermética- que reconocen unos mismos orígenes míticos. Mucho se ha escrito acerca de las disensiones y rivalidades profanas entre la Masonería y el Compañerazgo y entre los Deberes compañónicos, pero muy poco se ha dicho acerca de la unidad fundamental de todas las iniciaciones que toman a la construcción del Templo de Salomón como su modelo arquetípico. Un Compañero masón y un Compañero recibido, a poco despiertos que estén, sabrán comprender que los cinco viajes en Logia y el Tour de Francia son símbolos análogos de un mismo y único viaje interior, y que el conocimiento esotérico que se propone adquirir al Compañero masón por medio de las Artes Liberales es la misma enseñanza interior vehiculada por los secretos de oficio que se le van a ir revelando al Compañero recibido durante su circumambulación ritual por la geografía francesa.

Se dice que el Compañerazgo está experimentando un auge en la actualidad, y ello se argumenta sobre la base del crecimiento del número de miembros de la Orden -unos 20.000 hoy en día, mientras que en la posguerra habían llegado a ser sólo 5.000-. Pero, a decir verdad, el Compañerazgo, al igual que la Orden Masónica, está afectado por la degradación generalizada que imprime el devenir cíclico sobre la historia del mundo. Cuando leemos noticias que ensalzan que hoy haya compañeros caldereros dedicados a la reparación de plataformas petrolíferas o compañeros mecánicos que trabajan en proyectos de cohetes espaciales, tememos que una gran parte del aparente éxito del Compañerazgo se esté operando al coste de una mutación antitradicional de sus usos y costumbres. En el fin de ciclo oscuro que afrontamos, quizás sólo podremos encontrar encarnado el verdadero espíritu del Compañerazgo y la Masonería en pequeños grupos o logias anclados en el recuerdo permanente del Principio y la Cosmogonía, la cual es actualizada mediante el rito. *M.G.*

**CORAZON.** El símbolo del corazón es análogo al del centro. Así como el centro se expande manifestándose, conformando un espacio, y se contrae hasta la inmanifestación, este mismo movimiento que a un nivel aparece como sucesivo siendo en realidad simultáneo, es el que ejemplifica el corazón con su sístole y diástole. En la primera fase el corazón es receptáculo, copa, en la segunda es proyección, los efluvios que recibe en la oscuridad de su caverna, se reparten en generosidad vivificante.

Aunque el punto de vista moderno se limite a considerar el corazón como sede de los sentimientos, en contraposición y por debajo del cerebro, sede de una inteligencia racional, todas las tradiciones unánimemente localizan en él una inteligencia intuitiva y sintética en contraposición y por encima de una razón analítica y discursiva que se localiza en el cerebro.

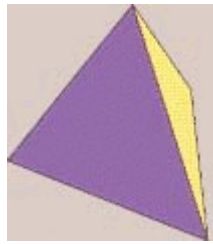
Para el Hinduismo el corazón es la morada de *Brahma*, para el Islam contiene el Reino de Dios y el Cristianismo nos brinda el simbolismo del Sagrado Corazón. En la Masonería el corazón de la Logia es el altar. Situado en el mismo centro y bajo la cúpula celeste, en un aspir absorbe la energía supracósmica que expande en las seis direcciones, hasta los límites del Templo.

En el Ritual de recepción a segundo grado, el Primer Vigilante comunica al Recipiendario los secretos del grado de Compañero, y al confiarle el "Signo Penal" que se hace retirando la mano derecha del corazón horizontalmente y dejándola caer lateralmente trazando una escuadra, le comunica su significado: "Preferiría arrancarme el corazón antes que revelar indebidamente los secretos que me han sido confiados".

Si la finalidad última del iniciado es acceder al Conocimiento, "arrancarse el corazón" simboliza renunciar a este objetivo, cortar el vínculo que le da acceso a esta Posibilidad, prescindir de la más alta facultad del hombre: su Inteligencia. El verdadero masón no "revelará indebidamente" ningún secreto pues sabe que por naturaleza es incomunicable; pero sí sabrá seguir el camino del corazón, la vía de acceso a lo suprahumano, que cada hombre alberga dentro de sí, y sabrá indicarlo y compartirlo con quien rectamente lo solicite. *A.G.*

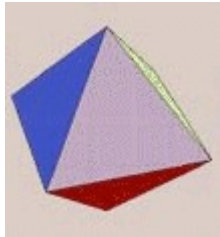
**CUERPOS PLATONICOS.** 1. Reciben el nombre de cuerpos platónicos las figuras de tres dimensiones cuyas caras son polígonos regulares convexos idénticos que convergen en vértices idénticos y cuyas aristas son de igual longitud. Los cuerpos platónicos, o poliedros regulares, se corresponden con los polígonos regulares bidimensionales: así como éstos pueden ser inscritos en una circunferencia, los cuerpos platónicos pueden serlo en una esfera. Ahora bien, a diferencia de los polígonos regulares, cuyo número es indefinido –es posible concebir y construir un polígono regular de un número de lados tan grande como se quiera–, sólo existen cinco poliedros regulares en la naturaleza: el tetraedro, el octaedro, el icosaedro, el cubo y el dodecaedro.

La superficie del tetraedro está formada por cuatro caras triangulares equiláteras y consta de seis aristas y cuatro vértices; en cada uno de ellos convergen tres caras y tres aristas.



Tetraedro

El octaedro tiene ocho caras que también son triángulos equiláteros, y posee doce aristas y seis vértices; cada vértice del octaedro es compartido por cuatro caras y cuatro aristas.



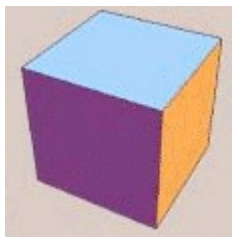
Octaedro

En cuanto al icosaedro, sus caras son veinte triángulos equiláteros, sus aristas son treinta, y sus vértices, doce; en cada uno de dichos vértices convergen cinco caras y cinco aristas



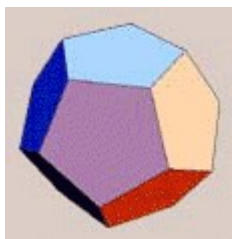
Icosaedro

El cubo tiene seis caras cuadradas, doce aristas y ocho vértices, y cada uno de los vértices es compartido por tres caras y tres aristas.



Cubo

Por último, el dodecaedro consta de doce caras pentagonales, treinta aristas y veinte vértices, cada uno de los cuales es común a tres caras y tres aristas.



Dodecaedro

2. Platón, de quien toman nombre estos cuerpos, describe la creación arquetípica de los poliedros regulares en el *Timeo* (31b), y les atribuye una correspondencia simbólica con los elementos –fuego, aire, agua, tierra– a partir de los cuales el demiurgo construye "el cuerpo de

este mundo". Unos y otros, elementos y figuras geométricas, son ideas cuyo entrelazamiento, expresado de maneras distintas pero unánimes en su significación por los diversos relatos cosmogónicos de la Tradición Hermética, produce el orden universal, acto simbolizado por la iluminación de la Logia masónica en la apertura de sus trabajos rituales.

La génesis de los elementos y de los poliedros regulares que son su forma se produce a partir del triángulo, la figura bidimensional primera y más simple mediante la cual es posible dividir reticularmente una superficie plana cualquiera:

En primer lugar, creo que para cualquiera está más allá de toda duda que fuego, tierra, agua y aire son cuerpos. Ahora bien, toda forma corporal tiene también profundidad. Y además, es de toda necesidad que la superficie rodee la profundidad. La superficie de una cara plana está compuesta de triángulos. Todos los triángulos se desarrollan a partir de dos, cada uno con un ángulo recto y los otros agudos. Uno tiene a ambos lados una fracción de ángulo recto dividido por lados iguales, el otro partes desiguales de un ángulo recto atribuidas a lados desiguales. En nuestra marcha según el discurso probable acompañado de necesidad, suponemos que éste es el principio del fuego y de los otros cuerpos. Pero los principios anteriores, a éstos los conoce dios y aquél de entre los hombres que es amado por él (*ibid.*, 53c-d).

Los "principios anteriores" a los que se refiere Platón en su exposición son los principios ontológicos, la tríada principal cuya refracción en el plano cosmológico produce la idea del triángulo, que a su vez modela la estructura de la Logia y establece la pauta de sus ritmos.

La narración del *Timeo* prosigue explicando la formación de cada poliedro regular. De los distintos triángulos rectángulos escalenos posibles (los que poseen "partes desiguales de un ángulo recto atribuidas a lados desiguales"), Platón, por boca de *Timeo*, evoca aquél

que tiene una hipotenusa de una extensión del doble del lado menor" (*ibid.*, 53d), es decir, aquéllos cuyos tres ángulos valen respectivamente 30°, 60° y 90°. La reunión y disposición conveniente de seis triángulos iguales de este tipo genera un triángulo equilátero. Seguidamente,

la unión de cuatro triángulos equiláteros según tres ángulos planos genera un ángulo sólido, el siguiente del más obtuso de los ángulos llanos. Cuatro ángulos de éstos generan la primera figura sólida, que divide toda la superficie de la esfera en partes iguales y semejantes (*ibid.*, 55a),

o sea, el tetraedro. El octaedro aparece

cuando se unen ocho triángulos equiláteros y se construye un ángulo sólido a partir de cuatro ángulos planos. Cuando se han generado seis de tales ángulos, se completa así el segundo cuerpo (*ibid.*, 55a).

Por su parte,

el tercer cuerpo (icosaedro) nace de ciento veinte elementos ensamblados (triángulos escalenos) y doce ángulos sólidos, cada uno rodeado de cinco triángulos equiláteros planos y con veinte triángulos equiláteros por base (*ibid.*, 55a).

La función del triángulo escaleno acaba con la generación del tercer poliedro regular. Corresponde al triángulo rectángulo isósceles (el que "tiene a ambos lados una fracción de ángulo recto dividido por lados iguales") intervenir en la producción del cubo

por composición de cuatro triángulos y reunión de sus ángulos rectos en el centro para formar un cuadrilátero equilátero (cuadrado). La reunión de seis figuras semejantes produjo ocho ángulos sólidos, cada uno de ellos compuestos según tres ángulos planos rectos. La figura del cuerpo creado fue cúbica con seis caras de cuadriláteros equiláteros (*ibid.*, 55b-c).

Platón atribuye cada uno de los cuatro cuerpos anteriores a un elemento: el tetraedro, al fuego, por ser la figura

más móvil, la más cortante y aguda de todas en todo sentido, y además, la más liviana, pues está compuesta del mínimo de partes semejantes (*ibid.*, 56a-b);

el octaedro,

la segunda (figura) más aguda, al aire, y la tercera (el icosaedro), al agua (*ibid.*, 56a);

y en lo que respecta al cubo,

la superficie cuadrada formada por dos equiláteros está sobre su base necesariamente de forma más estable que un triángulo, tanto en sus partes como en el conjunto. Por tanto, si atribuimos esta figura a la tierra salvamos el discurso probable (*ibid.*, 55e-56a).

Al quinto y último poliedro regular, el dodecaedro, Platón le asigna la síntesis de los cuatro elementos –esto es, la quintaesencia– refiriéndose a él de este modo:

Puesto que todavía había una quinta composición, el dios la utilizó para el universo cuando lo pintó (*ibid.*, 55c).

Así, el dodecaedro, cuya forma y relaciones intrínsecas están signadas por el quinario y la proporción áurea como el hombre, por la docena como el zodiaco y por la veintena y la treintena como los ciclos calendáricos, es un símbolo por excelencia del orden cósmico.

3. La doctrina de los cuerpos platónicos establece puentes entre la Geometría y el simbolismo alquímico en que se halla codificada la ciencia hermética de las transmutaciones del alma. Una vez sentadas las correspondencias entre los poliedros regulares y los elementos, el *Timeo* expone las mutaciones de que éstos son susceptibles habida cuenta de su estructura:

A partir de todo aquello cuyos géneros hemos descrito antes, muy probablemente se daría lo siguiente. Cuando el fuego choca con la tierra y con su agudeza la disuelve, ésta se trasladaría, ya sea que se hubiera diluido en el mismo fuego o en una masa de aire o de agua, hasta que sus partes se reencontraran en algún lugar, se volvieran a unir unas con otras y se convirtieran en tierra –pues nunca pasarían a otra especie–, pero si el agua es partida por el fuego, o también por el aire, es posible que surjan un cuerpo de fuego y dos de aire. Cuando se disuelve una porción de aire, sus fragmentos darían lugar a dos cuerpos de fuego. A la inversa, cuando el fuego, rodeado por el aire o el agua o alguna tierra, poco entre muchos, se mueve entre sus portadores, lucha y, vencido, se quiebra, dos cuerpos de fuego se combinan en una figura de aire; mas cuando el aire es vencido y fragmentado, de dos partes y media se forjará una figura entera de agua. Reflexionemos esto nuevamente así: cuando el fuego encierra alguno de los otros elementos y lo corta con el filo de sus ángulos y sus lados, dicho elemento deja de fragmentarse cuando adquiere la naturaleza de aquél –pues nada es capaz de cambiar a un género semejante e igual a él ni de sufrir nada a causa de lo que le es semejante e idéntico–, pero mientras el que se convierte en otro elemento, aunque inferior, lucha contra uno más fuerte, no cesa de disolverse. Y, a su vez, cuando unos pocos corpúsculos más pequeños, rodeados por muchos mayores, son destrozados y se apagan, si mutan en la figura del que domina, cesan de extinguirse y nace del fuego el aire, y del aire, el agua (*ibid.*, 56d-57b).

Esta mutabilidad de unos elementos en otros está implícita en la estructura de cada cuerpo platónico. El tetraedro (fuego), el octaedro (aire) y el icosaedro (agua) están formados respectivamente por 4, 8 y 20 caras triangulares equiláteras, o por 24, 48 y 120 triángulos escalenos idénticos, y su recombinación permite el tránsito de una a otra figura sólida:

Partiendo de los elementos constituyentes, la división, por ejemplo, del icosaedro dará nacimiento a 2 octaedros más 1 tetraedro, es decir, que la división de una parte de agua deja en libertad 2 partes de aire y 1 de fuego:  $20 = 8+8+4$  ó  $120 = 48+48+24$ . Y así ocurre con los otros sólidos–elementos, a excepción del cubo–tierra. De este modo, la obra del demiurgo por la acción de la inteligencia introduce en la materia las determinaciones numéricas y geométricas (C. Bonell, *La divina proporción. Las formas geométricas*, p. 104).



Asimismo, las relaciones geométricas que existen entre los cinco poliedros regulares determinan otras leyes de transformabilidad de unos cuerpos en otros:

Observemos primero que del octaedro se puede deducir el cubo y de éste el octaedro por medio de una transformación recíproca, tomando los centros de figura de todas las caras o haciendo pasar por los vértices planos tangentes a la esfera circunscrita. La misma relación de reciprocidad existe entre el icosaedro y el dodecaedro. El tetraedro, en particular, es autopolar, lo que quiere decir que se convierte en sí mismo por transformación recíproca (M. Ghyka, *Estética de las proporciones en la naturaleza y en las artes*).

Por otra parte, los vértices de un cubo son vértices de un tetraedro cuyos lados son diagonales de las caras de dicho cubo, y los puntos medios de los seis lados de un tetraedro son los vértices de un octaedro.

4. Si los cuerpos platónicos se corresponden con los elementos de la naturaleza, siendo "lo de abajo como lo de arriba" tal como atestigua la Tabla de Esmeralda, cabe considerar relaciones de analogía entre las figuras del *Timeo* y los cuerpos celestes, tal como hiciera Johannes Kepler en su *Mysterium Cosmographicum* (1596). El frontispicio de esta obra hermética, que sintetiza su tema principal, es

Pródromo (precursor) de disertaciones cosmográficas que contienen el secreto del universo, sobre la admirable proporción de los orbes celestes, y sobre las causas auténticas y verdaderas del número de los cielos, de su magnitud y de sus movimientos periódicos, demostrado por medio de los cinco cuerpos geométricos regulares. (ver A. Rioja y J. Ordóñez, *Teorías del Universo*, vol. I).

Kepler concebía, al igual que la Francmasonería, un universo ordenado por el Gran Geómetra en el que

hay una razón para cada hecho y esa razón debe buscarse en la geometría (*ibid.*).

Investigando, pues, en las formas de los cuerpos platónicos y sus proporciones, postuló que el número de planetas que orbitan en torno al Sol eran seis por haber sido establecidos tantos espacios interplanetarios como cuerpos platónicos existen, y que las distancias relativas entre los planetas así como el tamaño de sus órbitas eran proporcionales a las dimensiones de los poliedros regulares interpuestos. De este modo, y con arreglo a los datos astronómicos de que disponía, Kepler formuló el siguiente modelo cosmográfico:

A partir de un Sol inmóvil en el centro, a continuación se sitúa la órbita de Mercurio inscrita en un octaedro; la esfera de Venus circunscribe al octaedro y se halla inscrita en un icosaedro; la esfera de la Tierra circunscribe al icosaedro y se inscribe en un dodecaedro; la esfera de Marte circunscribe al dodecaedro y se inscribe en un tetraedro; la esfera de Júpiter circunscribe al tetraedro y se inscribe en un cubo; finalmente la esfera de Saturno circunscribe al cubo (*ibid.*).

5. La doctrina de los cuerpos platónicos es una alta enseñanza simbólica que se sitúa en el corazón de la Geometría y que, como tal, debe ser objeto de estudio por la Cámara de Compañero. Este es el espacio ritual en que se propone al Masón investigar la simbólica de las Artes Liberales a fin de avanzar en el conocimiento de sí mismo y del cosmos, de lo que las cosas son en verdad, a fin de efectivizar la conciencia permanente de la unidad del Ser que la iniciación promueve. Si algo es evidente en la narración platónica de la creación arquetípica de los poliedros regulares, formas simbólicas de los elementos de la naturaleza, es su signatura ternaria. El denominado átomo triangular del *Timeo*, impreso en todas las cosas que acceden al existir, es el símbolo de los principios del Ser y expresa la naturaleza interior del Conocimiento, la tríada indisociable compuesta por la Unidad reflejándose en un Binario para conocerse y, en ese gesto gratuito y misterioso, producir todas las Emanaciones. Lo mismo expresan, en la Logia masónica, la forma triangular del Delta luminoso, la tríada Delta-Sol-Luna, los tres estrados de Oriente y sus tres gradas, las tres Grandes Luces, los tres pilares del Templo, las tres Luces del Taller y los ritmos ternarios del batido de malletes y la aclamación escocesa, entre muchos otros símbolos. M. G.

ESPEJO. En el rito de iniciación del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, después de que el neófito haya verificado si alguno de los hermanos que forman la cadena de unión en la que es recibido pudiera haber sido anteriormente su enemigo para tenderle ahora la mano y olvidar el pasado, el Venerable Maestro le dice: "No es siempre delante de uno que se encuentran los enemigos. Los más temibles muchas veces están detrás. ¡Volveos!". Entonces, se le presenta un espejo que lo pone cara a cara consigo mismo; seguidamente, se da la vuelta al espejo para que pueda leer la inscripción que figura en su reverso: "Conócete a ti mismo".

El espejo, siendo una superficie o lámina de cristal azogada, casi siempre de mercurio, aunque también pueda ser de otro metal bruñido, refleja o representa lo que se pone ante él. A lo largo del camino iniciático, el adepto debe aprender que aquello que retrata el espejo es solamente su apariencia, una imagen transitoria del ser individual sometida a las leyes del devenir, una ilusión cambiante y contingente, y por tanto, todo aquello con lo cual no debe identificarse, ni reconocer como el fin del proceso, pues de ser así quedaría atrapado en la rueda de la vida y perdería la posibilidad de la verdadera realización metafísica, la cual está más allá de la naturaleza y cuya aprehensión excede las facultades humanas.

El mayor error y más grande enemigo del iniciado es identificarse con los aspectos puramente formales, caducos, egóticos y cambiantes del ser individual, en lugar de verlos como simples destellos o reflejos transitorios del Ser Universal, los cuales deben ser traspasados para fusionarse finalmente con la esencia supraformal, suprahumana, es decir, con lo inmutable, indimensionado, con el Sí mismo, análogo al *Atma* hindú o al principio masónico denominado Gran Arquitecto del Universo. Es también en este sentido que debe entenderse a la Masonería especulativa, ya que el término del cual procede, *speculum*, etimológicamente significa mirar, y ello alude precisamente a una mirada que penetra inteligentemente la interioridad o el sentido profundo de todos los símbolos que la Masonería conserva, afín de trascender la forma y ser uno con su esencia. Esto, por supuesto, no tiene nada que ver con las elucubraciones mentales y parciales a las que se ha visto abocada la Orden en nuestros días, sino más bien con reconocer el verdadero y único Espíritu del que ésta emana.

M.V.

FLORES. Las flores aparecen como elementos ornamentales y de ofrenda en numerosos ritos masónicos. Así, en el momento de la consagración de un templo, el Serenísimo Gran Maestro lanza flores hacia la bóveda celeste seguido por todos los Hermanos. En el rito de encendido de luces, ramos y guirnalda de flores decoran todo el templo. En el rito de reconocimiento conyugal se hace entrega de una cesta de flores a la esposa y de ramilletes para todas las damas que han asistido al acto. En el rito de iniciación, después de la entrega de los guantes al nuevo Hermano, se le regala una rosa (flor simbólica por excelencia en Occidente) destinada a la mujer que tiene más derecho a su respeto y amor. Flores multicolores decoran los ágapes y las fiestas solsticiales. Las flores se relacionan con los festejos, con la alegría y el júbilo, y también con la idea de lo efímero y perecedero, contribuyendo con sus formas, colores y aromas al embellecimiento del templo masónico.

Dos símbolos se relacionan e identifican especialmente con la flor: el de la copa o cáliz y el de la rueda. Como el primero, la flor representa la receptividad de los efluvios celestes, el principio femenino o pasivo de la manifestación -Prakriti en el hinduismo- y la substancia ununiversal, y por ello la flor guarda también una estrecha vinculación con el Santo Grial de la tradición occidental, el cual, en tanto que vasija, se corresponde con la receptividad, y por la sangre que contiene es símbolo del centro de la vida y también del centro del ser completo. Por otra parte, la flor, como la rueda, simboliza la manifestación cósmica.

En efecto, siendo el símbolo de la rueda la expresión del movimiento y la multiplicidad, también lo es de la inmovilidad original y de la síntesis. Es, asimismo, la expresión simbólica de la expansión y la concentración. (F. González, *La Rueda. Una imagen simbólica del cosmos*).

En ambos símbolos, y obedeciendo a unas leyes universales y a una misma idea geométrica, se produce el desarrollo de las indefinidas posibilidades de manifestación a partir de un centro oculto e invisible. Los radios de la rueda y los pétalos de la flor -en su abrirse y

desprenderse- representan el paso del origen indeterminado y misterioso al riquísimo, vasto y novedoso despliegue de todo lo creado, que llegando al límite de su expresión, debe ser finalmente reabsorbido por el principio del cual procede. De esta manera, la presencia de las flores en los templos masónicos recuerda que éstos son arcas de símbolos universales presentes en todas las tradiciones. M.V.

MORAY, Robert (1607/8-1673). Fue el primer masón registrado en una logia escocesa (Edimburgo, 20 de Mayo de 1641) con intereses herméticos y científicos. Excelente matemático, general militar, ingeniero técnico arquitecto, experto en edificaciones militares, jugó un importante papel en la Masonería de transición, el periodo en que se estaba produciendo el paso de la Masonería operativa a la especulativa, y en el que se estaba dando la coexistencia de ambos tipos de logias.

Amigo y maestro de Thomas Vaughan, quien fuera primer traductor al inglés de los Manifiestos Rosacruces, editados en 1652 a partir de un manuscrito perteneciente a la familia de Moray. Documentos Rosacruces también copiados a mano por otro amigo de Moray, el importante hermetista y masón Elías Ashmole, compañero fundador de la Royal Society de Londres, institución de la cual Moray fue su primer presidente. Estas relaciones humanas y los hechos y realizaciones a que dieron lugar, adquieren gran relevancia dado que se refieren a ciertas corrientes de pensamiento que confluyendo en la síntesis de la idea, dieron nacimiento a la actual Masonería.

Todas estas coincidencias y otras- dice Federico González al referirse a este periodo- nos hacen pensar en las sociedades secretas propias de ese tiempo en toda Europa y que también se dieron en las Islas Británicas, y es frecuente en varios autores destacar al Rosacruz como uno de los orígenes de la Masonería, así como otros reclaman la filiación templaria. De hecho estas dos corrientes no tienen por qué contraponerse (*Ibid.*).

y René Guénon apunta:

se dice que los templarios que escaparon a la destrucción de su orden se disimularon entre los obreros constructores; si algunos no quieren ver ahí más que una 'leyenda' la cosa no es menos significativa por su simbolismo; y por lo demás, de hecho, es indiscutible que por lo menos algunos hermetistas actuaron así, concretamente entre aquellos que se vinculaban a la corriente rosacruciana. (*Iniciación y Realización Espiritual*, cap. XXVIII ).

En 1647, seis años después de su iniciación masónica, se casa con Sofía, hija de David Lindsay, Lord Balcarres, quien a su vez estaba casado con una hija de Alexander Seton, entrando a formar parte de las familias Lindsay y Seton-Montgomery, nobles familias escocesas de tradición esotérica, conocidas también como familias de los *Old Charges* ("Antiguos Deberes"). A este respecto Michael Baigent y Richard Leigh en su libro *Des Templiers aux Franc-Maçons* dicen lo siguiente:

Moray ofrece justamente ese género de referencias. Parece típicamente representativo de la masonería del siglo XVII. Dado el caso podría ser definido como la fusión de las tradiciones transmitidas por la Guardia escocesa y las familias de la nobleza escocesa -tales como los Lindsay y los Seton-, de la química o alquimia y del rosacrucianismo venidos del continente, y de diversos intereses científicos y filosóficos que prevalecían en el 'Colegio invisible' y, más tarde, en la Royal Society.

Mª A. D.

NOMBRE SIMBOLICO. Cuando el postulante a la iniciación masónica es conducido ante la puerta del templo tiene un nombre profano que es la expresión exterior de una serie de características de su individualidad física y psíquica y con el cual se lo ha designado hasta ese momento. Después del rito de iniciación, donde se produce una muerte real al mundo ilusorio y aparente y un renacimiento simultáneo a la verdadera sacralidad de la existencia, el neófito

debe reconocer por sí mismo un nuevo nombre con el que se lo identificará y reconocerá dentro de la Logia. Con respecto a esto nos dice René Guénon (*Aperçus sur l'Initiation*, pág.183):

Ya hemos insistido sobre la concepción de la iniciación como un "segundo nacimiento"; y es precisamente por una consecuencia lógica inmediata de esta concepción que, en el interior de numerosas organizaciones, el iniciado recibe un nuevo nombre, diferente del profano; y esto no es una simple formalidad, dado que este nombre debe corresponder a una modalidad igualmente diferente de su ser, aquella cuya realización se hace posible por la acción de la influencia espiritual transmitida por la iniciación.

Además, no es de extrañar que en este recorrido iniciático el individuo vaya cambiando de nombre, pues:

Podemos ir aún más lejos: a cada grado de iniciación efectiva corresponde todavía otra modalidad del ser; aquél [refiriéndose al iniciado] deberá, pues, recibir un nuevo nombre por cada uno de estos grados. (*ibid.*).

Así, estos nombres simbólicos representan las envolturas que velan y al mismo tiempo revelan la esencia de un ser individual. Pero cuando esa individualidad, plenamente realizada, alcanza el estado del Hombre Verdadero y empieza el recorrido por los Grandes Misterios, es decir  por  los  estados  incondicionados,

un ser tal, en verdad, ya no tiene nombre, ya que éste es una limitación de la cual está liberado en lo sucesivo; podrá, si ha lugar, adoptar cualquier nombre para manifestarse en el dominio individual, pero ese nombre no le afectará de ninguna manera y le será tan "accidental" como una simple vestidura que se puede quitar o cambiar a voluntad. (*ibid.*, pág. 185).

M.V.

PALANCA. La palanca es una herramienta que, juntamente con la regla, se entrega al Aprendiz postulante a Compañero para realizar el segundo viaje simbólico en el rito de Aumento de Salario, además de constituir uno de los útiles propios que se ponen a su consideración y estudio durante este nuevo periodo de aprendizaje. Tanto su diseño como su funcionamiento es muy simple: consiste en una barra de hierro de longitud variable y doblada por sus dos extremos en sentidos opuestos, la cual, por un lado, evoca el simbolismo axial del Eje del Mundo, al tiempo que permite al obrero levantar grandes cuerpos pesados cuya elevación le sería difícil o imposible si contara únicamente con sus limitadas fuerzas humanas. Para ello, se debe colocar uno de sus extremos bajo el material a elevar -lo que simultáneamente fija un punto de pivote y de apoyo inmóvil-, y aplicar con las manos sobre el otro extremo una fuerza descendente, en el mismo sentido en que el objeto es atraído hacia la tierra. Si la longitud del brazo de la palanca desde el punto donde se ejerce la presión hasta el punto de apoyo es mayor que la que dista entre dicho punto y el otro extremo de la barra, se multiplica la fuerza aplicada y se opera la elevación. El secreto de la multiplicación de la fuerza emana de la presencia del punto inmóvil, y su efectividad, de la justa proporción de las distancias explicadas anteriormente. Como resultado de las dos fuerzas descendentes (la que ejerce el hombre y el peso del objeto) se opera un impulso en sentido inverso, es decir vertical-ascendente, que remonta el cuerpo sobre el que trabaja la palanca.

En el deambular del segundo viaje simbólico que el postulante efectúa con la regla en la mano izquierda y la palanca en la derecha (ubicación que se corresponde respectivamente con el aspecto pasivo y activo de cada útil), aquel se detiene frente al sitial del Hermano Tesorero – el guardián del Tesoro de la Logia- y lee un epígrafe en el que figura el nombre de los cinco estilos arquitectónicos. Acto seguido se le insta a convertirse en una columna viva y a ser 'uno de  los  pilares  inquebrantables  del  templo'.

La palanca es una herramienta que cumple una importante función simbólica en esta magna obra de edificación, tanto exterior como interior, y por su diseño y función contribuye a la elevación de las piedras que podrán entonces ser ubicadas en el lugar justo que les

corresponde dentro del templo. Si por las leyes de la analogía transponemos esta labor constructora que se ayuda de la palanca al proceso de realización espiritual, descubrimos que aplicando la voluntad y el discernimiento con estrategia y proporción, y ubicándonos en la inmutabilidad de un punto, es posible vencer todas las dificultades y resistencias y conocer el lugar que cada cual ocupa en la armonía del Todo. Además, la palanca, al elevar, provoca una ruptura de nivel, lo cual es análogo a la apertura de estados de conciencia del Ser cada vez más sutiles y universales, promovidos por el recorrido siempre ascendente del proceso iniciático.

Arquímedes de Sicilia pedía un punto fuera de la tierra para contrabalancear él mismo la tierra entera, pues afirmaba que, mientras estuviera en ella, no tendría fuerza suficiente" (Sinesio de Cirene, *Sobre los sueños. En Himnos y Tratados*. Ed Gredos, Madrid, 1993, pág. 257).

La palanca cósmica apuntada por este autor señala 'un punto fuera de la tierra', análogo al punto geométrico donde se reúnen los masones -que no está en ninguna parte por corresponder al estado de conciencia de Unidad libre de todo condicionamiento-, capaz desde su inmutabilidad de imprimir el impulso y movimiento a todo el orbe. Esta imagen relaciona a la palanca con la virtud de la Fe, entendida como la experiencia certera que todo el poder, la fuerza y el establecimiento del orden universal son de naturaleza divina y surgen de un punto prístino capaz de 'mover montañas'. En este sentido, vemos también la relación entre dicho establecimiento y el significado de la palabra sagrada del segundo grado simbólico. M. V.

PAVIMENTO MOSAICO. En el centro de la Logia se extiende el Pavimento Mosaico, tapiz de cuadros blancos y negros exactamente iguales que los del tablero de ajedrez, cuyos orígenes son también simbólicos y sagrados como el de la mayoría de juegos. El pavimento mosaico es sin duda un símbolo de la manifestación que, efectivamente, está determinada por la lucha y delicado equilibrio que entre sí sostienen las energías positivas, masculinas y centrífugas (*yang*, luminosas) y las energías negativas, femeninas y centrípetas (*yin*, oscuras), expresadas también en la alternancia de los ritmos y ciclos de la naturaleza y el Cosmos. Esas mismas energías están representadas por el Sol y la Luna, que en la Logia se encuentran presidiendo el Oriente, a uno y otro lado del Delta luminoso.

Extendido como decimos en el centro del templo, el pavimento mosaico es un tapiz cuadrangular que evoca la forma de cuadrado largo de la Logia y del cuadro de Logia. De hecho reproduce a su escala las dimensiones horizontales de la Logia, y el encuadre que genera determina un espacio sagrado y significativo, una "Tierra Sagrada" como se dice expresamente en las lecturas del Rito Emulación inglés. En ese tapiz están representados una serie de cuadrados alternativamente blancos y negros, exactamente igual que las casillas de ajedrez. Tanto en el pavimento de mosaico como en el tablero de ajedrez, los cuadros blancos y negros simbolizan respectivamente la luz y las tinieblas, el día y la noche, y en general todas las dualidades cósmicas surgidas de la "reflexión" bipolar de la Unidad o Ser universal. Dicha dualidad se encuentra representada también en el conocido símbolo extremo-oriental del yin-yang, cuyas dos mitades inseparables, una clara y otra oscura, se corresponden con la disposición de los cuadrados del pavimento. En este sentido, el color blanco simboliza las energías celestes, activas, masculinas y centrífugas, y el color negro las energías terrestres, pasivas, femeninas y centrípetas. Las primeras se oponen a las segundas, y viceversa, al mismo tiempo que se complementan y conjugan (atraídas como los polos positivo y negativo de un imán), determinando en su perpetua interacción el desarrollo y la propia estructura de la vida cósmica y humana. Esa estructura se genera igualmente por la confluencia de un eje vertical -celeste- y otro horizontal -terrestre- (ejemplificados en el pavimento por las líneas transversales y longitudinales), conformando un tejido o trama cruciforme, un cuadrículado, en fin, que refleja las tensiones y equilibrios a que está sometido el orden de la creación. Asimismo, también puede equipararse la vertical al tiempo y la horizontal al espacio (el primero activo con respecto al segundo, al que moldea permanentemente), es decir, a las dos coordenadas que establecen el "encuadre" que permite la existencia de nuestro mundo y de todas las cosas en él incluidas.

La idea de ese orden está ya implícito en el significado de la palabra 'mosaico', que deriva

del griego musèion, literalmente "templo de las musas (de donde procede también 'museo'), expresión ésta que conviene perfectamente a la Logia masónica, recinto sagrado en donde cada una de sus partes y la totalidad de su conjunto constituyen una síntesis simbólica de la armonía universal. Al igual que el mandala el pavimento de mosaico es, pues, una imagen simbólica representativa de ese orden, en el que el iniciado ha de integrarse plenamente conciliando en su naturaleza las influencias procedentes del Cielo y de la Tierra, lo que le permitirá recuperar finalmente la unidad de su ser.

Mas tratándose de un símbolo iniciático el pavimento mosaico también se presta a una interpretación metafísica, aparte de la propiamente cosmológica. Desde ese punto de vista más elevado el color negro simboliza las "tinieblas superiores", es decir lo no-manifestado, y el color blanco lo manifestado, en tanto que símbolo de la "luz" creadora. A este respecto, R. Guénon señala que el color negro del pavimento mosaico simbolizaría el "Sí Mismo" (lo supra-individual), y el blanco el "yo" (lo individual), que al igual que los dos pájaros de que se habla en las Upánishads de la tradición hindú,, representan lo que en el ser constituye su parte inmortal y su parte mortal, respectivamente.

Ello evoca, además, nos dice Guénon, otro símbolo, el del águila bicéfala negra y blanca que figura en ciertos altos grados masónicos, nuevo ejemplo que, con tantos otros, muestra una vez más que el lenguaje simbólico tiene carácter verdaderamente universal". (*Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, cap. XLVII).

F.

A.

PITAGORAS Y PITAGORISMO. 1. Pitágoras nació en la isla griega de Samos alrededor del año 580 a.C. Es, junto con Platón, el personaje más importante de la Antigüedad Clásica, pues de ellos derivan las ideas-fuerza que llenarán de contenido la cultura occidental dándole una unidad de pensamiento que ha perdurado hasta la actualidad. A Pitágoras se debe el origen de la palabra Filosofía, al considerarse él mismo un amigo (filo) de la Sabiduría (Sofía), referido a aquella que verdaderamente rescata al ser humano de la ignorancia procurándole la *Gnosis*, el Conocimiento de sí mismo, y cuyas claves simbólicas transmitió a todos aquellos, hombres y mujeres, que se reunieron en torno a su palabra, inspirada directamente por Apolo, el dios del sol hiperbóreo y Arquitecto de los Mundos, de quien Pitágoras recibió la revelación del Número y la Geometría como paradigmas de la Creación y fundamento de la Ciencia y el Arte sagrados. Un neopitagórico alejandrino del siglo I d.C., Nicómaco de Gerasa, escribió en su obra *Introducción a la Aritmética* que

Todo lo que la naturaleza ha dispuesto sistemáticamente en el Universo parece haber sido, tanto en sus partes como en el conjunto, determinado y puesto en orden de acuerdo con el Número, por la previsión y el pensamiento de Aquel que creó todas las cosas; pues el modelo estaba fijado, como un bosquejo preliminar, por la dominación del Número preexistente en el espíritu del Dios creador del mundo, número-idea, puramente inmaterial en todos sus aspectos y, al mismo tiempo, la verdadera y eterna esencia, de manera que de acuerdo con el Número, como de conformidad con un plano artístico, fueron creadas todas las cosas, y el Tiempo, el movimiento, los cielos, los astros y todos los ciclos de todas las cosas.

O como dice Federico González: dicho

Para la doctrina pitagórica el 'Número' es la 'medida' de todas las cosas y la raíz de las proporciones de la Armonía Universal, manifestada por la música, las matemáticas y la gramática, como lo atestiguan sus famosos versos de oro, donde estas ciencias están allí reunidas, conformando una Cábala de la que tampoco están excluidas las estrellas y los planetas y que tienden a la transmutación del ser humano mediante la Inteligencia, la Sabiduría, el Amor y la Belleza. (*El Tarot de los Cabalistas. Vehículo Mágico*).

Pitágoras encontró en la *Tetraktys* (sobre la que prestaban su juramento los pitagóricos) el modelo numérico y geométrico que mejor expresaba esa Armonía, pues, como dice de nuevo

Nicómaco

de

Gerasa,

ella

sirve de medida para el todo como una escuadra y una cuerda en manos del Ordenador.

Platón hereda la esencia de la doctrina pitagórica y la vierte sobre todo en el *Timeo*, su libro cosmogónico por excelencia.



### *Pitágoras*

Pitágoras es el continuador de la tradición órfica y sus misterios iniciáticos, que adapta a su tiempo, recibiendo también las enseñanzas cosmogónicas y metafísicas de los sacerdotes egipcios (es decir de Thot-Hermes) y de los astrónomos-astrólogos caldeos durante el transcurso de los viajes que realizó por Egipto, Siria y Babilonia. Como nos dice Diógenes Laercio, uno de los más antiguos biógrafos de Pitágoras:

Jóven y ávido en ciencia, abandonó su patria y fue iniciado en todos los ritos místéricos, tanto en los griegos como en los bárbaros. Luego fue a Egipto...; de allí pasó a conocer a los caldeos y a los magos. A continuación en Creta con Epiménides entró en la caverna de Ida, pero también en Egipto había entrado en los santuarios y había aprendido los arcanos de la teología egipcia. Desde allí regresó a Samos y, al hallar a su patria bajo la tiranía de Polícrates, se embarcó hacia Crotona de Italia. Allí otorgó leyes a los italiotas y logró una gran fama junto con sus seguidores, que en número de unos trescientos administraban de manera óptima la cosa pública, de modo que su gobierno fue casi una aristocracia.

El pensamiento de Pitágoras fue recogido por sus discípulos y difundido por toda la cuenca mediterránea y el Cercano Oriente, alumbrando especialmente en la Alejandría hermética y gnóstica de los primeros siglos de nuestra era, influenciando a los primeros Padres de la Iglesia (como los neoplatónicos Clemente de Alejandría, Dionisio Areopagita, Orígenes, Máximo el Confesor y San Agustín), por cuyo conducto pasa a la Edad Media, resurgiendo con fuerza durante el Renacimiento. De hecho, la concepción pitagórica del Número-Idea y la estructura geométrica y filosófica que le acompaña y que lo traduce al lenguaje humano también influye en el esoterismo judío (la Cábala) e islámico (el Sufismo), y desde luego no ha dejado de estar presente en el pensamiento científico y matemático de los últimos siglos.

2. El resurgimiento de la doctrina pitagórica se dio también entre los arquitectos y constructores medievales y renacentistas (herederos de los *Collegia Fabrorum* romanos impregnados también de pitagorismo), en cuyas leyendas y mitos fundacionales contenidas en los *Old Charges* (p. ej. en el manuscrito Cooke y el Watson, entre otros) aparece la figura de Pitágoras asociada casi siempre al dios Hermes, conformando ambos las dos corrientes

sapienciales que nutrirán la Orden: el hermetismo que asegurará la protección del dios a través de la Filosofía, es decir del Conocimiento, y el pitagorismo, que dará los elementos aritméticos

y geométricos necesarios que reclama el simbolismo constructivo." (Federico González: *Hermetismo y Masonería*, cap. II)

Precisamente entre los antiguos masones de habla inglesa, existió también una leyenda según la cual un tal Peter Gower, originario de Grecia, trajo a los países anglosajones determinados conocimientos relativos al arte de la construcción. Algunos autores, entre ellos René Guénon, afirman que este personaje, Peter Gower, no era sino el mismo Pitágoras, o mejor dicho, la ciencia de los números y la geometría que a través de las cofradías de constructores se introdujeron en las islas británicas, al mismo tiempo que en todo el continente.

Ciertamente el Pitagorismo ha dado numerosos símbolos a la Masonería, o en cualquier caso muestran una identidad palpable con algunos de los símbolos más importantes de la cofradía fundada por el maestro de Samos. Tal es el caso del Delta Luminoso, símbolo en la Masonería del Gran Arquitecto del Universo, y que se corresponde perfectamente con la *Tetraktys* anteriormente nombrada. Tenemos asimismo la conocida "estrella pentagramática" o pentalfa, de suma importancia en la simbólica del grado de compañero (donde recibe el nombre de "estrella flamígera"), y que los pitagóricos consideraban como su signo de reconocimiento y un emblema del hombre plenamente regenerado. Entre los arquitectos medioevales el pentagrama fue uno de los módulos principales en el diseño de los planos de las catedrales y otros edificios de carácter civil, pues según ellos en esa figura geométrica, presente en la estructura de muchos seres vivos, se revela la Inteligencia constructora del Gran Arquitecto. Asimismo, triángulo rectángulo de lados 3-4-5 (el famoso "Teorema de Pitágoras", el cual, como tantas otras cosas, el maestro griego recogió de los egipcios, aunque era conocido también por caldeos, chinos e hindúes), es otro de los símbolos que confirman la vinculación entre el Pitagorismo y la Masonería; por no hablar de la Plancha de Trazar, o Plancha Tripartita (basada en la "tabla de Pitágoras"), y estrechamente ligada al simbolismo de los nueve primeros números y al grado de Maestro, y que está también en el origen del alfabeto masónico. Acerca de la Plancha de Trazar he aquí lo que nos dice Arturo Reghini:

Ella indica a los franc-masones que sus construcciones deben basarse sobre las propiedades de los números o de la geometría, y, simbólicamente, que los trabajos masónicos deben estar ejecutados teniendo en cuenta las propiedades de los números sagrados. (*Los Números en la Tradición Pitagórico Masónica*, cap. VI).

Asimismo tampoco debemos olvidarnos que "la ley del silencio" practicada por los masones también tiene su origen en la cofradía pitagórica, en donde los neófitos guardaban silencio durante cinco años, técnica ésta que tiene un valor iniciático incontestable, por cuanto que ello facilita la concentración y la asimilación de las elevadas enseñanzas recibidas.

Por tanto, la herencia que la Masonería recibe del Pitagorismo es sobre todo la de la Aritmética y la Geometría, y recordaremos, a este respecto, que en el frontispicio de la Academia de Atenas, Platón (que según algunos recibió la iniciación pitagórica a través de Arquitas de Tarento, uno de los más importantes matemáticos de la Antigüedad) hizo grabar una inscripción que rezaba: "Que nadie entre aquí si no es geómetra", sentencia que podría estar grabada perfectamente en el pórtico de entrada a la Logia masónica, pues efectivamente dentro de ella los masones no hacen sino imitar la propia actividad creadora del Gran Arquitecto mediante la utilización del Compás, la Escuadra, la Regla, el Nivel y la Perpendicular.

F.

A.

PUERTA. Entre los símbolos de pasaje destaca el de la Puerta y particularmente, en el simbolismo masónico, el de la Puerta del Templo que representa el umbral que separa lo profano de lo sagrado. Si el Templo simboliza al Cosmos, el mundo verdadero, el espacio sagrado y significativo análogo a la Ciudad Celeste, todo lo que está fuera de él significa el mundo profano, la realidad material, ilusoria y transitoria que el iniciado ha de trascender; la Puerta del Templo separa a la vez que une estas dos realidades sirviendo de paso entre un estado y otro.

En el Templo masónico la puerta de entrada al mismo se coloca al Occidente. Es esta la primera puerta que se debe franquear, la que conecta al iniciado con la cosmogonía. Esa



puerta está custodiada por el Hermano Guarda Templo que impide el paso a las fuerzas profanas y al mismo tiempo protege y permite el acceso de los iniciados y de los aspirantes que son dignos de la iniciación.

Pedir la entrada en la Orden Masónica es "llamar a la Puerta del templo", pero no será posible atravesar ese umbral si no se sabe llamar correctamente. Al neófito se le muestra cómo llamar a la puerta durante el ritual de iniciación, y en el Instructivo del Primer Grado se le enseña que fue introducido en Logia por tres grandes golpes que significan: pedid y se os dará (la Luz); buscad y encontraréis (la Verdad); llamad y se os abrirá (la Puerta del Templo). La puerta que atraviesa el postulante es baja, de difícil entrada y cada acceso a uno de los distintos grados de la iniciación supone simbólicamente el atravesar una puerta. En cada grado se ha de llamar de modo diferente y esas puertas sucesivas, cada vez más estrechas, van dando paso a estados del ser más y más sutiles.

La Puerta del Templo es análoga a la Puerta de los Cielos; estas puertas no pueden abrirse si no se cuenta con las llaves adecuadas, y son justamente los símbolos y los ritos los que constituyen las claves necesarias para que ese acceso sea posible. Pero si por la primera el paso se realiza en la vía horizontal, el acceso por la segunda es más bien axial, en dirección vertical, realizándose así el paso de lo cósmico a lo supracósmico que se produce por la Puerta del Sol, representada por el centro de la cúpula o vértice de la pirámide, del que pende la plomada del Gran Arquitecto.

Es importante, en relación con este símbolo, mencionar lo relativo al profundo significado de las puertas solsticiales. (Ver *Solsticio*). F. T.

RAMSAY, Andrew Michael (1686-1743-1748). Conocido como el Caballero Ramsay, de origen escocés, murió en Saint-Germain-en-Laye, Francia. Fue preceptor de grandes familias: Wemyss, Sassenage, Estuardo, Château-Thierry, Boillon. Hecho caballero de San Lázaro por el Duque de Orleans, regente de Francia y Gran Maestre de esa Orden. Escritor, es autor, entre otras obras de: *The Philosophical principles of natural and revealed religion unfolded in geometrical order* ("Los Principios Filosóficos de la religión natural revelados y expresados en el orden geométrico") o *Travels of Cyrus* (Los Viajes de Ciro) novela de 1727, cuyo protagonista, Ciro, es un viajero en busca de los discípulos de Zoroastro en Persia y de Hermes Trismegisto en Egipto, con algunos de los cuales entra en contacto y dialoga.

Gran Orador de la Orden francesa, Ramsay fue uno de los personajes que más ayudó a la difusión de la Masonería en Francia durante el siglo XVIII, logrando una gran fama por su *Discurso*, pronunciado en 1736 en la Logia de Saint Thomas N° 1 de París, primera Logia fundada en Francia en 1725 por nobles ingleses, siendo el mismo que pronunció, con leves cambios, en 1737 ante la asamblea de la Orden francesa, todo lo cual ha llevado a Daniel Ligou a decir, en su *Diccionario de la Masonería*, que "es sobre todo el *Discurso* de Ramsay el que hace de él una de las columnas de la Masonería francesa".

El *Discurso* de Ramsay ponen de manifiesto el espíritu que alimentaba el pensamiento de aquellos hombres arraigados todavía en la cultura del Renacimiento, y que gestaron la Masonería actual, con su escala de grados. Ramsay, su figura y su trabajo masónico, evidencian el nexo visible que existe entre la Masonería escocesa y la francesa, siendo precisamente en Francia donde apareció el denominado Rito de Perfección de 25 grados, que pasaría en 1801 en Filadelfia, USA, a convertirse en el actual y más practicado de todos los Ritos, el Escocés Antiguo y Aceptado de 33 grados. No es casual, pues, que algunos hayan creído ver justamente en este *Discurso* el origen mismo de los altos grados, aunque lo más importante es ver en esta arenga del Caballero Ramsay el vínculo con una cadena de pensamiento esotérico ininterrumpido convergiendo en la simbólica de la Masonería.

Se trata de un discurso donde se relata tanto el origen mítico y legendario de la Tradición Hermética y la Ciencia Sagrada como su expresión en el tiempo y las vicisitudes históricas por las que ésta ha tenido que pasar hasta resurgir con el nombre de Franc-Masonería en Gran Bretaña, que se convirtió en un momento dado en sede de la Ciencia arcana, desde donde se expandió a Francia y al resto de Europa y América. Estos son algunos fragmentos de tan sugerente discurso:

Horacio antiguamente fue un orador de una gran logia establecida en Roma por Augusto, mientras Mecenas y Agripa eran sus vigilantes. Las mejores odas de este poeta son himnos que se cantaban en las famosas fiestas de Ceres en Eleusis, las de Minerva en Atenas y las de Isis en Egipto. (...) Nuestra ciencia es tan antigua como el género humano, pero no se puede confundir la historia general del arte con la historia particular de nuestra sociedad. En todos los países y en todos los siglos, han existido arquitectos, pero todos estos arquitectos no eran francmasones iniciados en nuestros misterios. (...) El nombre de franc-masones no debe por lo tanto ser tomado en sentido literal, vulgar y material, como si nuestros instructores hubieran sido simples trabajadores de la piedra o del mármol, o simplemente genios curiosos que querían perfeccionar las artes y especialmente la arquitectura, sino que estaba compuesta también de otra clase de hombres que quieren edificar y proteger los templos vivos del Altísimo.

Perteneció al círculo de Newton y, como él, también fue miembro de la Royal Society, lo cual muestra que la tal Sociedad fue creada por un espíritu hermético-científico, aunque con el tiempo esta institución se vio influenciada por la tendencia mecanicista y literalista (profana) que le haría perder la conexión intelectual con sus creadores, lo que equivale a decir que perdió el vínculo con la cosmovisión de ese hermetismo científico, lo cual sucede cuando se dejan de considerar los hechos experimentales como manifestaciones o reacciones de las fuerzas sutiles y espirituales.

Este histórico *Discurso* fue publicado en 1995 en París por Patrick Négrier dentro de una antología titulada: *Textes Fondateurs de la Tradition Maçonnique 1390-1760* y en 1997, igualmente en sus dos versiones, por la revista *Symbolos* que lo incluyó también como parte de una antología masónica.

Mª A. D.

SECRETARIO. El Secretario ocupa el quinto lugar dentro de la estructura jerárquica de la Logia y junto con el Orador y las Tres Luces forma el Consejo de Familia de la misma.

Como representante de la Memoria de la Logia simboliza también la Memoria de la Tradición Masónica y de las Artes y Ciencias que la Orden ha heredado de muy diversas culturas y pueblos.

Su joya o símbolo distintivo está formado por dos plumas entrecruzadas en X que representan la escritura y por ende la ciencia de las letras y las palabras. Se le relaciona también simbólicamente con el dios Hermes que entre otros atributos tiene el de ser Escriba de los Dioses.

Su función principal en los trabajos del Taller es la de preparar, leer y hacer aprobar la Plancha de Arquitectura (el acta) de los trabajos de cada tenida, que procura plasmar de modo sintético lo más significativo acontecido durante la tenida, así como las plancha presentadas y las manifestaciones de los hermanos, haciendo énfasis sobre todo en el mensaje iniciático que se vierte en cada tenida y su traducción simbólica. El conjunto de esas Planchas, denominado Libro de Arquitectura, es el recuerdo de la vida del Taller.

El Secretario es el encargado de llevar la correspondencia de la Logia y normalmente se le asignan también funciones de Archivero o custodio de los archivos y Guarda Sellos. El Gran Secretario cumple las mismas funciones con relación a la Obediencia. F. T.

VAUGHAN, Thomas (1612-1666). Conocido también como Eugenio Filaleteo, fue el primer traductor al inglés de los manifiestos rosacruces la *Fama* y la *Confessio*, pues aunque circulaban ya en manuscritos, esta versión de 1652, según ha podido constatar en su libro *El Iluminismo Rosacruz* la historiadora Frances A. Yates, "fue un acontecimiento verdaderamente memorable", pues evidentemente esta versión en letra de imprenta impulsó notablemente su difusión.

Fue discípulo y amigo del masón Sir Robert Moray, quien le entregó el manuscrito del fondo de las colecciones de "papeles" que tenía su suegro, Lord Balcarres. Vaughan dice haber basado su traducción de los manifiestos de otra escrita "por mano desconocida". Se llamó a sí mismo "filósofo de la Naturaleza" declarando ser seguidor de Enrique Cornelio Agrippa y de su

obra *La Filosofía Oculta*, así como de Platón, y se jactaba de tener cierta hostilidad hacia Aristóteles y Descartes. Aunque no hay señales de su filiación masónica a una logia específica, cosa bastante corriente en esa época de atmósfera secretista, su relación con masones y su influencia sobre la Orden fue muy directa. Vaughan estaba totalmente impregnado del pensamiento hermético y atento a la orientación que estaba tomando el Conocimiento Tradicional, reconociendo estar ligado intelectualmente al “Colegio Invisible” de la Rosa Cruz. Esto es lo que escribió en la introducción que hizo a la traducción de los dos manifiestos rosacruces:

La atención que yo les presté primero fue despertada por sus libros, pues los he reconocido como verdaderos filósofos... Sus principios están enteramente de acuerdo con la antigua y primitiva sabiduría. (Sedir, *Historia y doctrina de la Rosa Cruz*).

Fue un personaje principal que da testimonio de una época en la cual los conocimientos humanos, la ciencia, la filosofía, así como las órdenes de caballería, los colegios artesanales y en definitiva el pensamiento hermético se replegaba y condensaba en la Francmasonería. La misma F. A. Yates nos informa del reconocimiento público obtenido por los manifiestos la *Fama* y la *Confessio*, síntesis de ese pensamiento, y anota una frase muy ilustrativa tomada de una obra del teólogo John Webster en la que éste aconseja que:

la filosofía de Hermes resucitada por la escuela de Paracelso sea enseñada en las universidades.

Se conserva un ejemplar de esta edición de los Manifiestos llevada a cabo por Vaughan, que está depositado en la Biblioteca de la Universidad de Yale; se trata del ejemplar que perteneció a Isaac Newton y que conserva anotaciones y la firma del científico, ya que esta obra y otras de sabios hermetistas, como Michel Maier o John Dee, constituían los principales libros de estudio de Newton, lo cual nos permite observar las rutas de comunicación creadas por una misma corriente de pensamiento, en este caso la tradición de Hermes.

A Vaughan (Eugenio Filaleteo) se le confunde a veces con Ireneo Filaleteo, seudónimo que empleó otro adepto de la Tradición Hermética cuyo nombre parece que fue George Starkey. *M<sup>a</sup> A. D.*

WREN, Christopher (1632-1723). Arquitecto, inventor de máquinas de matemáticas y astronomía, gran estudioso de la Ciencia y el Arte y alto dignatario de la Orden Masónica, justamente el último Gran Maestro de la Masonería antigua. Fue amigo de otros ilustres masones, como Elías Ashmole o Robert Moray, y cofundador con ellos de la Royal Society de Londres, además de uno de sus presidentes. Wren es figura relevante en la historia de su país y en la historia de la propia Masonería, ya que tras el famoso incendio de Londres, en 1666, en el que ardió el ochenta por ciento de la ciudad, con edificios tales como la catedral de San Pablo, fue necesario recurrir a una mano de obra especializada, capaz de llevar a cabo aquella monumental reconstrucción. El encargo recayó en este hombre, quien supervisó la obra dirigiendo a todo tipo de artesanos, constructores, carpinteros, vidrieros, forjadores, etc. Michael Baiget y Richard Leigh, en su obra *Des Templiers aux Franc-Maçons* recogen el acontecimiento y comentan que a medida que la nueva ciudad tomaba forma, crecía el prestigio y el respeto de las gentes por sus arquitectos y constructores, y señalan el clima de auténtica hermandad que se dio entre los artesanos operativos y los masones especulativos. Llegan a la conclusión de que el personaje más importante en este contexto es Sir Christopher Wren, miembro del “Colegio Invisible”.

Tal y como observa Federico González, el incendio de Londres es un tema fundamental en la historia de Inglaterra y en la Masonería en general. Su reconstrucción, efectuada por masones, es un símbolo cíclico relacionado con la perennidad de la Ciencia Sagrada, que se ha expresado en una ciudad tan mágica como es el caso de la capital inglesa. (*Hermetismo y Masonería*, cap. II).

*M<sup>a</sup> A. D.*